

JORGE CANEDA

SOSPECHA

SIN LÍMITE

LIBRO 01



Entra en mi web y descarga gratis la PRECUELA de esta historia

www.jorgecaneda.com



SOSPECHA SIN LÍMITE

Jorge Caneda

Libro 01 de la serie
SIN LÍMITE

© 2024 Jorge Caneda

Diseño de portada: A. Victoria Vázquez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular, salvo excepción prevista por la ley.

www.jorgecaneda.com

A mis padres
José Manuel y Carmen

Capítulo 1

1

Casandra llegaba con el tiempo justo a su nuevo trabajo. Enderezó el espejo retrovisor y se miró en él. Quizá estaba demasiado maquillada. Sus ojos almendrados y sus largas pestañas exageraban la dulzura de su mirada, pero no podía demorarse más si quería causar una buena impresión llegando unos minutos antes.

Subió la ventanilla y, cuando puso el pie fuera, el tacón se enterró en un charco, salpicándole la pierna.

—¡No puede ser!

Intentó secarse por debajo de la falda con un paño de la guantera. El cinturón de seguridad se enroscó en el bolso y al salir y tirar con fuerza, parte de los objetos que guardaba en su interior, se desparramaron.

—¡Solo falta que se ponga a llover!

Después de recogerlo todo, se puso el abrigo mientras caminaba hacia el edificio acristalado, al final llegaría con el tiempo justo, como siempre. Entró y llegó al control de seguridad que la retrasaría todavía unos minutos más.

—¿Adónde va? —preguntó un corpulento guardia de avanzada edad.

—A NextGen Solutions.

—Séptima planta.

—Ya.

—Deje su bolso, teléfono y objetos metálicos en la bandeja y pase por el escáner.

Casandra dejó sus pertenencias en el cajón de cualquier manera y cruzó el detector. Éste pitó.

—¿Lleva un cinturón metálico?

—Sí, ¿puedo irme ya? Es mi primer día de trabajo.

El hombre observó su nerviosismo y declinó coger el detector manual.

—Los ascensores, al final del vestíbulo.

Casandra se dirigió con prisa hacia un grupo de personas que esperaban su turno. Las puertas se abrieron justo cuando llegó y se coló entre ellos para asegurarse un sitio.

Cuando salió en la séptima planta, un reloj digital colocado encima de la puerta corredera de cristal, atestiguaba que apenas quedaban unos segundos para las ocho de la mañana. Llegaba por los pelos.

—¡Buenos días! —dijo mostrando su sonrisa bien proporcionada, tratando de aparentar entusiasmo—. Soy Casandra, empiezo hoy a trabajar.

La chica del otro lado del mostrador, concentrada en sus labores, apartó la vista de la pantalla y trató de identificarla.

—Buenos días. No tengo ni idea. ¿Sabes a quién dirigirte?

—No. Bueno, conozco a Jason Parker... Me indicó que me dirigiera aquí.

—Vale, el director financiero. Vete por ese pasillo y cuando llegues al final, encontrarás dos despachos a la izquierda. El suyo es el último.

—Gracias, muy amable.

La recepcionista murmuró algo entre dientes y observó la silueta bien proporcionada y de suaves curvas de Casandra alejándose.

A ambos lados del pasillo enmoquetado, diferentes personas parecían concentradas en sus cubículos abiertos. Se fijó en que ninguno de ellos estaba vacío, lo cual quería decir que tenían la costumbre de llegar al trabajo antes de la hora.

Se sintió ridícula. Unas hablaban por teléfono y se la quedaban mirando mientras tomaban notas. Ella les sonrió, pero esto hizo que anduviera más despacio, hasta que se dio cuenta de que todos la miraban.

Aceleró el paso, incómoda sobre los tacones, y al final del pasillo encontró un espacio que parecía la entrada a una nueva oficina. Un mostrador marcaba la frontera a otro sector diferente. Allí, las personas tenían un aspecto más anticuado y predominaban los hombres, casi todos mayores y con la mirada perdida en sus monitores, sin prestarse atención unos a otros.

Se asomó a la puerta entreabierta del último despacho y llamó con los nudillos, pero nadie respondió. Esperó unos momentos, sin saber que hacer, hasta que una señora le señaló que la persona a la que buscaba estaba en el despacho de al lado.

Casandra se acercó a ella, pero no tuvo tiempo de saludarla.

—En el despacho de al lado, el del presidente —dijo antes de que llegara hasta ella.

—Soy Casandra. Empiezo hoy a trabajar.

La otra volvió a señalar la puerta y zanjó el asunto volviendo a su trabajo. Los teléfonos empezaron a sonar sin dar tregua. Casandra sacó su teléfono del bolso y tecleó:

“Estoy aquí, pero nadie me hace caso. ¿Puedes salir e indicarme dónde me siento?”

Se quitó el abrigo y acomodó su ondulada melena negra. Jason salió del despacho.

—¿Qué haces aquí?

—Esperar a que alguien me indique dónde sentarme.

—¿Es que no sabes preguntar?

La cogió por el brazo y la encaminó hacia el mostrador vacío.

—¿Qué voy a hacer?

—Ayudarás a los chicos del departamento contable y serás mi secretaria.

—¿Departamento contable? No tengo idea de eso, creí que estaría en la sección administrativa.

El hombre indicó que se sentara y dio instrucciones a uno de los veteranos para que le diera trabajo.

—Nos iremos viendo a lo largo de la mañana —y se alejó hacia su despacho.

Casandra se sentó en su nuevo puesto. Había algunas anotaciones en papeles deformados por el tiempo y el ordenador crujió cuando lo inició.

Después de unos minutos recolocando objetos en el escritorio, Casandra se dirigió a la persona de la que esperaba recibir instrucciones.

—Hola, ¿tienes algo en lo que te pueda ayudar?

El hombre levantó la vista y resopló.

—¿Cómo te llamas?

—Casandra, perdona. ¿Y tú?

—Bien, Casandra. Ve poniendo las cosas a tu manera mientras no te doy trabajo.

Casandra miró su puesto desde esa distancia y vio la mesa y las cajoneras llenas de papeles.

—¿Hay algo que pueda tirar de ahí?

—Ni idea. Tú sabrás.

Casandra volvió a su lugar. El teléfono de su mesa sonaba sin parar de manera desacompañada con respecto al resto, así que supuso que se trataba de una llamada interna. La pantalla no indicaba código alguno.

—¿Sí?

—¡Hola! —gritó una voz desde la calle—. ¿NextGen Solutions?

—Sí, disculpe. ¿Con quién quiere hablar?

—Con alguien que me ayude con unos fondos indexados que contraté la semana pasada.

—Disculpe, le intento pasar.

Casandra se levantó y se dirigió hacia el hombre.

—Alguien necesita ayuda con unos fondos indexados, ¿a quién se lo paso?

—A los de las cripto.

—¿Las cripto?

—La criptomoneda que va a sacar la empresa. Marca el cero y después el ciento quince. Cuelga antes de que te cojan si no quieres oír tu primera bronca.

Ejecutó la acción y volvió a esperar varios minutos a que le asignaran alguna tarea. El teléfono sonó varias veces más pero no se atrevió a cogerlo. Nadie se lo recriminó. El personal estaba ocupado sin aproximarse a su zona.

El hombre le dejó encima de la mesa cientos de folios con anotaciones. Después le enseñó un armario donde guardaban unos archivadores y le indicó que punteara, uno a uno, cada documento, con los datos de los listados. Su trabajo consistía en señalar las cifras que no coincidieran. El teléfono móvil en el interior de su bolso sonó cuando el hombre aún no había terminado su explicación.

Ella hizo como si no lo oyera y se concentró en mostrar una cara interesada en las explicaciones, pero el hombre detectó el disimulo y dando por finalizada la charla optó por regresar a su mesa.

Cogió el teléfono y comprobó que era su hijo. Le cortó la llamada y lo silenció. Luego se acomodó en la silla para comenzar su tarea.

La pantalla del teléfono se encendió ante un nuevo intento por contactar con ella. Cortó la llamada. Después de unos segundos, volvió a iluminarse. Insistente.

—Ethan, ahora no puedo hablar.

—Mamá, es solo un momento. Unos chicos me han dicho que tenía que...

—Ahora no puedo hablar, hijo. Te llamaré después o ya me lo contarás cuando llegue a casa.

—Pero, mamá...

Casandra finalizó la llamada. A su alrededor, algunos la miraban. Ella se disculpó con un gesto y se concentró en el trabajo.

A medida que transcurría la mañana, el desánimo se apoderó de ella. La tarea encomendada era demasiado monótona y se despistaba con facilidad. Intentó realizar alguna pregunta con algún documento ilegible pero no obtuvo ayuda alguna.

—Pon una nota al margen con lo que te parezca.

Jason, sin embargo, parecía muy atareado en el despacho del presidente. Apenas había salido un par de veces, una de ellas con él. Ambos se habían alejado hablando en tono suave una conversación que no pudo entender. A su regreso, Jason no le prestó atención. Ni un gesto, ni una mirada amable. Como si ella no existiera.

Al final de la mañana, un hombre se levantó desde el fondo de la sala y se dirigió a su mostrador.

—¿Ves ese teléfono?

Casandra asintió.

—Pues ya va siendo hora de que lo cojas alguna vez, ¿no crees?

—Lo cogería pero nadie me ha explicado los códigos para pasar las llamadas.

—Es que no lo has cogido en toda la mañana.

—No sé los códigos.

—Pues búscalos, en medio de esos papeles debería estar la chuleta de quien se sentaba ahí.

—Es que, estos papeles, no sé si sirven para algo.

—Pues tú sabrás, y si no, tomas nota, levantas tu culo y te diriges a la mesa de la persona a la que tengas que dejar el recado.

Casandra bajó la mirada reprimiendo lo que le gustaría decirle al tipo. En lugar de eso, respondió:

—Vale, disculpa.

El hombre regresó a su puesto murmurando por lo bajo. Ella buscó la mirada cómplice de algún compañero, pero nadie le prestó atención.

Después de unos minutos su concentración desapareció, se dirigió al hombre que le había dado la tarea.

—¿No nos vamos a comer a las dos? —dijo señalando su reloj. Pasaban casi diez minutos.

—Los viernes salimos a las tres.

—¿A las tres? ¿Y da tiempo a comer para regresar?

—Los viernes no trabajamos por la tarde. ¿No te lo han dicho?

—No lo sabía.

El hombre no dijo más y ella sintió un gran alivio por ver cerca el fin de su jornada laboral.

A las tres de la tarde en punto, la desbandada fue unánime. En cuestión de un par de minutos, las oficinas quedaron vacías. Casandra esperó para coincidir con la salida de Jason, pero él seguía dentro del despacho con su inseparable presidente.

“¿Te espero o me voy?”. Escribió ella.

El hombre salió apresurado, sonriendo.

—Vete. Yo me voy con Foster. Los viernes siempre comemos juntos, para relajarnos. Ya te llamaré.

Casandra se quedó esperando alguna muestra de afecto, pero Jason regresó al despacho animando al otro a seguir la conversación en el restaurante.

Ya no quedaba nadie en la oficina. Los ascensores estaban vacíos cuando salió del edificio.

Casandra llegó a casa después de las cuatro. Dejó el abrigo encima del sillón, al lado del sofá, y arrojó el bolso abierto sobre él. Cayó al suelo, esparciendo lo que había en su interior. No le importó.

—¿Ethan?

—¡Estoy aquí, mamá!

Su hijo tenía la puerta entreabierta y estaba sentado sobre la cama, perfectamente hecha. El portátil estaba frente a él y, a su lado, un cuaderno donde tomaba notas. Casandra lo besó y lo abrazó. Parecía decepcionado.

—Perdóname por no hablar contigo esta mañana.

—No pasa nada.

—¿Ha ocurrido algo?

—Poca cosa.

Ethan zanjó la conversación con silencio, mirando la pantalla del ordenador. A Casandra no le pasaron inadvertidos los gráficos que se mostraban en el monitor y aguardó, esperando una explicación.

—Por algo me llamarías. Algo habrá pasado. Cuéntamelo, por favor.

Los ojos del chico brillaron.

—Venga, Ethan. ¿Qué ha pasado?

—Nada —y ahogó un sollozo.

Casandra compuso una mueca graciosa y acarició la cabeza de su hijo animándolo a hablar.

—Hay una chica nueva en clase —ella asintió—. Es rara. Tiene algo en la boca, sus dientes están muy separados, como si quisieran irse. Creo que no es normal y tiene un tic nervioso. Emite unos sonidos raros, como chasquidos.

Casandra apoyó la espalda contra el cabecero de la cama.

—Es recién llegada, mamá. ¿Te imaginas? Cambiar de colegio cuando está acabando el curso.

—Algún motivo habrán tenido sus padres.

—Se sienta a mi lado, y los macarras de siempre querían que la entretuviera mientras saqueaban su mochila. Le hacen la vida imposible, mamá. Se meten con ella a todas horas. Ojalá pudiera partirlas la cara a todos.

—Pobre chica. ¿Y qué hiciste?

—Nada, mamá. No hice nada.

—Eso está bien.

—¿Bien? Nunca hago nada y ahora los tengo a todos en mi contra —finalizó.

Se abrazaron y ella acarició su espalda mientras le besaba la cabeza para tranquilizarlo.

—¿Sabes lo que decía el abuelo? Decía que hay que evitar la violencia y las peleas y ser disciplinados, tener autocontrol y buscar siempre la solución pacífica de los conflictos. Lo decía él, coronel del ejército, y eso es exactamente lo que has hecho. Estaría orgulloso de ti.

—Lo recuerdo. Era tan bueno conmigo...

—Y conmigo —dijo Casandra abrazándolo con más fuerza—. Así que, a partir de ahora, llámame cuando quieras, yo te cogeré o te devolveré la llamada en cuanto pueda. ¿Te parece?

El chico asintió en su regazo.

—Mamá... ¿Qué tal tú nuevo trabajo?

—Bien, está bien. Mucho mejor que en el supermercado.

Ethan se incorporó y la miró a los ojos.

—Tienes que ser más ordenada, mamá.

—¿Cómo?

—Eres muy desordenada, siempre dejas todo por ahí y en ese trabajo seguro que esas cosas se valoran. Tienes que esforzarte. Es importante... Para los dos.

—Claro, hijo. Además, tendré más tiempo libre. Llegaré temprano por las tardes y podemos pasar tiempo juntos. ¿Qué son esas gráficas?

—Criptomonedas, nada importante —dijo, sonriendo—. ¿Has comido?

—No, ¿te ha sobrado algo de la crema de zanahoria que dejé en el frigo?

—Mamá, lo habías dejado en la encimera. Te he guardado la mitad en el frigorífico.

Se miraron y rompieron a reír al mismo tiempo.

3

Cassandra miraba la calle. Tenía las luces de la salita apagadas y la ventana entreabierta para que refrescara el apartamento. Ojeaba las redes sociales en el teléfono y, aunque estaba tentada en echar un vistazo a algún grupo de Whatsapp, no quería entrar en la aplicación para que Jason no la viera conectada. Hacía solo unos minutos que había descartado la cita con él esa noche. La excusa había sido que su hijo no se encontraba bien y no iba a dejarlo solo. Ante su insistencia, añadió que estaba cansada. Le daba igual poner cualquier excusa, por muy típica que fuera. A veces lo aborrecía y, últimamente, más de lo normal.

—¿No te apetece verme? Sé que lo estás deseando —había dicho él, con la voz tomada por el alcohol, en un audio de voz.

Ella respondió escribiendo.

“Me voy a la cama. Mañana acepto tu invitación de comer juntos, pero llevaré a Ethan conmigo.”

Sabía que la presencia del chico le incomodaba, pero sería su excusa para recogerse lo antes posible.

—¿No puedes dejarlo con tu madre? ¿O con otra persona?

Él quería pasar el resto de la tarde y toda la noche del sábado con ella. Seguro que pensaba que le debía agradecer el enorme, enormísimo esfuerzo de encontrarle un puesto de trabajo en su empresa, y sacarla de la atención de pedidos del supermercado.

Pagaría el precio, claro, pero no ese fin de semana. El juego acababa de empezar y Jason esperaba mucho de ella. No iba a dejar de insistir para tener su compañía con la primera indisposición. Se consoló pensando en el dinero que Jason había prometido que le pagarían y tenía la esperanza de acabar en algún puesto más digno dentro de una empresa importante.

Desde ese momento, ya no rogaría ayuda económica a su madre. Ese trabajo, mejoraría su vida y la de su hijo, necesitaba aferrarse a él.

La luz del cuarto de Ethan se apagó, puntual, a las doce. En la calle, algunos jóvenes caminaban riéndose en dirección a algún lugar del barrio donde pasarlo bien durante unas horas más.

Cassandra, en silencio, veía los coches pasar.

4

El sábado por la mañana Cassandra recibió algún mensaje de Jason que no respondió. Lo que la mantenía alerta, mientras preparaba el desayuno, era la posible llamada de su madre, pues tenía el don de memorizar los turnos exactos en cuanto a día y hora en el que su hija tenía organizada su vida laboral.

Se sentó para desayunar junto a su hijo, y el teléfono sonó.

—Es la abuela. ¿No lo vas a coger?

—No, la llamaré después.

Pero una vez agotados los tonos, el teléfono volvió a zumbir.

—¿Por qué insiste tanto? ¿Le habrá pasado algo?

—¿No la conoces? Es ella la que piensa que nos ha ocurrido algo.

Ethan cogió el teléfono y contestó ante la mirada escandalizada de su madre.

—Hola, abuela... Todo bien... Sí, está en el baño, pero ya sale... vale... claro, te la paso.

Cassandra se llevó un dedo al cuello y lo pasó de lado a lado mirando a su hijo.

—Hola mamá.

—Hola hija. ¿Dónde estabas que no me coges?

—Pues en el baño, ¿no te lo acaba de decir Ethan?

—¿Y estás bien? Te noto la voz rara.

—Estoy perfectamente, mamá.

—Estuve pensando que, como el lunes no trabajas, podrías acompañarme al mercado, quiero coger unas flores para la tumba de tu padre y...

—No puedo mamá, el lunes trabajo.

—¿Te han cambiado el turno?

—No, he empezado en otro sitio.

—¿Y no me dices nada?

—Ha sido repentino. Jason me ha ofrecido un puesto en su empresa y he aceptado. Voy a ganar más.

Cogió una tostada.

—¡Qué alegría me das, hija! Ese chico es encantador. Por fin has elegido a una persona de bien. Ahora, no te precipites, no hace falta que corras ni que des todo como hiciste antes, que después se cansan muy pronto y este tiene que ser el definitivo, que ya tienes una edad...

Y Cassandra arrojó la tostada al plato. Su madre continuó:

—No lo dejes escapar, darte ese trabajo demuestra que es muy buena persona.

Con el teléfono en la oreja fue para su cuarto.

—Mamá, te recuerdo que Ethan y él no se caen bien.

—¡Tonterías! Son los típicos malentendidos del principio. Ya hablaré con el niño. Mañana venís a comer.

—No, mamá. Mañana almorzamos con él.

—Vale, hija. Cómo me alegro de que hayas aceptado. Tu padre se disgustaba mucho cuando rechazabas los trabajos en las empresas de sus amigos. Cuántos favores pidió por tu culpa. Al fin

entras en razón.

Casandra se sentó en la cama y pasó una mano por su rostro.

—Ya, estarás contenta ahora.

—Claro, hija.

—Pues hasta ayer podía presumir de haberme ganado la vida sin que nadie me enchufara.

—Así te fue.... No olvides que saliste adelante con la ayuda de tus padres.

—Ahora vas a decir que no te importa que me vean como a la fulana del jefe, ¿verdad?

—Después de la fama que has tenido en el pasado, saliendo con maleantes, es lo de menos.

Casandra se puso en pie.

—Vale, mamá. Vamos a dejarlo por hoy...

—Pero no te pongas así, mujer... Encima que me alegro de que todo salga bien.

—Pues sí, ahora que todo está bien ya no te pediré más dinero ¿qué te parece?

—¿Que qué me parece? Pues que mucho tendrías que ganar para devolverme todo lo que te he prestado. Con que seas autosuficiente, me conformo, hija. No hace falta que...

—Vale, mamá. Venga, hablamos en otro momento, ¿vale?

Casandra cortó la llamada y tiró el teléfono en la cama. El aparato rebotó entre las sábanas arrugadas y se estampó contra el cabecero. Maldijo la habilidad que tenía su madre para amargarle un día entero, y gritó con la cara contra la almohada para que su hijo no la oyera.

—Dios, cómo te odio a veces... —dijo, recomponiéndose.

Regresó de nuevo a la cocina. Al pasar delante del cuarto de su hijo, la cama estaba perfectamente hecha y no había ropa alguna a la vista. Sacudió la cabeza como para despertarse de un sueño. El resto del día se había ido al infierno.

Un nuevo mensaje de Jason llegó a su teléfono.

“Tengo toda la tarde libre. ¿Vienes?”

“Ethan sigue mal. Lo llevaré al médico. Nos vemos mañana y comemos en algún sitio”.

“ok”.

Casandra supo que ese “ok” era de frustración, pero no dijo nada más.

5

Estacionaron en el último hueco libre del aparcamiento y, al salir, Casandra se estiró para coger la chaqueta que había dejado en el asiento trasero. Como no llegaba, Ethan accionó la palanca que reclinaba el respaldo hacia delante y cogió la prenda de su madre. Después, colocó el asiento en su posición original.

Agradecida, se echó el bolso al hombro, caminando hacia el restaurante, forcejeando con una de las mangas.

—Da igual, mamá. Ahí dentro no te hará falta.

—Pues entonces la dejo en el coche.

—No, es más elegante que la llesves en el brazo.

Cuando entraron, Jason degustaba un vino en la barra mientras hojeaba un periódico.

—Hola, cariño.

—Hola, pensaba que no vendrías.

—Disculpa, había mucho tráfico.

—¿Sí? Pues yo no he encontrado nada. Es más, venía justo de tiempo y creía que estarías esperándome. Resulta que el que lleva diez minutos solo soy yo.

—Ha sido culpa mía —interrumpió Ethan—. Siempre me lío con alguna cosa.

Casandra agradeció la mentira de su hijo cuya maniobra zanjó el reproche y le guiñó un ojo.

—Muy bien, no pasa nada. ¿Qué tal tú, Ethan? —dijo dándole una palmada en el hombro.

—Bien.

—Me alegro. ¿Y en el colegio?

Ethan asintió en silencio mientras soportaba el contacto de las zarpas del hombre, agarrándolo por el bíceps.

—Bueno, pasemos a comer —dijo, cogiendo su copa.

Una camarera lo abordó cuando iniciaba su trayecto hacia el comedor e interrumpió el paso de los tres.

—Un momento, señor. Deje que me asegure de que todo está en orden en su reservado. Es solo un minuto.

Jason dejó de nuevo la copa, golpeándola contra la barra, y agarró a Casandra por la cintura.

—Todavía no me has dado un beso.

Ella le sonrió y se besaron en la boca.

Ethan los miraba, pero no se inmutó. Para su madre, la cualidad de mantenerse inexpresivo sabiendo que ardía por dentro, le daba la seguridad de que todo iba a salir bien. Sin embargo, esto a su abuela le parecía un defecto, algo que deberían consultar a un médico. Ethan tenía sensaciones encontradas. A veces jugaba a su favor, como en ese momento, otras se odiaba a sí mismo por no expresarse, como cuando en el instituto no sabía reaccionar ante el grupo de malotes.

—Familia, la mesa está lista.

Jason dedicó a la camarera una sonrisa fingida. Después cogió la copa y dio otro cachete en la nuca de Ethan.

—Adelante, chaval. No seas tímido, di algo.

Casandra cogió a su hijo por los hombros y caminaron delante, siguiendo a la camarera.

La mesa, redonda y amplia, tenía los platos separados. Eso le agradó a Ethan que, al sentarse, comprobó que todos quedaban lo suficientemente lejos como para restar intimidad al momento.

—¿Todo bien en la comida del viernes? —inició ella.

—Sí, nos lo pasamos siempre bien. El presi es muy divertido, cuando era un chaval montaba fiestas allí donde estuviera.

—No lo conozco, no me lo has presentado.

—En otra ocasión.

—Los compañeros de mi departamento son algo... raros.

—No sé. Lo importante es que el próximo viernes vendrá un inversor. Es trascendental para el nuevo proyecto. Va a poner mucho dinero.

—Oh, entonces todo tendrá que salir bien.

—Sí, todo saldrá perfecto. Ese mismo día debería inyectar mucha liquidez. Después nos iremos por ahí, a celebrarlo.

Ethan comparaba su bollo de pan con los otros dos. Uno de esos para él solo, le alegró el ánimo.

—Si puedo ayudar a preparar algo, no dudes en decírmelo.

—Claro, habrá tiempo para todo.

La camarera se acercó con las cartas.

—Tomaremos el vino que ya sabes. El chaval... agua —ordenó él.

—Beberé ese vino, pero también tomaré agua. Tengo que conducir.

—¡No me digas eso! Cuando dejes a tu hijo en casa, ven a la mía, beberemos una añada muy parecida a esta. Así vas cogiendo el tono. Disfrutaremos del atardecer.

Ethan se removió en su asiento, aparentando no haber oído nada.

—No está recuperado del todo, tal vez debería quedarme con él.

—¿Pero qué le pasa? ¡Yo lo veo perfectamente! —dijo él, estirando el brazo para agarrarlo, otra vez, por el bíceps—. ¿Qué te pasa, chaval?

Ethan tensó los músculos, incómodo, para soportar el contacto.

—No está muy católico. Ayer tuvo un mal día.

Jason se acomodó en su silla y abrió la carta.

—Tomaremos pescado.

Capítulo 2

1

Las mañanas de los lunes en el instituto no eran como las del resto de la semana. Los alumnos más veteranos no aparecían hasta media mañana y reinaba la calma. A algunos profesores esto les provocaba vagancia, como si quisieran disfrutar el momento antes de que llegara la tensión y la exigencia. A otros, les ocurría lo contrario, querían avanzar en la materia lo máximo posible antes de que los malos alumnos descentraran, con sus interrupciones, al resto de la clase.

Silvia tomaba apuntes con mucha atención. A medida que escribía su cara cambiaba con sus muecas, y su boca emitía diferentes chasquidos que incomodaban a Ethan, en la mesa de al lado.

El chico miraba de reojo al resto de compañeros, pero a nadie parecía importarle su existencia. Temía que la pandilla los incomodara como en la semana anterior y pudieran estar tramando algún plan, pero de todos ellos, en su clase solo había dos incapaces de liderar nada sin el beneplácito de sus jefecitos. Los vio bostezar y eso lo tranquilizó.

Los minutos fueron pasando y los sonidos que emitía Silvia le pasaron más desapercibidos, al punto de no oírlos hasta que acabó la clase.

Cuando sonó el timbre, la mitad de los alumnos se levantaron para salir a los pasillos a tomar el aire. Ethan aprovechó el estado de somnolencia general para hablar con ella.

—Oye, quería decirte que siento lo que ocurrió la semana pasada. No supe qué hacer en ese momento. Soy así.

Silvia sonrió. Sus labios se apartaron y aparecieron los dientes, como si fuera un pez. Estos sobresalían hacia fuera con un desorden imposible de corregir. Sus ojos se iluminaron y apartó el flequillo de su enorme frente.

—No te preocupes, estoy acostumbrada. No es la primera vez.

Ethan desvió la mirada de la suya y jugueteó con el bolígrafo.

—¿Salimos al pasillo a ver si viene el siguiente profesor? —propuso ella entusiasmada.

Ethan miró hacia la puerta y vio que comenzaba a animarse el ambiente con algún empujón.

—No, prefiero quedarme aquí. Se está más tranquilo.

Otro macarra de la pandilla acababa de llegar entre risotadas.

—Sí, es mejor —aceptó ella, organizando sus apuntes—. El siguiente profe me gusta. He repasado todo lo que explicó el otro día, es muy interesante.

Ethan guardó los apuntes y cogió los de la siguiente clase. Después, jugueteó con su móvil simulando que atendía algún mensaje.

Casandra empezó la semana retomando la monótona tarea de la anterior. Desconocía si había alguna urgencia con su trabajo, por lo que, a medida que pasaban las horas, su entusiasmo se apagaba.

Los compañeros de departamento pasaban rozando su mesa, sin saludarla ni mostrar ningún gesto de cortesía. Había cogido algunas llamadas, pero cuando las pasaba al compañero indicado, este casi nunca descolgaba. Esto provocaba la impaciencia del interlocutor y ella ponía todo el empeño en inventar excusas para disculpar a la compañía.

Jason tampoco le prestaba atención durante la jornada. En las contadas ocasiones que salió de su despacho no la miró a pesar de sus intentos de ser vista alzándose sobre el asiento y buscando algún gesto de complicidad. Por un lado, agradecía que no se dirigiera a ella, así evitaba los comentarios de los demás. Pero por otro lado, creía que Jason ocultaba un enfado interno y larvado por no acompañarlo el día anterior y que en algún momento, estallaría en su contra.

A medida que transcurría la mañana, la mayoría del personal se conformaba con tomar un café tras otro de una máquina expendedora. Casandra conocía el sabor amargo de esos cafés de su trabajo anterior, donde no se les permitía ningún descanso.

—Disculpa, ¿se puede salir un rato a tomar el aire durante la mañana? —preguntó a un compañero.

El hombre la contempló recostándose en su silla. Después sorbió un poco de café de su vaso de cartón, dándole a entender que, si él se tomaba el café en su puesto de trabajo, ella no debería hacer lo contrario.

—Claro, haz lo que te dé la gana.

Casandra, harta del trato que estaba recibiendo, agarró su bolso y tecleó un mensaje para su novio camino del ascensor.

“Jason, salgo al parque. Si pudieras bajar me gustaría charlar un rato contigo.”

Vigiló el móvil en su trayecto. La había leído pero tardaba en contestar. Cuando se sentó en el banco y respiró aire fresco, llegó la respuesta.

“En el trabajo no tomo el aire. Si salgo a tomar un café, es para seguir hablando de negocios con la persona con la que esté. Soy agradecido con quien me da de comer”.

Casandra encendió un cigarrillo, desquiciada.

Recordó la conversación con su hijo. Era su oportunidad para prosperar y salir adelante sin depender de su madre, tener un mejor futuro y dejar atrás su pasado.

Sacó el móvil una vez más, pero cuando iba a contestar, decidió controlar su ira. Tanteó otras aplicaciones para distraerse y acabó abriendo la de citas con la que había conocido a Jason.

Las experiencias que había tenido hasta llegar a él habían sido nefastas. Su madre la recriminó en varias ocasiones argumentando que en esa aplicación solo podía haber gente sin escrúpulos. Tenía razón, hasta que apareció Jason. Un soltero adinerado que, aunque no le atraía físicamente, parecía bastante cuerdo a pesar de su altivo carácter. Fue suficiente para darle una oportunidad.

Aún así, tanteó los perfiles que se le presentaron en la aplicación. Fotos de hombres sin

camiseta, selfies en primer plano, barbas sin arreglar, corbatas mal anudadas...

Nada que le llamara la atención.

A medida que descartaba perfiles moviendo el pulgar en la pantalla, alguien se le acercó por detrás.

El presidente tenía la mirada fija en su teléfono.

—Disculpa, no quería asustarte. Vengo de tomar un café con unos clientes —dijo, sonriente y extendiendo la mano—. Kevin Foster. Y tú eres Casandra, la novia de Jason.

Metió el móvil en su bolsillo, avergonzada, para estrechar su mano cuanto antes.

—No deberías estar en esa aplicación. Solo hay tarados.

—Bueno, es donde conocí a Jason.

—¿Lo ves? Un tarado.

Se rieron al mismo tiempo y Casandra se relajó.

—No te preocupes, no le diré nada a Jason, será nuestro secreto.

—No estaba haciendo nada malo, pero lo agradezco igualmente.

Kevin le guiñó un ojo con una sonrisa traviesa y, acompasando sus pasos, se sonrieron.

—Ah, no. Nada de agradecer. Ya me lo compensarás en algún momento.

Él le abrió la puerta de entrada y la dejó pasar en el ascensor mientras le contaba el motivo por el cual ya no usaba esa aplicación, por culpa de una anécdota desagradable que le había ocurrido con una chica.

3

La mayoría de los chicos pasaban el recreo practicando algún deporte. Ethan no destacaba en ninguno, pero cuando merodeaba por las pistas de baloncesto, a veces, era seleccionado por algún equipo para jugar las eliminatorias. Así se había hecho conocido de muchos aunque sin llegar a ser amigo íntimo de nadie.

A su espalda, un grupo de compañeros de clase reclamó su atención.

—¡Eh! ¡Ethan! ¿Qué pasa con la nueva?

—No sé.

—Es rara ¿no? —preguntó la rubia de pelo rizado.

—Supongo.

—¿Y esos chasquidos? ¿Qué le pasa en la boca? —dijo el pecoso, peinado con la raya al lado.

—Igual tiene algún problema —apuntó ricitos de oro.

—Debe ser discapacitada... —sentenció otro, con los pelos de punta.

El grupo arremolinado dirigía sus miradas hacia una esquina de la pista de baloncesto. Silvia estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas y el móvil en la mano, pero no se perdía detalle del partido que disputaban unos chicos mayores.

—Ethan, que no se acerque a nosotros, ¿eh?

—Eso, no queremos problemas con ellos —advirtió pelopincho, señalando el aparcamiento.

Allí estaba la pandilla de malotes de su clase al completo. Unos parecían ocupados empujándose por un puñado de tabaco para liar. Otros, hablando con unos iguales a ellos pero mayores, imitando su poses, arrimados al edificio, con un pie apoyado contra la pared y riéndoles

los comentarios.

Ethan era un chico peculiar. Incapaz de arraigar lazos con nadie, se aburría pronto de las conversaciones.

Dejó la compañía de su clase y se dirigió hacia Silvia que, sorprendida por su llegada, se acomodó para hacerle sitio junto a ella.

Ella sonreía sin parar, enseñando sin vergüenza sus dientes separados a diferentes niveles.

—¿Has visto qué dientes tengo?

—Pues no me había fijado.

Silvia estalló en carcajadas que enseguida contagiaron al chico y ambos se acomodaron con más confianza.

—Y qué me dices de mis chasquidos, esos sí que te han gustado ¿eh?

Ethan reprimió su sonrisa, esa ocurrencia ya no le hacía tanta gracia.

—Es de nacimiento, como un tic nervioso que no puedo controlar. Mi madre dice que seguro que desaparece con los años. De pequeña, eran más exagerados.

Atendió su móvil y él se inclinó hacia delante abrazándose las piernas.

—Estoy esperando a que mi madre me pase dinero para comprar algo en la cafetería. Tengo hambre.

Ethan miró sus escuálidos brazos y las muñecas huesudas, sin saber qué decir.

—Vamos muy al día, no siempre hay para todos los hermanos.

Observaron en silencio el partido que se disputaba en la pista. Para Ethan, fue un momento incómodo.

—Eso de pasarse dinero de manera inmediata debe funcionar como lo de las criptomonedas.

—¿Las criptomonedas? He oído hablar de eso. ¿Tú sabes algo?

—Algo, sí.

—Cuéntamelo todo —dijo ella, y se acercó hasta él, interesada.

Al chico le extrañó. Ella se apartó el pelo de los ojos y cerró la boca, prestándole toda su atención.

Así fue como Ethan habló por primera vez con otra persona y sin miedo a parecer un chalado, sobre todo lo que había aprendido por su cuenta sobre las criptomonedas.

—Es un mundo apasionante... —dijo ella, asombrada.

—Ojalá tuviera dieciocho años para poder operar con ellas.

—¿No puedes ahora?

—No, todos los exchanges piden KYC.

—¿KYC? ¡Eso suena como uno de mis chasquidos!

Los dos se desternillaron al mismo tiempo y ella le golpeó en la rodilla, a punto de perder el equilibrio.

—Es un protocolo de verificación de usuarios. Tienes que acreditar documentalmente que eres mayor de edad. Así que, de momento, solo puedo operar en modo demostración.

—Entiendo, pero no es dinero real, ¿verdad? Es solo para practicar.

—Exacto. Me gustaría encontrar la manera de hacerme con criptos de manera anónima.

—¿Has investigado bien?

El timbre sonó anunciando el final del recreo y regresaron juntos a clase.

Capítulo 3

1

Casandra estaba atenta al despacho del presidente. Le inquietaba que pudiera contarle algo a su novio sobre el desliz del día anterior con la aplicación de citas. Y a pesar de su intranquilidad, era su único aliciente ante el aburrimiento. Todavía faltaban cuatro días para acabar la semana. La monotonía de su única tarea la desquiciaba y, en ocasiones, ansiaba que sonara el teléfono aunque no solucionara nada a su interlocutor.

Jason no lo sabía porque no había detectado ningún sarcasmo en él, ni cambios de humor significativos. Además, tenía una excusa preparada: ya había borrado algunas conversaciones y había dejado solo las intrascendentes. Le diría que, a veces, la abría para matar el tiempo y ver lo patéticos que podían resultar algunos hombres, y así saborear la suerte que había tenido de encontrarlo a él. Se reirían juntos de los tarados que la pretendieron y desinstalaría la aplicación en su presencia.

En un momento, hastiada de puntear cifras en el interminable listado y de pasar hojas en busca de importes sin sentido, cogió el móvil para revisar algún mensaje. No se percató de que el presidente había salido de su despacho y se dirigía hacia ella.

—Disculpa, ¿estás muy ocupada?

Casandra dejó el teléfono en el bolso y el presidente ladeo la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Lo siento, tenía que mirar un mensaje urgente.

—Deja lo que estés haciendo. Quiero que te ocupes de algunas tareas, mi secretaria está desbordada.

—Por supuesto... —dijo, y apartó a un lado todos sus papeles poniéndose en pie.

Al entrar en su despacho, las miradas de los demás compañeros atravesaron el cuerpo de Casandra como cuchillos. Agradeció que el presidente no cerrara la puerta y que se limitara estrictamente a dar las instrucciones oportunas de la tarea a realizar: unas cuantas llamadas para concertar reuniones la semana siguiente, buscar alguna información en internet sobre la reputación de algunas empresas y redactar un email con ello, para enviárselo a su novio y a él.

Jason, que apenas había salido de su despacho, lo hizo en ese momento y los vio reunidos.

—¿Se puede?

El presidente hizo un gesto y Casandra, abrazada a unos documentos, salió sonriendo, ilusionada por las nuevas tareas.

Cuando estuvieron solos, Jason no se sentó. Tenía un semblante serio y adusto, ni rastro de su sonrisa perpetua.

—¿Qué haces?

—Ya tenemos los ratios que le encargamos a los economistas, voy a ponerme con eso

¿podrás echarme una mano?

—Me refiero a Cassandra, ¿qué acabas de hacer?

—Tío, le he encargado unas cosillas. Tengo a mi secretaria saturada.

—Kevin, te conozco desde que éramos niños, no me jodas.

—¿Qué dices? No tengo ningún interés en ella —dijo sonriendo y recostándose en su sillón—. ¿Tienes miedo de que te quite la novia?

Jason tomó asiento lejos de su mesa y cruzó una pierna sobre la otra. Esperaba una explicación.

—Vamos, nunca te haría eso.

—Ya me lo has hecho otras veces.

—¡Cuando éramos críos! Venga... que somos adultos. Concéntrate en todo lo que podemos conseguir con este proyecto —dijo, incorporándose para ocupar el sillón contiguo al de Jason—. Además, aunque tiene una sonrisa atractiva, esas cejas anchas y su cara redonda no me van. Está un poco rellenita para mi gusto y no tengo ningún interés en madres solteras.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Que le dará siempre prioridad a su hijo antes que a ti. Seguro que ya te ha pasado. Y te mereces algo más, hazme caso.

Se quedaron en silencio, mirando el armario de los licores.

—Ya tenemos una edad, Kevin. Qué esperas que encuentre a estas alturas. ¿Una belleza que todavía sea virgen?

El presidente sonrió y le apretó el antebrazo para ofrecerle su ánimo y respeto.

—¿Vas en serio con ella?

—¿Qué te acabo de decir, guaperas?

El presidente se levantó, dudó si echar mano de alguna botella, pero pasó por delante y miró el parque por la ventana.

—No deberías buscar nada serio de momento, y menos con una madre soltera, Jason.

2

Entre clase y clase, Silvia le dijo a Ethan que había investigado sobre las criptomonedas y que conocía un sistema para operar de manera anónima. Esto provocó en el chico tal impaciencia por llegar a la hora del recreo que lo desconcentró de las explicaciones de los profesores. Ella, sin embargo, se mantenía atenta con sus ojos saltones, sus muecas y los leves sonidos de su boca.

—¡Eh! ¡Dientes de dromedario! ¿Dónde vas?

Más de media clase se rio a carcajadas en los pasillos. Ethan siguió caminando y dejó a Silvia atrás.

—Con mis dientes de dromedario llegaré más lejos que tú, no te quepa duda.

El matón no supo qué contestar y algunos contuvieron la sonrisa.

—¿Y vosotros de qué os reís? ¿Os creéis superiores a él? —continuó Silvia.

Los chicos de la pandilla se miraron.

—Ten cuidado. Creo que querían reírse de ti —le espetó al primero—. Deberías vigilar eso.

Los dejó ahí y alcanzó a Ethan acelerando el paso.

—¿Qué haces? —preguntó él, mirando de reojo hacia atrás.

—Pues ponerlo en su sitio sin dejarlo en ridículo. ¿Has visto como ahora los otros han quedado en mal lugar?

Bajó los escalones con cara de loca graciosa.

—¡Vamos, tenemos mucho que hablar y no sé si nos dará tiempo!

En el vestíbulo, los alumnos se apelotonaban en la puerta de la cafetería. Tenían hambre y a Ethan sólo le alcanzaba para medio bocadillo y un refresco, pero Silvia ya se dirigía al pasillo que llevaba al patio.

Hablaron en la última fila de la concurrida grada de la pista de baloncesto, pasando desapercibidos para la pandilla de su clase. Ella explicaba con la aplicación móvil, cómo había conseguido engañar a la plataforma haciéndose pasar por una chica de dieciocho años.

—Solo tienes que sacarte un selfie sosteniendo tu carnet de identidad donde figura tu fecha de nacimiento. Pero esa foto la puedes manipular luego y cambiar el año en el que naciste.

—Pero... ¿eso no es un delito?

—¿Es que vas a operar con millones? Yo no tengo pensado hacer una sola operación, pero me he divertido validando mi perfil, haciéndome pasar por un adulto.

—Ya, bueno, existen otras exchanges en las que puedes operar sin necesidad de acreditar tu identidad.

—Sí, pero son plataformas de pacotilla para mover poco dinero. Si quieres manejar millones, hay que validarse en Crypto Island.

—¿Pero no decías que no ibas a operar?

Los dos se rieron con el sueño de ser millonarios, fascinados con la sencillez con la que había engañado a la mayor plataforma de criptomonedas del mundo.

—Enséñame la foto que has subido.

—Tuve que maquillarme y ponerme seria para que no se me vieran los dientes de dromedario. Pero ha colado, mira.

Sus carcajadas llamaron la atención de los chicos que se sentaban más abajo, y alguno estiró el cuello para observar de qué se trataba.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Pues buceando en la dark web. Hay algunos sitios donde la gente hace maravillas.

—¿Y no tienes miedo?

—Lo que sea con tal de hacerme millonaria.

Después, Silvia le dio el nombre de usuario y la contraseña a Ethan para que comprobaran juntos cómo funcionaba el mejor exchange del mundo.

Capítulo 4

El miércoles Casandra había vuelto a la monotonía de su primera tarea. No había rastro de agradecimiento sobre el informe que, a su manera, había enviado por correo electrónico al presidente y a su novio, el director financiero.

Entró en una fase de conformismo con su inútil tarea. No había encontrado ningún error en el punteo del listado y ya había perdido la esperanza de que, en cualquier momento diera con algún fallo.

El ambiente comenzó a cambiar a media mañana. Casandra no lo identificó hasta más tarde porque primero fueron unas llamadas internas entre compañeros y, con el paso de los minutos, los comentarios pasaron de cuchicheos a ser de viva voz.

El personal se había revolucionado y la atmósfera alegre y optimista del primer momento, se transformó en tensión de pronto. Se esperaba a alguien importante al mediodía y había que estar preparados.

Jason salía cada poco tiempo de su despacho y se metía en el de su amigo. Se respiraba la urgencia en el aire. En una de esas salidas, se dirigió a ella.

—Cariño, hoy comemos juntos.

—¿Y eso?

—Viene un inversor importante. Nos reunimos comiendo y debes acompañarme.

La cara de Casandra se transformó. Jason echó la mano a su cartera y le entregó una tarjeta bancaria que ella recogió con rapidez por miedo a ser vistos.

—Ve a la peluquería y arréglate. Ahora.

Caminó apresurada hacia el ascensor, echando cuentas de si le daría tiempo a comprarse algo de ropa para mejorar su aspecto. No tenía suficiente dinero hasta acabar el mes, pero tampoco quería agotar el saldo de Jason.

Bajando en el ascensor, envió un mensaje a su hijo advirtiéndole de que llegaría tarde por una reunión de negocios. Ethan la correspondió con unos iconos alegres.

Regresó a tiempo para que todos vieran su flamante peinado, sus zapatos de tacón nuevos y una americana que, ahora sí, conjuntaba con la falda que se había puesto esa mañana.

—Nos vamos, en mi coche —indicó Jason.

El presidente se sentó delante sin dar opción a que Casandra ocupara esa plaza. A Jason no pareció importarle y ella pasó el trayecto hasta el restaurante escuchando como se reían orgullosos del trato que estaban a punto de conseguir.

Era un punto de inflexión en la compañía. Llevaban dos años trabajando en ello y ahora saldría a la luz gracias a la inyección de liquidez.

Las cosas iban a cambiar. En poco tiempo podrían reinvertir las ganancias y el personal

tendría que adaptarse a las nuevas condiciones que iban a imponer. Se acabaría la dejadez y los puestos improductivos a los que no le habían prestado atención en los últimos tiempos. “Automatización de procesos” e “inteligencia artificial” eran las palabras que más repetían.

Casandra tuvo que apurar el paso para colarse la primera cuando ellos abrieron la puerta del restaurante. Los zapatos nuevos habían comenzado a molestarle aunque la ayudaban a mantener una postura erguida y la espalda recta.

—¿Te gusta mi peinado? —susurró a Jason cuando tomaban asiento para esperar al inversor.

—Estás muy guapa, cariño. No te olvides de devolverme la tarjeta.

La conversación sobre negocios volvió a repetirse. A ella le parecía que estaban en bucle, y pronto empezó a desinteresarse. Ninguno le prestaba atención y aunque a Kevin se le escapó una fugaz mirada cuando ella cruzó las piernas, el entusiasmo de ambos lo absorbía todo.

A las dos en punto, el inversor hizo su aparición. Llegaba acompañado de cuatro exuberantes mujeres y tres hombres tan corpulentos como él.

Xavier Cruz, moreno, de rasgos hispanos y sin ser alto, era un hombre cuya corpulencia llamaba la atención. Bajo el traje a medida se intuía una musculatura bien definida.

Kevin fue el que lo abrazó de manera más efusiva, con confianza, mientras que con Jason solo se estrecharon las manos. Casandra fue presentada como la pareja de este.

—Es un placer conocerla, señorita Casandra.

—El placer es mío —dijo ella, tendiendo la mano.

A pesar de que él tenía unas manos fuertes y nudosas, la cogió con delicadeza en un gesto inesperado. Se acercó a su cara sonriendo y, con parsimonia, se besaron las mejillas mientras intercambiaban sus miradas a la misma altura.

—Deberías tener una pareja así de guapa tú también, Kevin. Ya está bien de dar bandazos. Tienes que sentar la cabeza, mano.

—Eso le digo yo —aseguró Jason.

—No entregaré mi alma así como así.

Todos sonreían al mismo tiempo que los dirigían hacia sus asientos. Xavier ofreció su mano a Casandra para que pasara primero. A ella le extrañó el hecho de que no cruzaran palabra con nadie más de su círculo ni que nadie los presentara.

Casandra pasó la primera y acarició el brazo de su novio. Mientras caminaban por el restaurante hacia el reservado, con Kevin orbitando entusiasmado alrededor de Xavier, ella aprovechó para preguntar a Jason:

—¿Qué pasa con los otros?

—Son de pago, cariño.

Casandra miró de reojo. Todos ellos caminaban medio paso por detrás del inversor. Las chicas contoneaban sus caderas buscando su atención mientras los hombres sonreían entre ellos sin quitarles ojo.

—¿Ellos también?

—Esos son los guardaespaldas.

Casandra se sintió utilizada, como ellas, pero finalmente tuvo una sensación de alivio cuando, al sentarse, Jason puso su mano cariñosamente sobre una de sus piernas.

Al menos no le habían pagado por ser la chica de compañía.

Después se sintió más arropada cuando Xavier, que no hacía caso alguno a las bellezas que se habían sentado a ambos lados, se dirigía a ella con tono sincero, interesándose por el trabajo que desarrollaba en la compañía.

En el transcurso de la comida, las demás chicas prestaron más atención a sus teléfonos que a los platos, mientras los guardaespaldas mantenían una respetuosa compostura. La conversación se fue centrando en aspectos económicos que acabaron por aburrir y descentrar a Casandra.

—La tecnología que se implantará con nuestro proyecto solucionará muchos problemas burocráticos de las empresas en sus movimientos de importación y exportación de materias primas. Por no hablar de que nuestra criptomoneda supera con creces los problemas de traspasos internacionales del dinero convencional —aseguraba el presidente.

Casandra, impotente por no poder aportar nada a la conversación, se sentía invisible en la mesa, limitándose a no comer mucho y a dedicar una sonrisa cariñosa a su novio cuando este la acariciaba debajo de la mesa.

—Es cierto que nuestro proyecto requerirá tiempo para su implementación en la red empresarial mundial, pero esto se acortará con la inyección económica que comentamos. Lo que pretendemos es lanzarlo la semana que viene. Si tenemos todo ese dinero esperando a entrar en largo cuando salgamos al mercado, el valor de la cripto se disparará.

Xavier escuchaba las explicaciones del presidente, cada vez más acalorado por el vino, mostrándose conforme pero sin un entusiasmo desmedido.

—Así es —dijo Jason tomando el turno—. En poco tiempo tu inversión aumentará un ciento cincuenta por ciento, como mínimo. Tal vez pueda duplicarse si la aguantas una semana.

Y alzando su copa, Kevin concluyó:

—Seremos la ballena de nuestra propia cripto.

—Entiendo —aseguró el inversor—. Nosotros dirigiremos la especulación.

—Es una jugada segura en la que tendremos que actuar de manera rápida, pues el mercado se autorregulará en poco tiempo.

Xavier se recostó en la silla y se limpió los labios con la servilleta. Después cogió su copa y la alzó.

—Mañana mismo tendrán el dinero en su cuenta. Después es cosa suya como lo muevan, aunque tendrán que darme explicación de todo.

—¡Brindemos por ello! —concluyó el presidente.

El resto de la comida transcurrió entre alabanzas de grandeza y bromas relacionadas con la ostentidad. Jason fue al servicio y el presidente se desplazó para sentarse más cerca de Xavier, al lado de Casandra. En ese movimiento, le puso la mano en la pierna para apoyarse. Ella lo atribuyó al vino consumido y a que se desequilibró. De otra manera, hubiera sido inaceptable.

Kevin continuó con una anécdota de juventud, gesticulando con los dos brazos. Cuando todos rompieron en carcajadas, volvió a apoyarse en ella, esta vez acariciando su rodilla durante unos breves instantes.

Casandra sintió una sensación extraña. Miraba el perfil de Kevin, que continuaba con otra anécdota. Su mentón afeitado no paraba de moverse y ella no sabía exactamente qué era lo que acababa de pasar. Analizó su comportamiento y percibió que devoraba con la mirada a las demás chicas.

Jason regresó y ocupó de nuevo su lugar, desplazando a Kevin a su sitio. Propusieron un nuevo brindis y todos chocaron sus copas con más entusiasmo. El presidente sonrió a Casandra con sus dientes perfectos y le guiñó un ojo. A ella no se le ocurrió otra cosa que corresponderle con una sonrisa.

Capítulo 5

El instituto tenía un jardín en el patio de recreo. Estaba delante de los ventanales de la sala de profesores y de las oficinas del centro, por lo que no era un parterre muy frecuentado por los alumnos.

Bajo las ventanas de las oficinas, sentados en el césped, Silvia sacó su portátil de la mochila y, después de un par de exasperantes minutos, se conectó a la red del centro.

—No me mires así, es un ordenador heredado de mi hermano mayor.

El computador tenía la tapa golpeada y, en alguna esquina, el plástico de la carcasa había estallado.

—He estado investigando sobre esto de las criptomonedas.

Clicó sobre un documento de texto que tardó en abrirse. Y fue desplazándose por él buscando anotaciones importantes.

—¿Cuándo has hecho esto? —preguntó Ethan.

—Ayer por la noche.

—¿Todo?

Silvia asintió. Le rugían las tripas, pero no les prestaba atención, concentrada en encontrar la parte más interesante.

—La tecnología de las criptomonedas va a suponer un cambio de paradigma en la sociedad. ¿Sabes qué es la blockchain?

—Sí, he leído sobre eso, me llevó varias semanas.

—Bien, entonces me lo salto.

Continuó bajando con paciencia en el extenso documento de anotaciones que había realizado.

—He comenzado a ver cosas de NFT y sobre las plataformas DeFi, como un sistema de servicios financieros orientadas a criptomonedas.

—No me suena, yo solo he mirado cómo realizar análisis técnicos en los gráficos para operar con las criptos.

—Ya, bueno... Pues entre unas cosas y otras, he descubierto cómo mover dinero de manera anónima.

—¿Qué dices?

Silvia dejó el portátil sobre la hierba, y se recogió el pelo rebelde detrás de las orejas.

—Primero transfieres tu dinero a un neobanco.

—¿Neobanco?

—Sí, es una entidad que presta servicios bancarios. Después lo transfieres a otro neobanco fuera del país y, para finalizar, al exchange para operar con las criptos.

—¿Y el neobanco no pide que valides la cuenta con tu identidad real?

—Pues no, ha sido una sorpresa para mí también, pero es suficiente con que rellenes un formulario web.

—Y desde la transferencia inicial no podrían rastrear que te pasas el dinero a ti mismo.

—No, en las transferencias bancarias actuales se validan números de cuenta, el IBAN, no los titulares, puedes dejar ese campo con dos o tres caracteres si quieres.

Ethan se tumbó en la hierba. En la cara de Silvia había algo más.

—El problema es que se necesitan varios números de cuenta diferentes, porque los traspasos se confirman con claves telefónicas —continuó ella—. Se supone que haces transferencias entre diferentes personas. Entonces, habría que involucrar en la operación a varias personas diferentes.

—A no ser que...

Ethan lo pensó antes de dar la respuesta. A ella ya se le habían encendido los ojos.

—A no ser que utilices tarjetas prepago —finalizó.

—¿Tarjetas prepago?

—Claro, se pueden conseguir por internet o en tiendas especializadas. Son muy baratas. Cada tarjeta es un número diferente.

El chico sacó de su mochila el portátil y se conectó a la red. Era mucho más rápido. Juntos navegaron por distintas webs donde realizar este tipo de compra, confirmando que era posible.

Chocaron sus palmas. Habían descubierto una manera de burlar al sistema financiero para operar en mercados de máximo riesgo y volatilidad siendo menores de edad y sin ser descubiertos.

El resto del recreo, Ethan abrió los gráficos de las principales criptomonedas y le explicó a Silvia su análisis técnico personalizado. Después entró en una exchange donde había metido treinta dólares como prueba y realizó una compra de tres dólares y cincuenta centavos.

—No seas rácano...

—¿Rácano? Pero si me he excedido, es más de un diez por ciento de mi cartera, debería haber invertido solo un dos.

—¿Un dos por ciento de treinta dólares?

Silvia se rio mientras Ethan observaba el movimiento real del gráfico y su operación se iba poniendo en números verdes.

—He entrado en el momento perfecto, míralo.

—¡Cierra ya la operación! Es un tres por ciento de ganancia...

—Un poco más.

—¿Más? Ciérralo ya, está empezando a bajar.

Ethan aguantó unos segundos, pero el gráfico retrocedía.

—¡Ciérralo antes de que pierdas!

Ethan ejecutó la venta.

—Mira, has ganado dos céntimos.

—Pues un uno coma siete por ciento. No sé para qué te hice caso, mira, está subiendo otra vez.

Después pasaron al modo demostración, donde la aplicación les regalaba cien mil dólares ficticios para operar como si fueran reales. En esta modalidad, Ethan tenía su cartera muy diversificada.

—¿Te pasas las tardes planificando en modo demo?

—Es una forma de aprender.

—Pero no es real.

—Ya, pero te preparas para cuando llegue el momento de la verdad.

—¡Eso no te prepara para nada! Cuando llegue el momento de la verdad no vas a ser capaz de ejecutar la venta, como te ha pasado ahora.

Él la observó serio. Después cerró el portátil y lo guardó en su mochila.

—Iba a darte la mitad de mis ganancias, pero ahora te quedas sin nada, por lista.

—¿La mitad de tus dos céntimos?

Silvia comenzó a emitir chasquidos con su boca y los dos estallaron en carcajadas. Después, sonó el timbre.

Capítulo 6

1

A la mañana siguiente se respiraba cierto ambiente eufórico en la oficina. Todos sabían que se había negociado un importante contrato en la comida de negocios. Los programadores estaban entusiasmados en sus mesas, haciéndose bromas entre ellos. Sin embargo, los del departamento económico y el administrativo que era el que estaba entre la recepción y su puesto, fulminaban a Casandra con sus miradas. El desprecio hacia ella era palpable. A los involucrados en programar la tecnología que estaban a punto de sacar al mercado no les importaba ese detalle.

Casandra no podía quitarse de la cabeza el acoso del presidente en la comida. Le trasladaba años atrás, cuando el padre de su hijo le dejaba anzuelos para atraerla y después la trataba con indiferencia. Recordarlo le repugnaba, pero como decía una amiga, a las chicas nos gustan los canallas.

Estaba confundida, como en el pasado, pues temía ser tratada como una fulana. Así que, decidió negarse de manera rotunda a cualquier insinuación que no viniera de su pareja, Jason. Si en algún momento el presidente intentaba tocarla de nuevo, le pararía los pies.

En su mesa sonó el teléfono con el tono de una llamada interna. El despacho del presidente.

—¿Sí?

—Hola, Casandra. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Necesito que me imprimas el pequeño informe que hiciste el otro día. Creo que algo podré aprovechar de él.

—El informe te lo envíe por email.

—¿No puedes imprimirlo?

—Ahora estoy ocupada, lo haré en cuanto pueda.

Casandra colgó el teléfono, satisfecha consigo misma por haber llevado a cabo su decisión.

Mientras tanto, Jason salió de su despacho y entró en el del presidente.

—Kevin, acabamos de recibir una transacción con el primer pago del inversor. Tres millones.

—Solo con eso, ya da para manipular cuando saquemos la cripto al mercado.

—Sí, y todavía queda mucho más.

El presidente se levantó y golpeó amistosamente el hombro de su amigo.

—La comida de ayer fue un éxito.

—Sí.

—Y una buena idea lo de llevar a tu novia. Creo que le gustó a Xavier —le guiñó un ojo.

—No seas gilipollas, o no viste los pibones que traía con él.

—No es lo mismo. Una cosa es pagar por compañía y otra es ganársela. Casandra ayer lo impresionó con su elegante peinado, la falda ajustada y... aquellos tacones.

—Eres un baboso.

Kevin no dejaba de sonreír y le echó el brazo por encima de los hombros.

—Ándate con ojo, macho. No te la vaya a quitar el mexicano.

A Jason no le hizo gracia el último comentario y Kevin se dio cuenta.

—¿Tomamos un trago? —propuso el presidente dirigiéndose hacia el mueble de los licores.

—Venga.

2

Esa mañana, en el recreo, Ethan y Silvia estaban sentados en el césped del jardín delantero con los portátiles en sus regazos. Apenas se miraban, pero se entendían con frases cortas y algún gesto. Él navegaba por los enlaces de Cripto Island, con una cuenta falsa como la que Silvia abriera unos días antes, y exploraba los menús de la plataforma.

—¿En serio te has abierto una cuenta también?

—En serio...

—¿Y también ha colado la foto falsa?

—Sin problema...

Sonrieron entusiasmados.

Un grupo de cuatro chicas de su clase se acercaron a ellos. Ethan las conocía bien, no eran problemáticas, solían estar con otros chicos con los que había conversado alguna vez.

—¡Eh! ¿Qué pasa con vosotros?

—¡Hola! Nada, pasando el rato... —se apresuró a decir él apartando el portátil de su vista.

—¿Pasando el rato? Los matones os están buscando, Ethan. ¿Qué haces con esta? ¿Es que te gustan los problemas? ¿O es que sois novios?

—¿Buscándonos? ¿Para qué?

—¿Tú qué crees? Aléjate de esta rarita o no nos vuelvas a dirigir la palabra. Somos chicas normales, no queremos problemas ni que nos vinculen con ella para nada.

Ethan no supo qué decir, como siempre. Silvia esperaba alguna reacción pero no ocurrió.

Cabizbajo, Ethan agarró el portátil y lo cerró para guardarlo en su mochila.

—¡Eh, tú! ¡Chica normal! ¿Nos has estado buscando para chivarle a tu matoncito dónde estamos? —intervino Silvia.

—¿Pero qué dices, tía?

—Que si te gustan los matones... ¿por qué no vas a decirle dónde estamos?

—¿Cómo dices?

—¡Que te vayas con tu matoncito, princesa! ¡Y déjanos en paz!

El grupo de chicas se fueron cuchicheando indignadas, apretando el paso.

—¿No sabes defenderte o prefieres irte con ellas?

—No es eso, es que...

—¿Es que qué...?

—La violencia no lleva a ninguna parte, las cosas deberían arreglarse hablando.

—¡Pues justo lo que acabo de hacer!

—No de esa forma.

—¿Tú has visto dónde estamos? La sala de profesores está justo a nuestra espalda, todos

están ahí dentro tomando sus cafés y vigilando el patio ¿Crees que los matones vendrán aquí a intimidarnos?

—No les tengo miedo.

—¡Pues coge ese portátil y operemos!

Ethan lo abrió de nuevo mientras ella sonreía orgullosa, enseñando todos sus dientes.

En los siguientes minutos, el chico tanteó los gráficos y vio la oportunidad de entrar en una operación de compra.

—Espera, ¿estás conectado a la wifi del instituto?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Somos menores, tío. Imagina que la policía nos está siguiendo la pista, no debemos dejar rastro. Es mejor que, si pillan un movimiento de dinero, localicen la IP del instituto y no las nuestras.

—¿Qué dices? No nos van a seguir el rastro por esto.

Pero Ethan se conectó a la wifi de todos modos.

Los dos se divertían haciendo movimientos de cantidades ínfimas de dinero.

—No nos haremos nunca ricos —dijo Ethan—. Es muy poco dinero el que puedo invertir —concluyó, mirando a lo lejos.

—El mercado no es propicio para beneficios.

—Aunque lo fuera ... No tenemos capacidad para hacer dinero con esto. Habría que invertir mucho más.

—Bueno, dentro de unos años, cuando podamos ganar un sueldo, podremos invertir.

—Silvia, dentro de unos años, las criptomonedas estarán en el cielo. Todo lo que aprendemos ahora, estará desfasado. Esto no nos vale para nada.

Sonó el timbre. Recogieron todo para afrontar las clases de la segunda parte de la mañana.

—Tenemos que estar atentos a las oportunidades de inversión que puedan surgir con las NFT.

Ethan la observó como si estuviera loca.

—No me mires así. Hace unos días salió un dibujo de una gallina de un artista y en cuestión de horas multiplicó su valor por trescientos.

—¿Una gallina? ¿Por trescientos? Explícate.

—Claro, en otro momento. Primero deja que empolle un poco más este fin de semana. Esta tecnología es fascinante. Creo que lo de operar con los gráficos se quedará en un chiste en comparación con otras cosas.

—¿Tú crees? —sonrió Ethan.

Ella asintió con su cara iluminada y el timbre terminó de sonar.

Casandra fumaba al lado de la ventana para que el humo escapara por la rendija abierta. Observaba de reojo la puerta del dormitorio de Ethan y escuchaba la conversación distendida entre su hijo y su nueva amiga, Silvia. Parecían divertirse. No entendía nada de lo que decían, pero las risas la tranquilizaban.

La chica era más rara de lo que suponía, siempre despeinada, e imaginaba las dificultades por

las que pasaría cada día para ser aceptada. Sus chasquidos se acentuaban cuanto más entusiasmada estaba. Se compadeció de ella por llegar a un instituto nuevo, sin amigos, aunque en el fondo no le hacía gracia que se hubiera topado con su hijo.

Lo dejaría pasar.

Los médicos nunca le habían diagnosticado ningún trastorno a Ethan, pero ella conocía a su hijo y le costaba hacer amigos por su personalidad tímida e introvertida.

Salvo en contadas ocasiones, por los estudios, nunca había traído a ningún compañero a casa. Ahora parecía relajado y distendido, y todo aquel asunto de las criptomonedas los entusiasmaba por igual.

Se alegraba de que Jason no hubiera dejado ningún mensaje. No le apetecía quedar con él esa noche. Prefería verlo de manera más relajada, fuera del entusiasmo de la empresa, y tener encuentros más tranquilos.

Comparó este sentimiento con la personalidad de su hijo, tan propenso a dejar las cosas como están. Tal vez lo había heredado de su abuelo, una persona calmada pero dispuesta a la negociación. Era algo que Casandra siempre había admirado en su padre: nunca había perdido los nervios, ni siquiera en los momentos más difíciles y decepcionantes que ella había provocado.

Casandra sin embargo había heredado el carácter de su madre. Su impulsividad la había llevado a malas decisiones, sobre todo en sus relaciones sentimentales.

Cuando la brasa del cigarrillo iluminó la oscuridad, Casandra lo apagó, y llamó a la puerta del cuarto.

—Está anocheciendo, Silvia. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

—¡No hace falta! —dijo la niña bajando de la cama de un salto.

—Puedes quedarte un rato más, si quieres. Yo te llevo, sin problema.

Silvia recogía sus cosas a toda velocidad, con sus pelos salidos hacia todas partes, emitiendo chasquidos con la boca entreabierta y Casandra asombrada por la electricidad que desprendía.

—Para nada. Iré corriendo y en quince minutos estoy en mi casa.

—¿Corriendo?

—¡Sí! —aseguró sonriendo y enseñando los dientes.

Luego salió.

—Hijo, te ha dejado la cama deshecha, justo como a ti te gusta.

Ethan sonrió.

—Luego la haces. Venga, cenemos algo.

Casandra abrió la nevera y su teléfono vibró. Al desbloquearlo, vio sorprendida que no se trataba de Jason, sino del presidente.

“He dejado a tu novio en su casa, va un poco borracho. Tranquila, no le he dicho que estás en Tinder. De todas formas, si me ves en esa aplicación, dame un like”.

En su cuarto, Ethan rehacía la cama.

Capítulo 7

Durante el fin de semana, Jason estuvo decaído. Para Casandra fue un alivio. Solo se vieron un par de horas para tomar un cocktail en una de las mejores terrazas de la ciudad. Casandra pensaba que la fatiga de Jason sobrevenía tras la euforia de haber conseguido un buen negocio.

Pero el lunes, fue ella quien volvió a sufrir el desánimo de estar en un lugar donde era despreciada. El mal ambiente iba en aumento. Los compañeros cuchicheaban a sus espaldas y se sentía observada hasta cuando iba al baño. En una de esas, alguien entró golpeando las puertas, asustándola, y desapareció antes de que pudiera averiguar quién había sido.

A media mañana sonó la línea interna:

—Ven a mi despacho cuando puedas.

—Enseguida, Kevin.

Se levantó en cuanto colgó y se dio cuenta de que su ansiedad por entrar al despacho del presidente también fue percibida por los demás. Fingió entretenerse con unos papeles y lo prolongó durante unos instantes.

Llamó a la puerta esperando un gesto de invitación y finalmente entró. Kevin hablaba por teléfono y le hizo un gesto con la mano para que pasara.

Casandra esperó de pie.

El presidente hablaba de negocios y se reía con su interlocutor.

—Sí, tío... Xavier es nuestro principal inversor. Gracias a su dinero seremos las ballenas del mercado durante las primeras horas —le guiñó un ojo a Casandra—. Y nos prometió que conseguiría más inversores de confianza para meter dinero en cuanto nuestra cripto saliera al mercado.

Casandra le correspondió con otra sonrisa.

—Sí, yo te aviso... Hablaré con Jason para que te de las instrucciones para meter dinero. ¡Enhorabuena, vas a ser millonario!

Cuando colgó el teléfono se dirigió a ella.

—¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

—Muy bien.

—¿Estás a gusto aquí?

—Claro, muy a gusto.

Él pasó por detrás, a punto de rozarla.

—Genial, necesito que hagas unas llamadas.

—Muy bien.

—Busca un restaurante que tenga zona discreta de reservado, para comer tres personas... y que tenga buenas vistas. Después, consígueme un pendrive para hacer una copia de unos

archivos. Te enviaré por email lo que tienes que guardar.

Ella seguía de pie, atenta a más instrucciones.

—¿Sabes qué es un pendrive, no?

—Creo que sí...

—Un lápiz de memoria, ya sabes, un pincho —dijo, sonriéndole.

—Claro —sonrió ella.

En ese momento, Jason entró al despacho, pero se detuvo cuando iba a decir algo, extrañado por la presencia de Casandra.

—¿Ocurre algo? —dijo Kevin.

—Tengo que comentarte unos asuntos.

Los tres quedaron en silencio unos instantes.

—Os dejo, voy a hacer esos encargos.

Casandra regresó a su puesto y comenzó a teclear en busca de un buen restaurante que cumpliera las expectativas. A los pocos minutos, Jason salió del despacho y se dirigió a ella. Parecía mosqueado.

Casandra le sonrió cuando se acercó, pero él no se inmutó y se situó detrás, fisgando qué estaba buscando en internet. Ella se volvió un momento.

—¿Pasa algo?

Quizá lo dijo en voz muy alta, pero los compañeros más cercanos se volvieron hacia ella. Se dio cuenta de que se había equivocado.

Jason se fue sin decir palabra.

Ella trató de recomponerse y continuó realizando su trabajo. Instantes después, recibió un correo del presidente con las instrucciones prometidas, y al final, una pequeña frase:

“No temas por tu novio. Está todo controlado”.

Cerró el email antes de que pudiera ser visto por alguien que la merodeara y anotó en un papel las indicaciones. Después se dirigió hacia sus compañeros.

—¿Alguien puede prestarme un pendrive?

Nadie la miró. Nadie contestó.

—¿Sabéis dónde puedo conseguir uno?

Un hombre desaliñado le señaló en dirección a recepción. Casandra regresó a su mesa y llamó por línea interna.

—Perdona, necesito un pendrive, ¿sabes dónde puedo conseguirlo?

—No sé si sabes que eso ya no se usa, ahora existen los espacios virtuales en internet.

—¿Espacios virtuales?

—Sí, la nube...

—Perdona, es que Kevin me pidió un pendrive.

—¿Kevin?

—Sí.

—¿Qué Kevin?

—El presidente.

—¡Claro, el presidente! Pues tendrás que ir a comprarle uno a algún sitio. Aquí no tenemos.

Colgó el teléfono, asqueada del comportamiento generalizado de la oficina. Habría llamado a su padre para escuchar su profunda voz y que la calmara. Después imaginó la voz bronca de su

madre, recriminándola por su poco aguante.

Abrió el correo de Kevin y respondió.

“No hay manera de encontrar un pendrive en esta empresa. Al parecer es un artilugio en desuso. ¿Podría copiarte los archivos en la nube?”

Cassandra siguió buscando restaurantes y a los pocos minutos recibió respuesta.

“No te preocupes por el pendrive. Tú y yo encontraremos la manera de solucionarlo. Juntos.”

Cassandra sonrió.

Capítulo 8

1

Al día siguiente, Casandra decidió abandonar la tarea que el compañero le había encomendado el primer día. Habían pasado varias jornadas sin que nadie le pidiera explicación ni reporte alguno sobre aquello. Le habían dado una tarea innecesaria con el único objetivo de quitársela de en medio.

Cerró los archivadores y los arrinconó en el suelo. Después navegó por la red con descaro, sin miedo a ser vista. Buscó tutoriales que le pudieran ayudar en tareas de oficina, con el objetivo de aprender algo que le fuera de utilidad para desempeñar mejor su trabajo.

Pero esa temática le aburría y las horas comenzaron a pasar muy despacio. Así que, ante el pasotismo de Jason que no había tenido ningún detalle cariñoso desde su llegada, se tomó un descanso y salió a la calle. Se detuvo en el pequeño parque delante del edificio y disfrutó un cigarro a solas.

Después se dirigió hacia la cafetería de la esquina y se encontró con una señora que levantó su mano con entusiasmo para saludarla. Casandra se acercó con precaución.

—Siéntate, hija.

Un camarero sirvió el café de la señora.

—Tráigale otro a ella, por favor. ¿Lo tomas con leche?

Casandra asintió mientras se sentaba, extrañada.

—Tú eres Casandra y yo soy la que se sienta dos mesas después de la recepción. Me llamo Gloria.

—Perdone, Gloria. No me había fijado en usted, con los nervios de los primeros días...

—¿En serio? Pasas delante de mi mesa todos los días.

—Lo siento, es que voy aturullada, sin fijarme en quién mira.

La señora sonrió abriendo sus estrechos labios pintados de un marrón apagado, dejando a la vista unos dientes pequeños y bien cuidados.

—Claro, no es cómodo sentirse observada, y a ti te miran mucho desde el primer día —dijo sin dejar de sonreír—. Sé lo que se siente.

—¿Ah, sí?

—Claro, llevo muchos años aquí. Me ha pasado de todo. Verás, yo empecé poco después de que el padre de Kevin fundara la empresa.

Casandra agradeció al camarero el café que le acababa de servir y como no le gustaba el dulce, le devolvió el azucarillo. La mujer continuó...

—Era un mujeriego empedernido. Kevin tiene algo de él, aunque no le llega a la suela de los zapatos.

Casandra sonrió.

—De verdad. Tendrías que ver a su padre, todo un caballero, siempre impoluto. Nos traía a todas locas y nunca desperdiciaba una oportunidad para intentar algo. Kevin es un inocente a su lado. De todas formas, ten cuidado con él, no hay nada bueno en esa familia.

—¿Sabe que soy la pareja de Jason, y no de Kevin?

—Lo sabe todo el mundo, hija. Por eso mismo te advierto sobre Kevin.

—Gracias por el consejo —y sonrió de nuevo—. Yo también he pasado las mías, y el respeto es un valor innegociable para mí.

—Eso pensaba yo a tu edad, pero un granuja de esas dimensiones siempre acaba embaucándote. Ten cuidado.

—No creo que me pase.

Gloria se echó atrás en su silla con un gesto expresivo que a Casandra le pareció una desaprobación. No le hizo gracia. Su pasado había sido turbulento, no había tenido suerte en sus escasas relaciones. Ni se había aproximado a tener una relación sana con otro hombre. Jason era lo mejor, con creces, en todos los años vividos.

—Perdona, hija. Me estoy metiendo donde no me llaman. Dime, ¿te tratan bien los de tu departamento? Imagino que no, son los más raros de la empresa.

—La verdad es que no. Me encargaron una tarea interminable a la que no le encuentro sentido y creo que lo han hecho para tenerme distraída, que moleste lo menos posible y para recepcionar todas las llamadas que ellos no atienden.

—A ver, no quiero hacer de madre... ¿tu madre vive?

—Sí, pero mi padre no.

—Vaya, lo siento. Debió ser una persona importante para ti...

—Lo fue y, en cierta medida, lo sigue siendo. Lo tengo muy presente todos los días. Noto como si... a veces, estuviera conmigo.

—Entiendo, seguro que estaría orgulloso de que hayas comenzado en este trabajo, ¿no?

—Sí... —respondió Casandra mirando hacia fuera.

—Pues ten cuidado con lo que te dije antes. No digo que te vaya a pasar a ti, pero...

—Sí, ya he escuchado su consejo —dijo, dando un último sorbo al café—. Si me permite, debería regresar al trabajo.

Casandra pagó su consumición y salió apresurada de la cafetería. Luego se dirigió hacia la oficina sin mirar atrás.

Estaba siendo observada.

2

Ethan y Silvia fueron, por inercia, a la parte delantera del edificio, delante de la sala de profesores. Aquel lugar se había convertido en su refugio en los recreos. Poco transitado y lejos de los malotes de su clase, demasiado ocupados en destacar entre la muchedumbre.

—He experimentado con esa maravilla del metaverso, Silvia.

—¿Qué maravilla?

—Las NFT, ¿te explico cómo va?

—No, ya leí todo sobre eso. Pero hay que tener algo de dinero para especular.

—No tanto, mira —abrió su portátil—, ayer compré un dibujo de un artista por treinta y hoy

vale casi el doble.

—¿El doble? ¿Tan pronto?

—¿A que es increíble? Es una oportunidad de hacer dinero fácil. Podría vender y reinvertir en alguna obra de arte barata y volver a hacer lo mismo una y otra vez.

Silvia miraba la pantalla del portátil de Ethan, entusiasmada. Tenía la boca entreabierta y movía su lengua entre los dientes separados, sin apenas pestañear.

—Es una pena no avanzar juntos en estos descubrimientos —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

—Pues que yo conozco la teoría antes que tú, pero tú puedes aplicarla antes que yo.

Ethan abrió una nueva ventana en el navegador para acceder a Cripto Island, donde tenía invertido lo poco que había podido ganar.

—Bueno, si el NFT triplica su valor, te daré la mitad de los beneficios para que vayamos a la par.

—¿En serio?

Ethan asintió sin mirarla.

—Entonces iré por delante de ti —sonrió la chica.

—¿Por?

—Porque te ganaré en la teoría y en la práctica.

—Pues tendrás que hacerme resúmenes de tus avances, listilla.

Los dos volvían a sonreír juntos.

Un grupo de chicas los observaban. Ethan no se sintió cómodo, pues aunque se entendía bien con su nueva amiga, no quería que la gente pensara que podía gustarle.

Después, recordó los valores que había aprendido de su abuelo y aquellos que su madre le refrescaba de vez en cuando. Ese sentimiento no estaba bien.

Olvidó la mirada de la pandilla y se centró en lo que decía Silvia.

—Podríamos buscar una aplicación de mensajería anónima para comunicarnos.

—¿Eh? ¿Para qué?

—Para que nadie pueda rastrearnos, ¿no me estás escuchando?

—¿Para qué iban a hacer eso?

—A ver, Ethan... ¿Se te ha olvidado que somos pequeños ciberdelincuentes? Menores de edad invirtiendo en el producto más especulativo de la historia, con un perfil falso en la mejor plataforma del mundo.

El chico se quedó pensando en que el dinero que movían era ridículo, pero ella ya estaba buscando en su teléfono aplicaciones de ese tipo.

—Mira, hay unas cuantas, investigaré sobre ello y te contaré. Tú vigilarás esas obras de arte en las que invertiremos.

—¿Te imaginas que tripliquemos beneficios y reinvirtamos siempre? En unos meses podríamos estar moviendo pasta gansa.

—Pues tenemos que ir preparándonos e ir con cuidado con las conexiones que usamos. Buscar la manera de que la IP cambie cada vez que conectemos para que no nos puedan rastrear.

—Sí... ¿te imaginas que alguien nos deje dinero para que hagamos esas inversiones de manera anónima?

—¿Se te ocurre alguien?

Ethan pensó bien la respuesta. Después sonrió.

—Mi abuela.

—Pues ya tenemos tarea. En nada, millonarios nos llamarán a la puerta para que invirtamos su capital.

Se pasaron el resto del recreo pensando y leyendo sobre cómo pasar desapercibidos. Eran conscientes de que fantaseaban con algo real que podía escapárseles de las manos.

Capítulo 9

1

Al día siguiente, Casandra llegó tarde y agitada, y pasó por la recepción sin saludar. Ahora lo hacía siempre así al no obtener nunca respuesta de nadie. Dos mesas después, Gloria levantó la cabeza, sonrió y le guiñó un ojo con picardía. Ella se lo devolvió.

Aquel gesto le hizo empezar el día con más ánimo y, al poco tiempo de estar sentada, una llamada interna sonó en su teléfono. No sabía de quién era el número veintitrés.

—¿Sí?

—Hola Casandra, soy Gloria. Oye, si tienes cualquier duda con el trabajo, pregúntame sin problema. He rodado por todos los departamentos, quizá pueda ayudarte.

—Gracias, Gloria.

—De nada. A media mañana, si quieres, tomamos un café.

—Solo si me dejas invitarte, ayer me fui aprisa y corriendo.

—Claro.

Como cada mañana, a primera hora, las idas y venidas de Jason al despacho del presidente eran recurrentes. Casandra observaba en su novio cierto distanciamiento, pero lo achacaba al entusiasmo y al nerviosismo por el proyecto que iban a sacar al mercado.

Pasada una hora, levantó el teléfono y tecleó la almohadilla y el veintitrés.

—Sigo con la misma tarea del primer día.

—¿Y qué haces?

—Punteo importes de facturas con un listado.

—Te están tomando el pelo. Es una tarea inútil. Esas facturas han sido mecanizadas de manera automática por una inteligencia artificial que contrasta los datos de diferentes maneras. Es casi imposible que se equivoque.

—¿En serio?

—Habla con tu novio. Yo pelearía un cambio de departamento. En administración estamos más entretenidas. Son tareas de menos responsabilidad pero más amenas.

—A veces Kevin me da alguna tarea, y me viene bien para desconectar. Podría preguntarle si...

—Mejor no te acerques a no ser que él te solicite. Mantén las distancias Casandra, te lo digo en serio. No sacarás nada bueno de ahí.

—Vale... tomamos café en un rato.

Casandra estaba asqueada y los demás miembros del departamento parecían malhumorados. Algunos se levantaban golpeando las cosas, como si quisieran hacerse notar. Otros parecían dormir, estirados en sus sillas y pestañeando de vez en cuando ante el monitor.

Apartó el listado y cerró todos los archivadores con sus facturas. Los dejó en el suelo y abrió

internet para navegar por alguna web. Desde su posición era fácil disimular si el presidente o su novio aparecían y, aunque estuviera a la vista de los demás compañeros, su idea era precisamente darles a entender que pasaba de ellos.

Cuando llegó a la cafetería, ya se le había pasado el enfado.

—No dejes que te menosprecien y ten en cuenta que debes demostrar que eres profesional. Si hay algún encargo de tus jefes, cúmpelo a la perfección. Y no se te olvide llegar puntual.

—Sí, es una mala costumbre que tengo desde niña.

—¿Tus padres no consiguieron corregirlo o ellos también tienen ese defectillo?

—No, es cosa mía. Mi madre es muy estricta y mi padre era militar.

—¿Estabas muy unida a él?

—Mucho. Y me arrepiento a diario del sufrimiento que le causé.

—¿Y eso?

—Nunca hice caso a los consejos que me dieron. Soy madre soltera, ¿sabes?

Gloria apoyó la espalda en la silla, dispuesta a escuchar.

—Fui algo rebelde en mi juventud. A mis padres nunca les gustó ninguno de mis novios y mira... me quedé embarazada del peor.

—¿Por qué el peor?

—Un porrero y creo que un camello drogadicto también.

—¿Camello?

—Sí, de esos que mueven las drogas, que pertenecen a la logística de ese mundo.

—¿Todavía sigues enamorada de él?

Casandra suspiró y cogió la taza de café con las dos manos.

—Su personalidad me atraía. Creo que tengo algún trauma por culpa de ese chico.

—Pero, ¿sigues enamorada o no?

—Cuando me quedé embarazada no quiso saber de mí. Así me lo dijo. Y una semana después, desapareció. Es posible que se metiera en algún lío de drogas y tuviera que huir.

—¿Huir?

—Sí, a algún país extranjero...

—¿Y su familia?

—Nadie sabe nada. Un día su hermana vino a mi casa pero mi madre la espantó. No se puede razonar con ella sobre este asunto. En el fondo mi madre se alegró de que desapareciera, me quería debajo de su ala.

—Ya...

—Pero yo no se lo consentí, y en cuanto pude me fui de casa con el niño. Hasta hoy. Por eso que mi padre —pronunció, emocionándose— fue de disgusto en disgusto.

Gloria se inclinó hacia delante y le cogió la mano. Esperó con paciencia a que Casandra se recompusiera.

—No sé por qué te cuento esto, Gloria...

—Está bien desahogar las penas. Y yo sé escuchar.

Casandra se lo agradeció con un gesto mientras limpiaba las últimas lágrimas.

—Si me permites un consejo...

—Claro —dijo Casandra, intentando sonreír.

—Debes dejar de ser tan infantil.

—¿Cómo?

—En el fondo, estás esperando que tu príncipe vuelva hecho un hombre y puedas perdonarlo.

Y de paso, darle una lección a tu madre y quitarte la losa de los disgustos que le has dado a tu padre.

—¿Cómo te atreves?

—Debes madurar, hija.

Casandra se levantó airada y salió al parque para fumar e intentar calmar sus nervios. Estaba indignada.

«Maldita vieja, le cuento cuatro cosas de mi vida y se atreve a opinar sin tener ni idea».

Encendió el cigarro como si cada calada pudiera aliviarla. Después cogió el móvil y abrió la aplicación de citas. Allí encontró las primeras conversaciones con Jason. Mirando sus fotos se preguntó en qué diablos estaría pensando para darle la oportunidad de conocerse.

Y en ese momento, recibió un mensaje suyo en la app de mensajería.

“¿Dónde estás? Necesito que me hagas un trabajo.”

No le contestó.

Encendió otro cigarro. Vio pasar a Gloria hacia el edificio y volvió a abrir la aplicación de citas para empezar a descartar candidatos sin ningún criterio.

Jason volvió a insistir.

“Ven, ahora.”

Casandra tardó media hora más en subir. Cuando llegó, avanzó por el pasillo sin dirigirle la mirada a su pretendida amiga. Después entró en el despacho de Jason y cerró la puerta.

—¿Dónde estabas? ¿Te crees que puedes ausentarte una hora de tu puesto de trabajo?

—¿Acaso sabes lo que estaba haciendo?

—Sé que deberías estar trabajando para mí, y no te veo en tu puesto.

—Mi puesto es una mierda, Jason. Esos de ahí... —dijo señalando hacia fuera— me toman el pelo cada día con tareas absurdas e inútiles, y tú no haces nada por remediar el ridículo que estoy pasando.

—¡Fuera de aquí!... Ya hablaremos.

—No, dime qué trabajo tengo que hacer.

—¡Que te largues!

Casandra quería insistir hasta salirse con la suya, pero se acordó de Gloria, y después de su madre.

—Perdona, no tenía que haberme puesto así.

Se fue y cerró la puerta con delicadeza.

Esa tarde, fumando un cigarro de manera despreocupada, sentada al lado de la ventana de su salón, Casandra contestaba algunos mensajes a posibles pretendientes de la aplicación de citas. Le gustaba jugar con ellos. Era lo que necesitaba para esos momentos de dudas y de asqueo con la vida.

No tenía claro si se había equivocado. Por un lado, enfrentarse a Jason le parecía correcto. Estaba cansada de sus insinuaciones y de que le debía un favor por conseguirle aquel trabajo. Eso no le daba derecho a tratarla así. No había hecho nada y había consentido que se burlaran de ella con tareas absurdas que ni siquiera le preocupaban.

Por otro lado, debería estar agradecida de que al fin le pidiera ayuda en su empresa, participar del éxito de la misma, sobre todo en un momento tan importante como el que estaban a punto de atravesar.

Disculparse en el último momento había sido lo correcto. ¿O tal vez no? No debía dejarse apabullar...

Esa guerra interna en su cabeza siempre le acarreaba desánimo, dejadez y depresión. Y cuando eso ocurría, Casandra se iba por el camino más espinoso.

—¿Qué haces, mamá?

Se incorporó sorprendida.

—Nada. Pasar el rato. ¿Y tú qué haces?

—¿Por qué sigues con esa aplicación si ya tienes novio?

—No pasa nada, son solo amigos, hijo.

Ethan se sentó a su lado y miró como el humo del cigarro ascendía hacia la ranura de la ventana entreabierta.

—¿Va todo bien con Jason?

—Sí, muy bien.

—Pues si todo va bien, ¿qué andas buscando ahí?

—¿Cómo dices?

—Que no debes fallar, mamá. Ese trabajo es una oportunidad y lo vas a estropear.

—¿A qué viene esa actitud?

—Viene a que estoy cansado de quererte y de decepcionarme porque no sabes priorizar qué es lo más importante.

—¿Y tú me vas a enseñar? Qué sabrás tú lo que priorizo y lo que no.

—No priorizas, mamá. Si lo hicieras, no tirarías el poco dinero que puedes ahorrar en tabaco. Y es que encima, no llega. ¿De cuántas cosas nos privamos porque no llega el dinero?

—Oye, no me hables así. ¡Soy tu madre!

—Si no es por la abuela... algunos días no habría nada en la nevera.

—Te repito que me respetes, soy tu madre. Utiliza ese genio para tus problemitas escolares, no conmigo.

Ethan se levantó y le dio una patada a la mesilla.

—El abuelo no te habría dejado responderme así.

—No, pero tampoco está aquí para cuestionarme. No deberías quejarte de nada, has tenido una infancia como la de cualquier niño, y yo también tengo derecho a vivir mi vida como me plazca.

—Claro, seré yo el que te lo impide.

—Eres un egoísta, te preocupa más la felicidad de Jason que la mía. Quieres que conserve esta oportunidad porque a ti también te viene bien.

Ethan avanzó hacia ella.

—No es eso, mamá. Solo es que no te creo que estés bien con él, sino no estarías hablándole a otros por el móvil.

—Muy bien, pues para demostrártelo, le haremos una visita sorpresa en su casa. Y por una

vez, serás amable con él, por la cuenta que te tiene.

3

Jason vivía en una zona residencial a las afueras de la ciudad, en una colina donde algunas constructoras se disputaban los terrenos más caros. La casa se había construido en una primera fase, al comienzo de la ladera y, aunque no gozaba de las vistas más altas, estaba enclavada en una posición desde la que se veía toda la ciudad.

Al atardecer, Casandra aparcó delante del portal.

En el trayecto, no le había dirigido la palabra a su hijo y puso el manos libres cuando llamó a su novio.

—Dime, Casandra.

—Hola, amor. Estoy delante de tu portal, con Ethan. Venimos del centro comercial y queríamos darte una visita sorpresa.

Jason guardó silencio durante unos instantes. Después se oyó su respiración. Ethan arqueó una ceja y evitó la mirada de su madre.

—Está bien. Ahora voy.

Un par de minutos después, el portalón se abrió de manera automática y Jason les salió al paso mientras ella subía el coche por una pequeña rampa.

—Quedaos por aquí, en el jardín. Enseguida os traeré algo de beber. Pondremos música y disfrutaremos la puesta de sol.

—Genial, yo te ayudo, cariño.

—No —se opuso él enseguida, dándose la vuelta hacia la casa.

Caminaron detrás de él, hasta la piscina.

—¿Seguro que no quieres que te ayude?

—No, estoy terminando unas transacciones importantes que me llevarán unos minutos. Si te oigo por casa me desconcentrarás.

—Claro, sin problema. Esperaremos en las tumbonas. Ve tranquilo.

El hombre se metió en casa cerrando la puerta corredera y lo perdieron de vista.

—No tiene buena cara.

—Está estresado. La empresa está en un momento importante y su futuro depende de él.

Pasearon por el borde de la piscina. El sol le daba en su descenso hacia los edificios de la ciudad, y los baldosines azules brillaban, reflejando su luz en el agua.

—Estará calentita —dijo ella, sentándose al sol—. Otro día traeremos los bañadores.

Ethan se puso a su lado, de pie.

Los minutos fueron pasando, el agua dejó de brillar y el cielo comenzó a enrojecerse.

—Necesito ir al baño.

—Ahora no, hijo. Espera a que venga Jason y luego vas.

Al cabo de un rato, se encendieron las luces de la ciudad. Ethan caminaba impaciente dando círculos alrededor de su madre, que miraba con insistencia hacia el interior de la casa.

—No aguanto más, mamá.

—Está bien...

Casandra abrió la puerta de cristal y metió medio cuerpo en el salón. En el piso superior, la

puerta del despacho de Jason estaba entreabierta.

—Allí, al fondo del pasillo, la última puerta —susurró para no ser oída—. No hagas ruido ni tires de la cisterna. Ya lo arreglaré yo después.

El chico entró asombrado por los grandes espacios. El techo del salón era el de la segunda planta y el resto de las estancias eran diáfanas. El baño, sin embargo, solo tenía una pequeña ventana y la luz natural ya no lo iluminaba a aquellas horas. El sensor de movimiento encendió los focos. Ethan orinó lo más silenciosamente que pudo y la sensación de alivio le produjo un escalofrío.

Después, salió y vio a su madre, de espaldas, husmeando en su teléfono. El reflejo del cristal tintado impedía ver lo que había dentro, así que, decidió husmear asomando la cabeza en algunos lugares.

Desde el salón, escuchó un ronquido en la parte superior.

«¿Se habrá dormido, Jason?», pensó.

Esa posibilidad alteró sus expectativas. Descubrirlo así sería bueno para reforzar la idea de que ese hombre jamás le caería bien, pero sería desastroso para el futuro de su madre.

Como tirado por un anclaje, subió apresurado las escaleras por el lateral del salón. Sus zapatillas no hicieron ruido en el suelo enmoquetado.

Arriba había varias puertas cerradas y una entreabierta. Se asomó y vio el cuerpo de Jason reclinado en una silla de oficina. Su cabeza se ladeaba hacia un lado y de su boca se desprendía saliva sobre su hombro. La cara expresaba una mueca extraña: un ojo entreabierto parecía sufrir, el otro cerrado transmitía una sensación de paz. Lo peor era su color. La estancia estaba oscurecida por las cortinas y la luz de los monitores le daban a su piel un aspecto grisáceo.

El muchacho se acercó y observó si respiraba. Su pecho no se movía.

Ethan se quedó de pie, sin hacer nada. Como siempre.

Después de unos instantes, se fijó en uno de los tres monitores.

Introduzca el código de su billetera.

Conocía aquella exchange. Era la plataforma más importante para la compraventa e intercambio de criptomonedas.

Y recordó la discusión con su madre.

El cuerpo desmadejado frente a él era un cadáver.

Otro palo para Casandra.

La echarían del trabajo e iría a la calle.

Y otro para él.

Sin dinero.

Recurrirían a la abuela. Como siempre.

Sacó el teléfono del bolsillo y accionó la aplicación de Cripto Island. Después consultó el código de su billetera y cogió uno de los bolígrafos de un bote. Agarrándolo por un extremo, introdujo su código en el teclado de Jason.

«Completar transacción».

607 bitcoins han sido transferidos.

«Ok».

Ethan guardó el bolígrafo en su bolsillo y regresó a la planta de abajo. Su madre seguía ensimismada con el teléfono. Volvió al baño y el espejo le devolvió el reflejo de un Ethan asustado y extrañamente tranquilo. Cogió el teléfono: sin noticias de la transacción en su aplicación.

«Las transacciones de bitcoin no son inmediatas».

Abrió la calculadora. Tecleó el número de criptomonedas transferidas y lo multiplicó por la cotización que recordaba de días anteriores. El resultado reflejó más de veinticinco millones de dólares.

Por mucho que quisiera disimular, su madre percibiría que algo no iba bien.

Ethan regresó al jardín, cerrando con cuidado la mampara.

—¿Te ha oído?

—Supongo que no —dijo sacando el móvil de su bolsillo, de espaldas a su madre.

Durante los siguientes minutos los dos permanecieron en silencio, trasteando en sus teléfonos. Ethan simplemente disimulaba. Casandra comenzó a hartarse.

—Igual es verdad que no se encuentra bien y no es un buen momento para molestarlo —insinuó ella.

—Puede... —respondió sin darse la vuelta.

Casandra decidió entrar en casa para comunicarle que se marchaban. Ethan cerró los ojos, preparándose para lo que se avecinaba. Consultó la aplicación de criptos en su móvil. Una transacción se estaba validando en su billetera virtual.

Poco después escuchó el alarido de su madre.

Capítulo 10

Las luces de la piscina se habían encendido de manera automática al anochecer, creando un efecto visual relajante que distaba mucho de la realidad. Ethan negaba una y otra vez a un agente. No vio, no oyó, no sintió. Nada. Casandra lo veía desde el jardín porque no le habían dejado estar con él mientras declaraba. Kevin estaba junto a ella.

—No me lo puedo creer —dijo.

Casandra encendió otro cigarrillo. Le temblaban las manos por la angustia de haber encontrado el cuerpo de su novio.

—Soy incapaz de pensar —continuó Kevin—. Me zumba la cabeza, no puedo creer que esté muerto.

Un agente señaló a Casandra desde la primera planta y un policía salió del interior de la casa, extendiendo el brazo.

—Es mejor que no fume, señorita —le indicó—. Tenemos una investigación en marcha y todo este escenario forma parte de él.

Casandra le entregó el cigarro, todavía encendido.

—En cuanto su hijo acabe de declarar, podrán irse todos a casa. Deben estar localizables por si necesitamos algo de ustedes.

—¿Podré entrar al despacho? —preguntó Kevin—. Como le dije a su compañero, estamos en medio de una operación financiera muy importante y nuestros inversores van a querer saber si todo está en orden. Él era el encargado de ejecutar las operaciones esta tarde.

—¿Está de broma? Ese punto es el de mayor importancia.

—Entiéndalo agente, por mi seguridad, debo comprobar que todo esté en orden.

—Por su seguridad es mejor que no se acerque. Todos los dispositivos electrónicos ya han sido requisados y embalados. ¿No es el presidente de la compañía? Debería tener acceso a las cuentas de la empresa.

—Lo tengo —sonrió nervioso—, pero se trata de criptomonedas, agente. Él era el encargado de operarlas.

—¿No tiene acceso?

—Bueno, por seguridad, solo él manejaba las claves del exchange.

—¿Del qué?

—Nada, tendré que tratar de restaurar las claves mañana con la compañía y sé que será un proceso muy laborioso.

—Pues lo siento, pero no puede pasar.

Kevin se alejó y regresó junto a Casandra. Apoyó las manos en la nuca y dio otro pequeño paseo. Ella, desenchajada, lo miró de frente.

—Perdona, se ha muerto tu novio, mi mejor amigo, y yo preocupándome por el dinero.
Casandra aceptó las disculpas, agotada.

—El dinero estará ahí, al fin y al cabo —prosiguió hablando para sí mismo—. O se hizo la transacción o no se hizo, pero ahí estará. Y el portátil y el móvil están requisados, por lo que no puede estar en mejores manos.

En ese momento, Ethan regresó acompañado del agente que le tomó declaración.

—Es un chico muy maduro, da gusto hablar con él.

Casandra se lo agradeció con un gesto y abrazó a su hijo.

—¿Podemos irnos?

—Enseguida señora, firme la declaración del chico y podrá irse a descansar.

—Gracias.

—¿Señor Foster?

—Llámeme Kevin, por favor.

—Bien... Por aquí, Kevin.

Casandra y Ethan se mantuvieron abrazados en silencio. Durante minutos. Fue la manera en la que se reconciliaron.

Después, una agente se dirigió a ellos.

—Aquí tiene la declaración. Léalo con detenimiento y firme cuando termine.

Leyeron con calma cada párrafo. A Casandra le costó más, se distraía con facilidad por todo lo que estaba viviendo. Ethan asintió al terminar de leerlo y su madre firmó el papel.

—Métete en el coche y nos vamos.

Casandra entregó el documento firmado. Uno de los inspectores se le acercó.

—Yo se lo recojo. Tenga su copia. Una última cosa...

—Dígame.

—¿Sabe si Jason padecía alguna dolencia?

—¿Cómo...? No, no sé nada.

—Entre las pertenencias de su novio hay unas pastillas que parecen opioides.

—¿Parecen?

—Sí, están sin etiquetar. Es posible que los obtuviera en el mercado negro. Esos medicamentos suelen venir adulterados, en ocasiones contienen fentanilo en gran cantidad.

—¿Insinúa qué ha muerto por sobredosis?

—Es una posibilidad, por eso le preguntaba si sabía de alguna dolencia. El señor Foster acaba de declarar que había tenido una hernia discal, pero hacía unos cuantos meses que no se había vuelto a quejar. ¿Usted sabía algo?

—No, ni idea.

—¿No detectó cambios de humor en su comportamiento?

—El fin de semana estaba un poco apagado. Solo eso.

—Vale, pueden irse. Gracias por su aclaración. Sentimos lo sucedido. En cuanto sepamos algo más se lo haremos saber.

Cuando llegó al coche, Ethan trasteaba con su móvil, nervioso.

—No te preocupes, hijo. Estaremos bien.

Ethan intentó sonreírle y guardó el teléfono en el bolsillo.

—No digas nada sobre esto. A nadie. La gente no tiene porque saberlo ni meterse en nuestra vida. Ni siquiera esa nueva amiga tuya, ¿de acuerdo? Al fin y al cabo, llevábamos poco tiempo juntos.

—¿Y la abuela?

—Yo se lo diré, no te preocupes.

Capítulo 11

1

Al día siguiente, Ethan asistió al colegio con normalidad, pero tenía la mente en otro sitio.

Cassandra dedicó las primeras horas del día a fumar en el salón, esperaba la llamada de alguien, incluso la de su madre, pero sabía que no lo haría porque casi siempre era ella la obligada a hacerlo. Era su rol, como buena hija que debía ser.

A media mañana se dirigió al tanatorio para asistir al único acto solemne que la familia tenía previsto realizar. Allí conoció a los más allegados de Jason, aquellos de los que nunca había hablado. A medida que surgían las presentaciones ella apenas recibía el pésame de nadie y era incapaz de quedarse con ningún nombre.

Asistió respetuosa a la liturgia, sin compañía ni abrazos. Sin el cuerpo presente de Jason, debido a la autopsia.

Después de varios minutos, memorizó la hora del funeral del día siguiente y decidió irse con la misma discreción con la que había permanecido en aquel lugar.

De regreso, se sintió aliviada por haber cumplido el trámite. La ausencia de pena la atribuyó al estado de shock.

Ethan, por el contrario, sentía pena por su madre.

—¡Eh, raro! ¿Ya has hecho el amor con tu novia? ¿O esperaréis hasta el matrimonio?

Mientras Silvia respondía con sarcasmos, él estaba en otro mundo, ajeno a las discusiones de unos y otros.

—Al menos él llegará puro hasta donde quiera, no como tú que ya tienes el culo muy agrietado.

Ella reprendía a Ethan para que reaccionara, pero el chico miraba hacia atrás sin entender lo qué estaba pasando.

Los cambios de asignatura transcurrían así, sin embargo, en el recreo la pareja de raritos de la clase pasaba a ser un segundo plato.

—¿Qué te pasa? Estás en otro lugar.

Ethan se mantuvo en silencio hasta que llegaron al césped bajo la ventana del claustro. Se sentía muy incómodo por lo que iba a pasar en los siguientes minutos. No estaba seguro de compartirlo.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

—No me pasa nada.

—Vale, pues ya me lo contarás. He investigado sobre las aplicaciones de mensajería anónimas. Mira, la mejor es esta —dijo enseñándole su teléfono—. GhostLine es muy buena, nadie puede detectar tus mensajes y se borran solos treinta segundos después de leerlos. La aplicación es invisible a cualquier rastreador. Aunque alguien hackee tu teléfono, se mantiene

oculta y nadie la ve. Se activa con otra contraseña de desbloqueo diferente. Venga, probemos.

Ethan instaló la aplicación y pasaron los siguientes minutos haciendo pruebas entre ellos. Era ágil y su icono se podía configurar para que desapareciera

—Y ahora... ¿Me vas a contar qué te pasa?

—No.

—¿Por qué? Tienes mala cara, estás ansioso. Tal vez si me lo contaras...

Ethan se levantó de golpe, corrió hacia el árbol más cercano y vomitó el desayuno. Algunos chicos lo miraron con asco, otros entre risas.

Después regresó con Silvia, que estaba a medio camino y se dejaron caer sobre la hierba.

—Es mejor avisar a tu madre, o que te lleven a casa. No estás bien.

—No. Sí estoy bien.

—¿Qué dices? Tenemos la sala de profesores ahí mismo. Es un momento, tienen que ocuparse de ti.

—¡Espera! —Ethan la agarró por el brazo y la obligó a sentarse.

Silvia era una chica de constitución delicada. El apretón le dolió.

—¡Me haces daño, suelta!

—Perdona.

—¿Qué te pasa?

Ethan sentía un leve mareo y estaba más pálido que antes. Después se le nubló la vista y pensó que se desmayaría, pero algo en su interior le dijo que tenía que contárselo a su amiga por si no volvía a despertarse.

—Ayer... —cerró los ojos.

—¿Qué?

—Robé seiscientos siete bitcoins.

—¿Cómo?

—Están en mi billetera de Cripto Island y tienes que ayudarme con esto. Solo no voy a poder.

—¿Cuánto son seiscientos siete bitcoins, Ethan?

—Ahora mismo, más de veinticinco millones de dólares.

Se quedaron callados mirando la hierba, hasta que Silvia pasó uno de sus dedos por los labios resacos del chico. Ethan se sintió mejor.

Después, le dio todos los detalles a su amiga.

2

Por la tarde, madre e hijo no sabían qué decir, ni qué hacer, ni cómo comportarse. Ella, sentada en el sofá con la mirada perdida a través de los cristales de la ventana. Él, en su cuarto, con la puerta abierta, se asomaba de vez en cuando para vigilar a su madre.

A media tarde, Casandra fue a la cocina, abrió la nevera y llenó medio vaso con un zumo cuya marca no reconoció. Después, fue al cuarto de su hijo, que estaba sentado escribiendo en un cuaderno.

—Qué raro que no estás con el portátil.

—No lo necesito para esta asignatura. ¿Cómo estás?

—Bien, hijo.

Ella se sentó en la cama, suspiró y le ofreció el vaso. Ethan lo rehusó y se sentó a su lado.

—¿Has pensado qué vamos a hacer?

—No lo sé. Pero saldremos adelante como sea.

—Qué mala suerte... ¿verdad, mamá?

—Bueno, no está todo perdido.

—No. Tienes que hacer todo lo posible por mantener el empleo. ¿Has llamado a la oficina?

—Sí, pero no coge nadie. Si hay alguien allí, no me echan de menos. Mañana los veré en el funeral. El lunes empezaré a tope. Al fin y al cabo, Jason no era mi jefe allí. Ni siquiera me prestaba atención.

Se quedaron en silencio.

—¿Le querías, mamá?

—Supongo que sí.

Se abrazaron. Fue un abrazo cálido, de amor y respeto. Sin lágrimas ni suspiros. Después, ella miró a su hijo a los ojos.

—Escúchame, Ethan. Voy a dejar de fumar de una vez y ahorraremos un poco de dinero a final de mes. Y en la empresa, me las arreglaré para que me valoren. Nadie me ha comunicado ningún cese, así que todavía tengo la oportunidad de demostrar que puedo trabajar allí.

Ethan volvió a abrazar a su madre y, en su bolsillo, notó la vibración de la llegada de un mensaje a través de la aplicación anónima.

Capítulo 12

1

Casandra se sintió observada por todos en el interior de la iglesia. Incómoda, buscó entre los asistentes al funeral a Gloria, que llegó en el momento oportuno, situándose en un banco cercano, junto al pasillo. Su compañera de oficina le hizo un gesto para que ocupara un lugar junto a ella. Casandra se lo agradeció apretándole la mano cuando llegó a su lado y Gloria le correspondió con un cariñoso codazo.

El acto se celebró sin el cuerpo presente de Jason, que sería incinerado en la más estricta intimidad de su familia días después.

Durante la ceremonia, Casandra evaluó la situación. Ningún familiar a los que había saludado el día anterior le hizo el menor caso. Por el contrario, el presidente, sentado en un banco transversal desde donde podían verse sin apenas girarse, la fulminaba con sus miradas serias y desconfiadas. Los demás miembros de la empresa cuchicheaban, algunos entre sonrisas disimuladas.

—¿Crees que me van a despedir? —susurró a Gloria.

—Es cosa de Kevin, y creo que no estará centrado en una temporada.

Casandra dejó vagar su mirada por la iglesia hasta detenerla en las figuras santas que flanqueaban una capilla y recordó el día del entierro de su padre: la humedad por el diluvio de esa tarde, a su madre, impasible al lado del féretro, y ella transida por el llanto en medio de la ceremonia. Sus sentimientos parecían los mismos, entonces supo que estaría sola en adelante, tal y como se sentía ahora.

Sin su padre, la relación con su madre empeoraría.

Lo sabía ella, y lo sabía su difunto padre.

Y así había sido.

2

La primera llamada que hizo Casandra ese fin de semana, fue lo peor del mismo.

Como intuía, lejos de afligirse o quedarse sin palabras, su madre recurrió a los reproches de costumbre.

—Si me dices que Ethan está bien, me quedo tranquila.

—Sí, mamá. No te preocupes.

—¿Estás segura de que no quieres venir este fin de semana?

—Muy segura, mamá.

—Si es que... Tenías que habérmelo dicho en cuanto pasó. ¿En qué estabas pensando?

Casandra prefirió no contestar.

—Desde luego... Qué mala suerte tienes, hija. Para una vez que te echas un novio decente...

—Sabía que dirías eso.

—No se te ocurra dejar el trabajo, ¿eh? Haz lo que sea para mantenerlo.

—Lo que sea, no. Lo haré lo mejor posible. Me extraña que digas eso.

—Lo que sea, hija. Lo que sea. ¿Qué vas a hacer si te despiden? ¿Volver al supermercado? Además... Tendría que seguir dándote una paga, como cuando eras niña.

—Mamá, ya vale...

—Y no eres una niña, Casandra.

El comentario le recordó la conversación que había tenido con Gloria en la cafetería.

—Mamá, hablaremos en otro momento.

—Hay que salir adelante, hija.

—Sí, mamá. Te llamaré.

Casandra dejó las tazas del desayuno. Ya las fregaría luego. Ethan salió del baño con una toalla a la cintura, y ella le acarició la mejilla al pasar. Después se dejó caer en el sofá. El chico se puso a ordenar la cocina, como cada sábado en el que siempre dedicaba parte de la mañana a limpiar.

Casandra respiró hondo y se miró las manos. Estaba preocupada por su futuro inmediato, pero no tenía sentimiento alguno por la ausencia de Jason. No lo echaba de menos y le agradaba pasar el fin de semana sin el bombardeo continuo al que la sometía a todas horas.

La madre de Casandra llamó varias veces para asegurarse de que todo transcurría con normalidad.

—Necesito un poco de soledad, mamá. Estamos bien y aquí hay tranquilidad.

Ethan dejaba a su madre en sus reflexiones, momentos en los que no tenía que disimular su preocupación. Silvia le había aconsejado que no entrara a consultar el saldo de las criptomonedas robadas, que dejara transcurrir los días y que hiciera los cálculos de manera manual en base a los gráficos. La cotización estaba subiendo, por lo que estimó que pronto valdrían más de veintisiete millones de dólares.

Por las noches soñaba pesadillas en las que, en cualquier momento, las autoridades entrarían en su apartamento y se lo llevarían detenido. Se despertaba asustado y permanecía sentado en la cama largo rato, atento a cualquier ruido del exterior.

Después, cuando el cansancio lo vencía, se dormía con el deseo de consultar el exchange. Necesitaba saber que el dinero seguía allí.

Capítulo 13

1

El lunes, Casandra llegó diez minutos antes a la oficina y se sorprendió de que todos estuvieran allí.

Como cada mañana, nadie le devolvió el saludo, lo que alivió la tensión que sentía por la actitud que pudiera tener el personal con ella. Todos estaban atareados y a pleno rendimiento. Ni siquiera Gloria le hizo el más mínimo gesto cuando pasó a su lado. A Casandra le pareció que evitaba mirarla y no la saludó.

En el despacho del presidente se escuchaba el murmullo de una conversación. Sus compañeros de departamento estaban especialmente ocupados en sus asuntos, sentados en posturas rígidas, nada que ver con el abandono y la dejadez habitual.

El presidente abrió la puerta con energía y se encontró con Casandra, de pie, a punto de sentarse. Después entró en el despacho de Jason y regresó al suyo con unos papeles, dando un portazo.

Casandra cogió los listados y los archivadores que había descartado la semana anterior y retomó la tarea absurda de puntear cifras. Se había propuesto trabajar duro para conservar su empleo y arrastró el teléfono de sobremesa hacia ella para coger cualquier llamada que entrara.

El presidente salió de nuevo y entró en el despacho del difunto. Después regresó y el teléfono de Casandra sonó con el tono diferente de la llamada interna.

—Ven a mi despacho.

Casandra estiró los faldones de su blusa, centró la pulsera en su muñeca y entró.

En el despacho, además de Kevin, estaba el inspector del otro día y dos agentes de uniforme. Eso explicaba el envaramiento de la oficina.

—Buenos días, Casandra. Por favor, tome asiento... —dijo el inspector.

Analizó su situación antes de decir nada, pero no sabía si tenía algún derecho legal. El presidente esperaba impaciente. Tenía los codos apoyados en la mesa y se inclinaba hacia delante. Uno de los agentes se situó detrás de ella. El otro se mantuvo en pie, en actitud vigilante y el inspector tomó asiento a su lado.

Casandra se acomodó adoptando una postura relajada que no mostrara nerviosismo.

—Como ya sabrá, hay una investigación abierta por la muerte de Jason Parker.

—Supongo que se sabrá cuando lo vean los forenses.

—Así es. Pero al margen de eso, estamos investigando algo más. Por eso queremos hablar con usted.

Ella puso las manos sobre su regazo, dispuesta a escuchar.

—Ya ha manifestado que llegó al chalet sobre las ocho y media de la tarde, o unos minutos después.

Casandra asintió parpadeando despacio.

—También dijo que, antes de esa hora, desconoce si Jason recibió la visita de otra persona.

—Así es.

—¿Podría asegurarnos que no hubiera nadie más en la casa, mientras usted y su hijo estuvieron allí?

Casandra echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—No lo puedo asegurar, pero supongo que no.

—¿Por qué lo supone?

—Porque en la parte delantera de la finca está la piscina y el jardín, que es donde estuvimos y, como sabe, el chalet está construido en la parte trasera del terreno, con unos muros que son imposibles de saltar, supongo.

—En efecto, hemos rastreado esa zona y no hay ninguna huella. La única manera de saltar sería con anclajes o herramientas de alpinistas que dejarían alguna señal. Y no las hay.

—Pues hasta que la policía llegó, yo no vi a nadie más.

—Me sorprende su sinceridad, Casandra.

—¿Le sorprende?

—Sí, y se lo agradezco. Lo normal es que nos insinuara que esa posibilidad podría ser factible, sobre todo si tenemos en cuenta que investigamos un asesinato y que usted y su hijo son los únicos sospechosos.

—¿Asesinato?... ¿Cree que pudo haber sido eso?

—¿Piensa que fue un suicidio?

—¡No pienso nada! Si fuera un asesinato, ¿cree que sería tan tonta como para involucrarnos con tanta facilidad?

—Por eso confío en usted, Casandra. Porque creo que cuando sepamos los resultados de la autopsia, estos confirmarán lo que sospechamos.

—¿Y qué sospechan?

—Que Jason consumía opioides para combatir los fuertes dolores de espalda que tenía, y que se pasó de dosis.

—Me deja más tranquila.

—Pues yo, ni confío en ella, ni estoy tranquilo —estalló el presidente golpeando la mesa.

Casandra se ladeó en la silla, asustada por el estruendo.

—Tranquilo, señor Foster.

—¿Tranquilo? Esta puta y su novio lo tenían planeado. Han transferido todas las criptomonedas a una billetera suya y después ella lo ha matado.

Casandra lo miraba con los ojos abiertos y los otros agentes avanzaron unos pasos.

—Señor Foster, déjenos hacer nuestro trabajo y no estropee la investigación.

—¿Qué ocurre, agente? —balbuceó Casandra—. No me importa colaborar, pero si esto sigue así me negaré a seguir haciendo declaraciones y buscaré un abogado.

—No se preocupe... —la tranquilizó el inspector, levantando las dos manos, una hacia ella, otra hacia el presidente—. Señor Foster, o se mantiene calmado o le tendré que pedir que salga de su propio despacho.

El presidente asintió enrojecido por la ira, recostándose en el sillón.

—Casandra, le decía que estamos investigando algo más. Se trata de un robo. Cuando usted llegó, Jason estaba haciendo una transacción financiera.

—Sí, eso me dijo cuando llegué, y me pidió que esperásemos en el jardín porque no quería

distracciones en ese momento. Ya lo he manifestado en mi declaración.

—Así es. Según nos ha explicado el señor Foster, tenía que hacer una transferencia de criptomonedas del exchange con el que trabaja la empresa a una billetera con la que iban a empezar a realizar inversiones de manera escalonada.

—No entiendo nada de lo que me está explicando.

—Que Jason no hizo la transferencia de las criptomonedas a la billetera acordada, sino a una anónima.

—¿Y eso qué significa?

—Con todo el dinero de los inversionistas de la empresa, Jason compró una criptomoneda que se llama bitcoin. Ese era el plan. Pero después transfirió todas las criptos a una billetera cuyo titular se desconoce.

—¿Y no hay manera de averiguarlo?

—No, es una característica del bitcoin. Podemos rastrear por dónde se mueve cada céntimo, pero es imposible saber quién los posee.

—Pero alguna manera habrá, el banco tendrá algún sistema que...

—Cassandra, esa criptomoneda tiene un sistema descentralizado. Una vez que has cambiado dólares por bitcoin ni los bancos, ni el estado, ni nadie, tiene acceso a la propiedad de las billeteras.

—¿Y los que han ideado ese sistema?

—Tampoco. Diseñaron esa programación con esas características. Ni ellos mismos podrían averiguarlo.

El presidente se levantó y su silla golpeó el ventanal de cristal que tenía detrás.

—¡Les está tomando el pelo, maldita sea!

—¡Señor Foster, cálmese ya!

Cassandra se levantó con lágrimas en los ojos.

—No tengo porque soportar esto.

Y salió esquivando a los dos agentes que se interponían.

—Cerrad la puerta —ordenó el superior.

Después señaló al presidente para que se sentara.

—Señor Foster, se lo voy a explicar claramente. El forense ya ha determinado la hora de la muerte de Jason, que fue posterior a la que se hizo esa transferencia. Si la autopsia determina que falleció por una sobredosis de esas pastillas adulteradas, querrá decir que ni hubo asesinato, ni suicidio, sino un accidente. Si eso es así, esa chica no será culpable.

—¡Estoy convencido de que esconde algo!

—Si usted no supo controlar la codicia de su socio en un momento tan trascendental para la empresa, el único culpable será usted mismo, señor Foster.

—La despediré ahora mismo.

—No se lo recomiendo —dijo caminando hacia los otros agentes—. Para que podamos seguir vigilándola, lo mejor es que siga dándole trabajo. Aquí podemos controlar qué hace durante ocho horas del día y usted puede informarnos si ve algo extraño.

Kevin estaba agotado y se frotaba los ojos insistentemente.

—Una cosa más, señor Foster. ¿Para qué era necesario invertir veinticuatro millones de dólares en un proyecto que ya estaba terminado, a un solo paso de lanzarlo al mercado?

—¿Eso es trascendente para la investigación? Porque si no lo es, no pienso decirlo.

—Tengo el presentimiento de que sí lo es.

El presidente se recostó en el sillón y miró a los agentes. En ellos estaba la única esperanza de su salvación. Ocultar el dato, podía inculparlo a él.

—Una vez saliera nuestra criptomoneda al mercado, íbamos a manipularlo.

—¿Cómo?

—Comprando casi todas las criptos en las primeras horas, dejando unas pocas para minoristas.

—Así harían que subiera el precio.

—Exacto, y cuando estuviera muy alto, vender.

—¿Cuánto calcula que podían ganar?

—Un cuatrocientos por cien, en pocas horas.

Se quedaron en silencio durante unos momentos.

—¿Qué les voy a decir a mis inversores?

—La verdad, que estamos investigando.

—A esa gente no les servirá la verdad.

Los agentes se miraron y sin mediar palabra, convinieron que era el momento de marcharse.

—Seguiremos en contacto.

2

En las primeras horas de clase, Ethan y Silvia eran incapaces de prestar atención. Estaban con la mirada perdida, sin hablarse. Al finalizar cada clase, permanecían sentados en sus pupitres, sacando los apuntes de la siguiente asignatura, mirándose como extraños y haciendo caso omiso del barullo de los demás.

A la hora del recreo bajaron con prisa, en silencio, pero ansiosos por entablar conversación. Antes de abrir la boca, se cercioraron de que estaban solos.

—Es una locura, Silvia.

—Lo es, pero también es la oportunidad de nuestras vidas.

—Tengo que devolverlo.

—¡Ni se te ocurra!

—Sí, a su billetera original. Nos vamos a meter en un lío y a mi madre la podrían despedir.

—¿De verdad te importa que la despidan? ¿Has visto la cantidad de dinero que es?

El chico suspiró.

—Tienes razón... —dijo mirando a lo lejos—. Lo he calculado antes de venir. La suma total vale hoy cuarenta mil doscientos dólares más que ayer.

—Y el mercado de criptos no para, Ethan. Está en movimiento todos los días de la semana, a todas horas.

El chico se tumbó en el césped y puso las manos detrás de la nuca. Le gustaba la primavera y la frescura de su olor. El sol le daba en la cara después de intercalarse entre nubes de algodón estancadas en un celeste intenso. Sonreía sin darse cuenta.

—Tal vez podríamos esperar a que la cotización suba más, quedarnos con el beneficio y devolverles las criptos equivalentes a la suma de dinero que había en la billetera.

—¿Qué cifra podría ser esa? ¿Crees que podría llegar a alcanzarla en poco tiempo?

—Es posible, ten en cuenta que es muchísimo dinero. Cualquier variación supone una

cantidad importante.

—¿Y si retiramos los beneficios para mi wallet, para tener ese dinero seguro?

Ethan meditó unos instantes y se incorporó.

—No hay nada seguro en las criptos. También podrían bajar, ¿qué haremos entonces?

—¡Esperaremos!

—¿Cuánto? Ya sabes que podrían fluctuar a la baja hasta un ochenta por ciento.

—Sí, pero bitcoin siempre se ha recuperado, y lo seguirá haciendo.

Silvia se movió hasta situarse más cerca del chico.

—¡Esperaremos! —dijo, y se tumbó a su lado.

—Sí, al menos unos días.

—Y vigilaremos la cotización a todas horas.

—Sí.

—Y nos comunicaremos por la aplicación de mensajería.

Cuando Ethan miró al cielo de nuevo, el sol lo cegó y cerró los ojos.

—Sí...

3

Cassandra miraba el reloj, restando los minutos para marcharse de la oficina. Desde el interrogatorio de la mañana, todos evitaban mirarla.

El teléfono sonó por la línea interna.

—Ven a mi despacho.

No esperaba nada más desagradable que volver a entrar en el despacho del presidente. Quería posponerlo, irse a casa con la esperanza de que todo se mantendría igual y que poco a poco se recuperaría la normalidad hasta ser aceptada como una más.

Cuando entró, le hubiera gustado encontrar al hombre alegre de unos días antes, el que le guardaba el secreto de la aplicación de citas, el que había jugado a ser su cómplice, incluso el que se había propasado en la comida de negocios. Lejos de eso, encontró a una persona hundida, con profundas ojeras y postura encorvada.

—Siéntate —ordenó poniéndose de perfil a ella en su butaca.

Cassandra se acomodó y adquirió una postura relajada.

—Hoy hace cinco días que murió —siguió—. ¿Lo echas de menos?

—Claro...

—No creo que lo echas de menos más que yo... Y eso que no me lo tiraba... ¿Era bueno en la cama? Siempre evitaba esos temas.

Cassandra se mantuvo seria y prefirió no contestar.

—¿Qué pasa? Tengo curiosidad... ¿Pero sabes cuál es la que más me inquieta ahora?

La mujer negó.

—Averiguar dónde está el dinero. ¿Tú lo sabes? Porque yo no.

—No tengo ni idea, Kevin.

—Ya, claro. Pero creo que sí podrías responder a mi curiosidad. Tanto a la de si Jason era bueno en la cama como a lo del dinero.

Cassandra suspiró.

—Mira, no llevaba mucho tiempo con él. No es comparable a vuestra amistad de toda una vida, pero no puedo consentir que me hables así.

—Lo que no puedo consentir es que no me digas dónde está mi dinero. Tal vez no fuiste tú, pero eres la única que puede saber quién lo tiene.

—Pues siento ser tu única opción o tu única escapatoria, pero no puedo ayudarte, porque no lo sé.

El presidente se levantó y observó el parque. Las hojas de los árboles se movían por una brisa que refrescaba el ambiente. Padres y niños, vecinos del barrio, caminaban y jugueteaban, recién llegados para pasar un rato agradable.

—¿Sabes que si el dinero no aparece, los inversores vendrán a por mí?

—¿Xavier?

—Pues sí, ese el que más. Veo que te acuerdas. ¿No lo habrás vuelto a ver desde entonces?

—¿Por quién me has tomado?

En la plaza del edificio, algunos encendían un cigarro, esperando a que sus parejas salieran de la oficina y pudieran irse juntos a sus casas.

—Vamos a hacer una cosa... Si me dices quién tiene el dinero, te quedas aquí para siempre. Sueldo vitalicio. Lo firmamos. En parte, es como llevarse algo del botín, pero repartido a lo largo de la vida. Me dará igual si trabajas o no.

—Ya, pero te repito que...

—Si no me lo dices... —y recordó la recomendación del agente de no despedirla—, a ti y a tu hijo van a pasaros cosas, también de manera vitalicia.

Kevin se dio la vuelta de manera repentina y se dirigió a ella.

—¿Dime dónde coño está el dinero!

—¡No sé dónde está! ¡No sé quién lo tiene! —gritó levantándose de la silla—. Y no estoy dispuesta a aguantar una sola amenaza más.

—Te las verás conmigo, Casandra. El resto de tu vida.

—Ten cuidado que no te denuncie a la policía. Igual eres tú el que tiene que alejarse... ¡de por vida!

Salió del despacho, recogió sus cosas apresurada y, cuando llegó al ascensor, el reloj de la puerta marcó la hora en punto de salida.

Caminaba apresurada hacia el aparcamiento, sin percatarse de las miradas de los adultos del parque. Trotaba con sus tacones por la acera, agarrando el bolso con una mano y la chaqueta con la otra. No se dio cuenta de que una manga se arrastraba por el suelo, mientras farfullaba para sí misma todos sus pensamientos.

No tenía sentido intentar ganarse un futuro imposible. No habría opción de aprender y hacerse con un puesto en la empresa. No tendría que aguantar el trato del presidente, ni siquiera tenía que haber tolerado su acoso desde el primer día.

Era el momento de irse.

Mejor, de no volver más.

Pero se detuvo en medio del trayecto porque vio lo sucia que estaba la manga de la chaqueta. La recogió y comprobó el desastre. Su hijo tenía razón en muchas cosas. El adolescente parecía, en ocasiones, más sensato que ella. Era una mujer con infinidad de errores en su pasado y seguía sin mejorar en la vida. Su hijo lo sabía. Su madre, también.

Y recordó la profunda voz de su padre. Él sabría qué decirle exactamente. No habría reproches, solo la elección de palabras correctas para hacerla sentir bien.

En ese momento, Gloria salió del edificio, apresurada.

—¡Gloria, espera! —gritó, arrugando su americana bajo el brazo.

La señora la ignoró y no se dio la vuelta.

—Gloria, por favor... —la detuvo.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar contigo ¿tomamos un café?

—Lo que necesitas es irte de aquí. Después del interrogatorio de esta mañana, ya tendrías que haberte ido. Te ahorrarías disgustos con Kevin.

—Ya, Gloria, pero es que yo... necesito trabajar y...

—Espabila, Casandra. ¿No ves que no vas a sacar nada bueno de los Foster? Yo que tú me buscaría otra cosa cuanto antes.

La señora se alejó dando la conversación por zanjada.

Solo podía llamar a una persona. No tenía a nadie más.

—¿Mamá?

—Dime, Casandra.

—No puedo más... —y se echó a llorar—. No puedo estar en este sitio, lo siento...

—Tranquila, hija. ¿Qué ha pasado exactamente?

—Siento decepcionarte otra vez, mamá... pero de verdad que no puedo más.

La conversación se detuvo unos segundos, hasta que calmó su respiración.

—Hija, no puedes ponerte así. Si tienes que dejar ese trabajo, déjalo.

Esperaba un nuevo reproche, como de costumbre, pero aquello la sorprendió y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Esta mañana me ha interrogado la policía en presencia del presidente de la compañía.

—¿El amigo de Jason?

—Sí. Al parecer, el día en que murió desapareció de sus cuentas una gran cantidad de dinero y Kevin piensa que he sido yo.

—¿Kevin? ¿El presidente?

—Sí —y ahogó un sollozo—. Esta tarde me ha amenazado a mí y a mi hijo.

—¿A mi nieto?

—Me ha dicho que si confesaba me aseguraba un puesto para toda la vida en la compañía.

—¿Y la policía qué cree?

—No sé, mamá. Creo que confían en mi declaración.

—Hija, no vuelvas a entrar por la puerta de ese edificio. Se acabó. Los únicos con los que tienes que hablar es con la policía, no toleres amenazas. No les debes nada. Saldrás adelante. Saldremos. No te preocupes.

Y entonces Casandra se derrumbó con un llanto angustiado en el que, sin embargo, sonreía entre las lágrimas, feliz por haber recibido el perdón de su madre.

—Casandra, voy para tu apartamento. Nos vemos ahí, cariño.

—Gracias mamá, espérame abajo. Subiremos juntas, necesito tu apoyo para explicárselo a Ethan. Tengo miedo de decepcionarlo, pero contigo será diferente.

—Claro hija, lo que necesites.

Cassandra se emocionó al ver a su madre esperándola en el portal del edificio. La abrazó y sintió alivio al revivir el amor incondicional de cuando era niña.

Victoria era una señora bajita, de caminar recto encima de unos zapatos de medio tacón y que siempre estiraba el cuello como si estuviera en un desfile militar. Ni siquiera un abrazo la sacaba de esa postura, sin embargo, su rostro era sincero en esa ocasión y sus manos acariciaron con ternura las mejillas de su hija.

Ella se inclinó para recibir un beso de su madre en la frente, como si ese gesto sirviera como perdón a todos los errores que había cometido en su vida.

Cuando entraron en el apartamento, simularon una conversación divertida. Ethan salió de su cuarto y ambas percibieron su nerviosismo.

—¿Pasa algo, hijo?

—No, nada. ¿Qué hacéis aquí las dos?

—¿Es que no vas a dar un beso a tu abuela?

Victoria abrazó a su nieto por el tórax entre sonrisas, mientras el chico gesticulaba interrogante hacia su madre con disimulo. Después, se sentaron en el sofá y Cassandra le contó su decisión.

—¿Por qué vas a dejar de trabajar?

—Ha ocurrido algo desagradable, hijo. Un interrogatorio con mucha tensión con la policía y, sobre todo, muchos desprecios por parte del jefe.

—¿Desprecios? ¿Por qué?

—Los jefes siempre se creen superiores...

—¿Y qué te ha preguntado la policía?

—Pues como lo del otro día, solo que ahora...

—Ethan, cariño... —interrumpió la abuela—. Todavía eres un crío para entender estas cosas. Tu madre me lo ha explicado y lo mejor que puede hacer es dejar ese trabajo, te lo aseguro.

El chico se desplazó en su asiento, alejándose del contacto de su abuela y se dirigió de nuevo a su madre.

—Sí, pero no entiendo. ¿Qué te han dicho exactamente para que tengas que dejar ese trabajo?

Victoria extendió el brazo para acariciarle el pelo.

—No te preocupes por el trabajo, cariño. Aparecerán otros. Saldremos adelante.

El chico esquivó su mano, se levantó y se fue a la cocina a por una botella de agua. Necesitaba pensar un momento.

Cuando volvió, madre e hija se miraban extrañadas.

—No puedes dejar el trabajo, mamá.

—Claro que puedo.

—No.

Ella le hizo un gesto para que le acercara la botella y después bebió de ella.

—¿No hay vasos en esta casa? —preguntó Victoria mientras se levantaba para ir a por ellos.

Cassandra y Ethan se miraron sin decir nada, pero en los ojos de ella se adivinaban los interrogantes.

Victoria regresó y colocó sobre la mesilla tres vasos, con tres servilletas. Ethan volvió a beber de la botella.

—Tu abuela ha traído los vasos, ¿por qué no los usas?

Después de beber, el chico se recostó en el sofá y miró al suelo. Estaba visiblemente

nervioso.

—Ethan... ¿Qué te ocurre?

—Quiero saber qué te ha dicho la policía...

—Nada hijo, al parecer están investigando también la desaparición de un dinero de la empresa.

—¿Cómo una desaparición?

—No sé, Ethan. Desapareció un dinero de las cuentas el día que murió Jason. El jefe está muy nervioso y la ha tomado conmigo.

—¿Qué te ha dicho?

—Ethan, cariño... —interrumpió la abuela—. Tu madre deja ese trabajo y se acabó el problema. Tú preocúpate de estudiar.

El chico se inclinó hacia delante y apoyó la frente en sus manos.

—¿Qué te pasa hijo? ¡Todo va a salir bien!

—No saldrá bien, mamá... —y la miró a los ojos—. Yo robé ese dinero.

5

—Cuando salí del baño, subí a la planta de arriba y...

—Un momento... —interrumpió la abuela poniéndose en pie y mirando alrededor.

Observó las esquinas del suelo, las paredes y los muebles. Después, con un gesto, les indicó que guardaran silencio y que le dieran sus teléfonos. Los dejó en la encimera del baño, abrió el grifo del lavabo y cerró la puerta. En el salón palpó los bordes escondidos de muebles, lámparas y televisor.

Cassandra estaba asustada, y Ethan flipaba.

Luego se sentó guiñándoles un ojo.

—Continúa ahora, Ethan.

—Encontré a Jason medio muerto. Creo que todavía respiraba por el sonido que hacía, no sé.

—¿Y qué hiciste, Ethan?

—En su monitor vi que estaba a punto de realizar una transferencia de criptomonedas. Justo en el paso de introducir el código de la billetera.

—¿La billetera? —preguntó su madre, desencajada.

—El lugar de destino. Como estos días, Silvia y yo estuvimos haciendo pruebas con las criptos pues... tengo una billetera propia.

Cassandra se echó las manos a la cabeza. La abuela le puso una mano en la pierna para que se tranquilizara e hizo un gesto sereno al chico para que siguiera.

—Introduje el código y ejecuté la operación.

—¿Es posible que dejaras huellas, Ethan?

—¡Mamá! —protestó Cassandra.

—No, no... Toqué todo con un bolígrafo de los que había en el escritorio, y me lo traje.

—Dámelo ahora mismo, lo tiraré —ordenó la abuela.

El chico se levantó.

Victoria cogió las manos de su hija.

—¿Te dijo la policía de cuánto dinero se trataba?

—¡No, pregúntaselo a él! Pero ahora mismo iremos a entregarlo.

De vuelta con el bolígrafo, la abuela lo guardó en su bolso.

—Hijo, ¿sabes cuánto dinero es esas criptomonedas?

—Veinticuatro millones de dólares.

Cassandra se dejó caer en el sofá. Victoria se recostó despacio, apoyó la espalda y puso el bolso en su regazo. Ethan esperaba un aluvión de reproches, gritos y recriminaciones.

—Llamaré a la policía.

—Espera, hija —interrumpió Victoria—. ¿Es fácil devolver ese dinero, Ethan?

—Sí.

—¿Deja rastro de quién lo hizo?

—No. Es una de las principales características del bitcoin. Puedes seguir el rastro, pero no sabes quién lo tiene.

—Entonces, podrías devolverlo y ahorrarnos el juicio.

—Supongo, pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Que el mercado ha bajado de manera repentina esta tarde y ahora las criptos valen menos.

—¿Dónde aprendió de bolsa este niño? —dijo su abuela. —Si lo devolvemos, que hoy valgan menos es su problema. Al fin y al cabo, se le devuelve lo robado.

—También podríamos esperar a que el mercado suba.

—¿Para qué?

—Para devolver la cantidad exacta del momento del robo, y quedarnos con el beneficio.

Cassandra ya no podía más.

Pero Victoria intervino.

—¿De cuánto estamos hablando?

—¡Mamá!

—Hoy ha bajado un dos por ciento, son unos quinientos mil menos. Pero solo es una corrección de valor.

—¿Cómo?

—El precio ha buscado una línea de soporte, creo que va a subir en los próximos días.

—¿Cuánto?

—Entre un doce y un quince por ciento.

—¿Que en dinero es?

—Sobre tres millones.

Cassandra no daba crédito a lo que estaba pasando.

—Y eso es solo el principio. Las criptos son muy volátiles. Duplicar el capital robado de aquí a un año es una posibilidad real.

—¿Y perderlo? —preguntó Cassandra.

—También, pero hasta un ochenta por ciento. Con el tiempo recuperará el valor y lo sobrepasará.

Victoria se reclinó de nuevo, la tensión había desaparecido de sus facciones, pero su hija la miraba atónita.

—Mamá, no estarás pensando... ¡No es nuestro mundo, mamá! ¡Detrás de ese dinero puede haber gente muy peligrosa!

—Si devolvemos el dinero y no vas a trabajar, es posible que nos inculpen esos maleantes. Si no aparece y vuelves a tu trabajo, la sospecha será mucho menor.

—No, no quiero volver.

—Volverás, Casandra. Ese dinero os soluciona la vida para siempre.

—No me lo puedo creer, si te oyera papá... Esos no eran sus valores. Ahora estaría llamando a algún contacto suyo en la policía para confesar esto.

—Esto no va de valores, Casandra. Esto va de que si devuelves lo robado, los maleantes pueden ir igualmente a por vosotros.

—No sé, mamá...

Victoria no le hizo caso.

—Mañana volverás al trabajo y harás ver que te agarras a tu honor, que eres válida y que quieres demostrar que puedes ganarte la vida de manera digna. Y, al mismo tiempo, al presidente le quedará claro que no has robado nada a nadie.

Casandra asintió levemente.

—Ethan, tú seguirás con tu vida normal. Por supuesto, no hables de esto con nadie.

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Que Silvia lo sabe.

Casandra volvió a hundirse en el sofá.

—¿Por qué?

—No lo pude evitar. Ella fue la que me enseñó a crear una cuenta falsa.

—¿Falsa? —gritó Casandra.

—Un menor de edad no puede darse de alta en una plataforma así como así.

Victoria se levantó y meditó su pregunta unos instantes:

—¿Es de fiar?

—Sí, confío en ella.

—Asegúrate de que mantenga la boca cerrada. El plan no cambia. Debemos vernos más a menudo. Yo buscaré la manera e iremos decidiendo si devolvemos todo o parte en los próximos días.

Capítulo 14

1

Casandra avanzaba con paso firme por el pasillo de las oficinas sabiendo que la miraban y cuchicheaban a su paso. Hasta Gloria se quitó las gafas y la observó cuando entró en la zona de su departamento. Incluso allí, el asombro no fue diferente. Todos los que parecían dormidos y desganados los días anteriores, ahora hacían corrillos entre ellos, sin disimulo, para hablar sobre la mujer que había sacado de sus casillas al jefe y que ahora regresaba a su puesto como si nada.

Recordó las palabras y los consejos de su madre del día anterior. Obtener su apoyo era una sensación nueva, la hacía feliz y estaba dispuesta a lo que fuera para que nada lo cambiara. Por eso, siguió trabajando en la misma tarea, sabiendo que era inútil pero necesaria para la misión que su familia había trazado para ella.

El presidente salió una hora después de su despacho. Llevaba la misma ropa del día anterior. Se detuvo frente a la mesa de Casandra, extrañado de verla allí. Murmuró algo que nadie pudo entender y entró en el baño dando un manotazo a la puerta.

Cuando regresó no miró a nadie. Se encerró en su despacho y, a los pocos minutos, Casandra recibió un correo suyo.

“Deja lo que estés haciendo. Busca restaurantes en esta ciudad que puedan preparar para hoy arroz con bogavante para siete personas. Envíame un listado en media hora.”

Casandra comenzó a hacer llamadas de inmediato. En las primeras, nadie quería comprometerse, hasta que cambió el discurso a uno más directo, insinuando hacer el pago por adelantado. Los resultados fueron diferentes y, a la hora en punto, envió un correo con un listado de siete restaurantes.

Cuando lo hizo, se dio cuenta de que tenía otro para leer.

“Busca en el listado de facturas que estás punteando, aquellas que en los últimos tres meses el importe oscile entre mil y tres mil. Mándamelo ahora.”

Casandra rebuscó entre sus papeles, pero se dio cuenta de que el listado que manejaba no llegaba a una fecha tan actual. Pidió ayuda a la persona que le había encargado el trabajo el primer día y este imprimió el listado con rapidez. Ahora parecía que la respetaban.

Cuando empezó a puntear, le llegó otro correo:

“Este listado no me vale. Ningún restaurante tiene terraza con vistas. Busca otros.”

Las retorcidas tareas se prolongaron durante la mañana. La estaba provocando, pero ella jugaría ese juego. Kevin apenas salió de su despacho y, cuando lo hizo, fue para ir de nuevo al baño en peor estado que la vez anterior.

Al final de la jornada, Casandra se asombró de lo rápido que había pasado el tiempo.

La línea interna sonó en su mesa.

—Ven a mi despacho.

No lo pensó. Tampoco esperaba una agresión.

—Buenos días.

—Pasa, pasa...

Kevin estaba sentado sobre la mesa, fumando. A su lado un vaso ancho con whisky.

—¿Quieres beber algo?

El presidente se bajó de la mesa y se desequilibró. Estaba bebido. Señaló el mueble bar.

—No, gracias.

—Pero pasa... y toma asiento. ¿No te apetece un cigarro? —dijo sacando uno de su cajetilla.

—Le prometí a mi hijo que no volvería a fumar. Además, está prohibido hacerlo en el lugar de trabajo.

Kevin suspiró, arrojó el cigarrillo en un gran cenicero de bronce y, apoyándose en el borde de su mesa, tomó asiento. Después, señaló la butaca frente a él.

Casandra vio enseguida su resignación. Se había rendido a su patético intento de parecer el de siempre. Quizá él también era consciente de ello.

—Verás, Casandra... Xavier viene hacia aquí.

Ella guardó silencio.

—Ya sabes quién es... Ayer me dijiste que te acordabas.

Casandra siguió callada, pero él esperaba una respuesta.

—Me extrañó no verlo en el funeral —dijo, al fin.

Kevin sonrió.

—Esa gente juega en otra liga, Casandra. No están para perder el tiempo en dar el pésame a quien no le importa.

—¿No había invertido en la empresa?

—Sí, y eso es lo único importante. Hacer crecer su dinero y el de sus colegas. Y aquí, no solo no ha crecido, sino que lo ha perdido todo.

Casandra ni siquiera se movió en el asiento. Notaba en su interior una seguridad como nunca antes la había sentido.

—Ya te dije que no sé nada de eso.

El presidente se agarró a los apoyabrazos de la silla.

—Viene hacia aquí, Casandra.

—¿A hablar sobre el proyecto?

—¿Qué proyecto?

—El de las criptos. ¿No hablabais de eso en la comida?

—El proyecto de criptos está muerto. Es inútil seguir trabajando en ello porque ya nunca tendremos el dinero suficiente para invertir en su lanzamiento.

—¿Y a qué viene?

—A recuperar su dinero, Casandra. Y no va a tener escrúpulos para dar con el culpable.

Silvia hablaba de las medidas de seguridad que tomarían para que nadie sospechara del robo. Se había pasado así todo el recreo. Ethan prestó atención al principio, pero luego fue recordando las palabras de su abuela y empezó a ver a su compañera de diferente manera.

Prefería no pronunciarse, tenía miedo a que las cosas cambiaran y tomaran la decisión de devolver todo el dinero. Ahora su familia mandaba y él se debía a ellos. Más aún, a su abuela. Silvia había pasado a ser un elemento que no cuadraba en la ecuación.

La chica hablaba de la seguridad en las conexiones, de la aplicación anónima para comunicarse, de las horas a las que debían hablarse fuera de allí, y a Ethan le apetecía cada vez menos seguir con la conversación.

Al final del recreo, Ethan estaba completamente ausente, y eso le permitió darse cuenta de que, más allá del vallado, en el arcén de calles poco habitadas que rodeaban el instituto, habían aparcado dos coches, cuyos ocupantes no se habían apeado.

Hablaban por teléfono, tal vez entre ellos, y eso los mantuvo ocupados un rato. Después, se bajaron de los coches y se acercaron al recinto.

Ethan cerró su portátil, alarmado, mientras Silvia continuaba hablando.

—Vámonos de aquí.

—¿Qué pasa?

—Esa gente me da mala espina.

Los cuatro hombres paseaban a lo largo de la alambrada, mirando a todos los críos sin disimulo. Silvia recogió sus cosas a toda prisa.

—Despacio, no levantes sospechas, aún no nos han localizado.

Silvia ralentizó sus movimientos. Cuando intentaba meter el portátil en la mochila, se le escapó de las manos y cayó entre la hierba. Después echaron a andar hacia las clases. La chica apretaba el antebrazo de Ethan apurando el paso y fingiendo normalidad al mismo tiempo. Después, se mezclaron con los demás por el patio que accedía a las pistas de deporte.

—¿Has visto cómo han llegado?

—En dos coches oscuros. Llevaban tiempo hablando por teléfono.

—¿Y no me dices nada?

—Es que no paras de hablar... —le recriminó soltándose.

La chica miraba hacia fuera y cada segundo que pasaba se la veía más preocupada. Los ruidos que hacía con la boca se multiplicaron. Dos hombres caminaban más alejados de los otros, que se habían detenido apoyados en la verja.

—Hay que devolver esos bitcoin.

—Silvia, tranquilízate.

—¡No quiero saber nada del asunto! Esto se nos ha ido de las manos. Devolvámoslos.

—Tranquila, los he robado yo, en todo caso vendrán a por mí.

—¿A por ti? ¿Tú crees que van a distinguir entre tú y yo? Ya sabrán que nos conocemos, y sabrán que he ido a tu casa, te habrán puesto micros, y cámaras. ¡Esto se tiene que acabar!

—Ni siquiera nos han reconocido, y nos han tenido delante de sus narices. No saben quienes somos.

Entonces sonó el timbre del fin del recreo.

—¿No recuerdas qué dijiste el otro día?

—¿Qué, exactamente?

—Que bitcoin se revalorizaría con el tiempo. Si esperamos, podemos devolverles la misma cantidad de dinero y quedarnos con los beneficios.

—¿Y crees que aceptarán?

—Si se rinden con el dinero perdido, sí.

Las ventanas de su aula daban hacia la calle por donde habían llegado aquellos hombres.

Y allí seguían, al acecho, sin dejar de mirar el interior de las instalaciones.

—¿Y si avisamos a dirección? Podrían echarlos.

—Acabarán yéndose...

—¿Qué haremos a la salida?

—Mezclarnos con todos, meternos en los buses e irnos a casa con normalidad.

Fueron incapaces de estar concentrados en clase el resto de la mañana.

A la salida, su nerviosismo pasó desapercibido entre la algarabía de los chicos y chicas que ansiaban dejar atrás el instituto. Desde sus autocares vieron como se alejaban de los misteriosos hombres que no hicieron nada por perseguirles.

3

Aquella tarde hubo reunión familiar. Después de dejar los teléfonos en el interior de la casa, Victoria, su hija y el chico salieron al jardín trasero. La abuela se sentaba en una silla playera cerca de la mesa donde había dispuesto refrescos y una merienda a base de queso y embutidos.

—Yo también me he fijado. Me pareció ver algunos coches extraños aparcados en los cruces de la urbanización... también podría ser que estoy algo paranoica.

—Pero los que ha visto Ethan eran reales, mamá. ¿Qué vamos a hacer?

—Esperaremos. Esto es el principio. Es normal que merodeen a los que estuvieron cerca de Jason en aquellas horas. Por eso debes continuar en ese trabajo, para que confíen en que no robamos nada.

Ethan no dijo nada. Casandra bebía una tónica mirando el cielo despejado del atardecer.

—Si esto se pone feo, lo devolveremos, ¿verdad mamá?

—Claro, hija. Pero porque unos matones se hayan asomado a olisquear no vamos a devolver más de veinte millones así como así —dijo guiñándole un ojo a su nieto, que ni se inmutó—. Y además, creo que lo mejor sería que os vinierais a vivir aquí hasta que las aguas se calmen.

—¿Y eso no resultaría sospechoso?

—Lo más normal es que, después de morir tu pareja, te refugies en el cariño de tu madre.

—Pensándolo así...

—Claro, y no creo que nadie vaya a sospechar de una vieja como yo...

El barrio tenía pocos vecinos pero había movimiento a esas horas. Algunos regresaban de sus empleos y otros finalizaban las tareas del hogar mientras los niños apuraban algunos juegos en el parque de al lado.

—¿Hay algo más que no nos hayas contado, Ethan?

—Nada más, abuela —dijo, regresando como de un letargo.

—Esa chica... Silvia. ¿Tiene acceso a la cuenta donde están las criptos?

—No.

—¿Cómo reaccionó cuándo vio a esos tipos?

—Se puso muy nerviosa. Quería devolver el dinero.

—No es verdad. Esa chica no quiere devolverlo, es mucho dinero.

—¿No confesará algún día? Puede suponer un problema —dijo Casandra.

—No, porque Ethan sabrá cómo manejarla.

—¿Cómo?

—Le dirá que hay dinero suficiente para que ella y su familia vivan el resto de su vida. Dile que tiene que confiar en nosotros y que habrá dinero para todos.

El chico buscó la aprobación de su madre, que se la dio con un gesto, y después asintió.

—Esa será tu misión, Ethan. Podrás hacerlo.

—Claro que podrá —sonrió la abuela—. Comed, que voy a por más.

Capítulo 15

1

Al día siguiente, en la oficina, el ambiente seguía igual de enrarecido. Casandra estaba en la conversación de todos y se sentía observada, pero ya apenas le molestaba. Cada llamada que recibía del exterior y la redirigía a un compañero, siempre era atendida.

Notaba el respeto y le gustaba, aunque tenía miedo de que esa sensación se fuera por la borda en cuanto el presidente la despidiera.

Pero a media mañana, la oficina se revolucionó. Algunos empleados se asomaban a las ventanas y cuchicheaban.

El inversor estaba subiendo.

Xavier Cruz se presentó en recepción cuidando los detalles. Él y dos acompañantes llevaban americanas verdes, como sus ojos, y pantalones vaqueros. Con educación exquisita pidió que se comunicaran con el presidente para anunciarle su llegada.

Después, agradeció a la recepcionista la gestión y se despidió de ella. Caminó hacia el fondo de las oficinas saludando a todas las trabajadoras ocupadas en las mesas.

Kevin, cuya versión pulcra no tenía nada que ver con la del día anterior, salió del despacho para recibirlo con una sonrisa y un apretón de manos.

Casandra pasó desapercibida y respiró aliviada, no quería verse en medio de esas personas.

Durante los primeros minutos, no se oyó nada desde fuera, por lo que se intuía que la conversación transcurría dentro de la normalidad. Casandra temió que la llamaran al despacho para presionarla delante del máximo inversor.

Después, se oyeron algunas palabras ininteligibles subidas de tono.

Y en efecto, en el interior del despacho, las cosas no iban bien.

—Xavier, puedo darte el contacto de la policía. Ellos te pondrán al tanto de...

—¡No!

—Les llamo ahora mismo... Tengo el teléfono directo con el inspector.

—No me interesan tus privilegios con la policía, Kevin.

—No son privilegios, solo es para que veas que estamos haciendo todo lo posible...

—Eso tampoco me interesa.

El presidente se paralizó en el sillón. No había manera de razonar.

—¿Sabes qué es lo que me interesa?

—No sé, Xavier... Podemos quedar para comer hoy si quieres...

—Lo que me interesa es que me devuelvas el dinero. Tú me convenciste para invertir en esa manipulación de las criptomonedas y yo convencí a otros de lo mismo... Y así, te dimos veinticuatro millones. Ahora, no quiero saber nada de tu proyecto, así que, devuélveme el dinero.

—Tenemos que esperar... lo siento... la policía...

—Ahora debo favores a esa otra gente que también ha invertido. ¿Sabes cuál es su coste? Kevin negó.

—No solo es la pérdida del dinero, es la penalización. ¿Sabes lo que me va a suponer de penalización con mis socios?

—No perderás prestigio, solo es cuestión de tiempo.

—No hay tiempo, Kevin. Ya has tenido suficiente. Te daré solo unos días más, y si no tienes mi dinero, comenzaré mi propia investigación. Con mis propios métodos.

No dijo nada más y salió dirigiéndose directamente a la mesa de Cassandra.

—Siento lo ocurrido, Cassandra, ¿cómo estás? —susurró.

—Bueno... voy poco a poco. Gracias —dijo ella, levantándose.

—Eres muy valiente al seguir trabajando aquí. Eso dice mucho de ti. Cualquier otra se habría derrumbado, pero tú eres fuerte. Te animo a que sigas así.

—Gracias, de corazón. Me sorprende que te acuerdes de mi nombre.

—Soy muy bueno para eso —le sonrió, a ella le pareció que de manera sincera.

—Lo cierto es que aquí nadie se ha dignado a darme el pésame. Eres el primero...

—Bueno, eso también dice mucho de esta empresa y de quienes la forman, pero tú eres diferente.

Se llevó la mano a la chaqueta y miró su móvil.

—Cassandra, tengo que pedirte un favor. Necesito enviar un e-mail al hotel donde me hospedo. No tengo buena cobertura aquí, te agradecería si puedes mirarme la dirección en tu ordenador. Es el Hotel Élite Luxuria.

—Claro, por supuesto.

Xavier se inclinó sobre el mostrador y ella intentó teclear lo más rápido que pudo pero, al hacerlo con dos dedos, se dio cuenta de que era imposible disimular su torpeza.

—No aparece.

—¿Lo has escrito bien?

—Ah, no, perdona... ahora sí. Te lo anoto en un papel.

Xavier cogió la nota entre la punta de los dedos y levantó el brazo. Uno de sus escoltas la cogió y la guardó en un bolsillo.

—¿Sabes de algún restaurante bonito para comer?

—Pues estuve buscando ayer algunos para Kevin, si quieres...

—Si estuvo Kevin, mejor no voy —dijo, sonriendo—. ¿Recuerdas lo que se habló en la comida en la que nos conocimos?

—No mucho, y tampoco entiendo nada de ese mundo, así que, como si nada...

—Te acordarás de que hablábamos de aportar mucho dinero —dijo bajando el tono para que solo ella pudiera oírle—. ¿Sabes que ha desaparecido?

Cassandra titubeó un instante. Él se acercó y susurró.

—Voy a estar por aquí unos días, solo hasta que aparezca. Iré descartando uno a uno hasta dar con el culpable que me devuelva el dinero. Empezaré por los más cercanos al fallecido.

estaban en el límite de faltas de asistencia que provocaría su expulsión del centro, así que, al tener que asistir le hacían la vida difícil a la nueva pareja del año.

A pesar de las continuas molestias, lanzándoles pequeñas pelotas de papel y notas obscenas, los profesores siempre hacían la vista gorda. La mayoría de ellos eran tan descarados evitando el enfrentamiento con los alumnos problemáticos, que daban la espalda a la clase para escribir en la pizarra mientras estos se empujaban sin disimulo.

Algunos profesores rogaban silencio, inmóviles y serios hasta que, pasados los minutos, el ambiente se calmaba y reanudaban la clase sin más advertencias.

A la hora del recreo, ese ambiente alcanzaba el clímax. Los pandilleros la habían tomado con Ethan y Silvia. Secundados por aquellos que los orbitaban y por los que no querían problemas.

—¿A dónde vais parejita? ¿A algún lugar escondido a hacer cositas?

—Qué van a hacer, si son asexuales —gritó uno, provocando las carcajadas de todos.

Ethan y Silvia se apuraron para mezclarse con los demás alumnos de otras aulas al bajar las escaleras, pero los malotes corrieron para empujarlos sin compasión. Silvia, ligera como una pluma, estuvo a punto de salir volando escaleras abajo si no llega a chocar con la espalda de un chico mayor.

—¿Qué haces, animal? —se encaró Ethan.

—¡Vámonos! —dijo Silvia, arrastrándolo por la sudadera, viendo que los alumnos empezaban a abrirse hueco camino del patio.

—¿Por qué no vas a avasallar a alguna de tus amigas? —dijo Ethan, señalando al grupo que caminaba detrás de los pandilleros.

Lo empujaron para provocarlo pero Silvia tiró de él todavía más, llevándolo escaleras abajo.

—Entonces, ¿qué vais a hacer? ¿Quién le toca a quien?

—¿Y dónde?

Y provocó una explosión de carcajadas.

Ethan se encaró a uno de ellos y lo empujó con todas sus fuerzas. Este trastabilló hacia atrás y cuando estaba a punto de caerse, lo sujetaron.

De inmediato, cuatro de ellos se abalanzaron sobre él amenazándolo con darle una paliza y soltando algún puñetazo. Fue empujado hasta la entrada de las oficinas de la secretaría del centro. En ese momento, salía un profesor y detuvo el encontronazo.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Vamos, al patio!

La pandilla se dispersó inmediatamente.

—¿Estás bien, chaval?

—Sí.

—Muy bien, procura no meterte en líos.

Silvia lo agarró de un brazo y salieron por la puerta, en dirección opuesta al patio, como cada recreo, para ocupar la zona del jardín frente a la sala de profesores.

—¿Estás chalado? ¿Qué te pasa?

—¿Y a ti? Que hoy no te has rebotado...

—¿Pero tú los has visto? Hoy eran perros hambrientos. Mejor alejarse y dejarlos pasar. No sé por qué te has puesto así...

Tomaron asiento en la hierba. Ethan agarró el portátil, cabreado. Necesitaba comprobar que el dinero seguía en su poder. Quería sentirse por encima de cualquier pandillero, por encima de todos.

Esa nueva realidad ya lo había cambiado, pero él no lo sabía.

—Ahora irán a por ti, Ethan.

—¿Por qué?

—Pues porque una cosa es que me rebote yo: la rara, la fea, la que nunca será nada en la vida... y porque nunca me van a tomar en serio. Y otra, es que lo haga el normal, eso les duele más.

El chico tecleó las claves de acceso.

—Que no se te suba a la cabeza, Ethan.

—¿El qué?

—El dinero. No sabemos si nos lo quedaremos. No es nuestro.

«¿Nuestro?».

3

Aquella noche, antes de preparar la cena, Victoria repitió el ritual de guardar los teléfonos en el baño y dejar correr el agua. Casandra explicó con todo detalle el tono de amenaza del inversor mientras Ethan ponía la mesa, escuchando sin perder detalle.

—Me asusta su mirada amigable, mamá.

—Ya... Es lo que pretende —respondió Victoria.

—No sé... Es la manera en la que me lo dijo al oído.

—Ethan, sube el volumen de la tele, no tengo el oído tan fino como cuando era joven.

Ethan sabía que no era sorda. Admiraba la presencia de su abuela, pues a pesar de su pequeña envergadura, tenía la postura erguida, el mentón hacia arriba, la mirada atenta, y le asombraba la frialdad con la que se tomaba las amenazas a su hija. Imaginó lo que haría si los matones de su clase se enfrentasen a ella, y se sintió orgulloso de lo que él había hecho esa mañana.

Casandra, sin embargo, había odiado esa actitud desde niña. Para ella, Victoria siempre significó un orgullo desmedido, hipócrita en muchas ocasiones y falso hacia los demás. Pero ahora era distinto. Se sentía reconfortada entre las alas de esa seguridad que emanaba su madre.

—Debes ser agradable con ese Xavier, Casandra.

—Lo soy. En ningún momento puse cara de desagrado.

—No me refiero a eso. Me refiero a que debes embaucarlo, ya me entiendes...

Casandra se echó hacia atrás, asombrada de la línea que acababa de cruzar su madre.

—¿Te refieres a seducirle?

—Lo que haga falta, hija.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tú que siempre me criticabas cuando salía con mis amigas...!

—Eras una cría, Casandra. Además, esto no tiene nada que ver.

—¿Y te atreves a sugerirlo delante de mi hijo?

—No es una sugerencia. Es lo que vas a hacer.

Casandra tomó asiento. Después se recostó y respiró hondo.

—Xavier no es un hombre de negocios honrado. Estoy segura de que su dinero lo gana de otras formas.

—Ya me imagino, hija. Por eso mismo te resultará más fácil. Estará acostumbrado a que las mujeres...

—¡Mamá!

—Además, siempre se te dio bien juntarte con la peor calaña...

—¡Para, mamá! ¡Ya está bien!

Se quedaron en silencio. Victoria desmontaba orgullosa una tarta casera, Casandra aliñaba absorta la ensalada y Ethan disimulaba zapeando entre los canales de televisión.

—No puedo creer que discutamos un plan así... —continuó Casandra—. Ayer nos planteamos devolver el dinero, hoy me amenaza el inversor y no hay ni rastro de esa posibilidad.

—Esa posibilidad siempre está ahí, hija.

Victoria se sirvió una copita de vermouth y Casandra aprovechó para seguir su argumento.

—Es posible que funcione. Ese plan desviaría la atención de Xavier de nosotros. No tiene sentido que la ladrona multimillonaria se sienta atraída por él, en todo caso, desaparecería.

—Veo que lo has entendido.

—Así comenzarán por investigar a Kevin.

—Y aunque empezaran por ti, ¿qué van a sacar de una simple administrativa? Eso no les va a cuadrar, al menos durante un tiempo. Pero mantén también el interés de ese Kevin, no nos conviene que te despida.

A Casandra le vino a la mente sus historias del pasado. Y su madre supo que estaba pensando en él.

Así había empezado su historia con el padre de Ethan. Un chico peligroso, el peor de la pandilla. Déspota con quien se metía en sus asuntos, incluso con alguno de sus amigos. Autoritario, seguro de sí mismo y descaradamente cordial cuando le convenía.

Ella sabría cómo tratar a Xavier, qué darle exactamente en el momento oportuno. Había caminado por la cuerda floja en otras ocasiones y, en esta, tenía una red tendida por su madre que la protegería si cayera.

Capítulo 16

1

Cassandra llegó a la oficina diez minutos antes. Se sentía bien por hacerlo. El personal estaba ocupando sus puestos y algunos todavía ni habían llegado. Esquivó las miradas sin prestarles atención. Cuando dejó el bolso en su mesa, comprobó que el presidente ya estaba en su despacho. Como si nunca se hubiera ido.

Durante la primera hora, no pensó con claridad. Quería suavizar su relación con él, pero no se le ocurría nada con lo que acercarse. Temía su rechazo, pues la presión del inversor estaría pasándole factura.

Pasaba el rato comprobando el correo electrónico por si llegaba alguna tarea de él, pero no había novedad. Así que, decidió escribir ella primero.

“Hola, Kevin. Me gustaría que las cosas fueran bien y pondré todo mi empeño para que así sea. Si necesitas cualquier cosa, llámame.”

Lo envió sin darle más vueltas.

Después, se arrepintió.

Y a medida que pasaban los minutos, la angustia palpitaba en su interior. Todos trabajaban a su alrededor, incluso parecía que lo hicieran con constancia, nada que ver con sus primeros días allí.

Una hora después, llegó la respuesta.

“¿Y esto tienes que decírmelo así? ¿No puedes hacerlo en persona?”

Sabía que no se le daba bien fingir. Intentaría ser agradable con él pero tenía miedo de que percibiera que no era un sentimiento verdadero. Se levantó y se dirigió al despacho.

—Buenos días, ¿se puede?

Kevin hizo un brindis con el vaso de whisky para que entrara. Ella cerró la puerta con delicadeza, como si temiera despertar a alguien. Después se acercó con decisión.

—Siento lo ocurrido estos días —comenzó ella—. Perdona si dije o hice algo malo. No quiero perjudicar a nadie, Kevin, solo quiero trabajar y vivir con honradez.

—Lo de Jason nos pilló a los dos con el pie cambiado, con lo bien que íbamos...

—Sí, la verdad es que no tiene porque haber problemas entre nosotros. Aunque hayamos chocado, somos adultos, me gustaría que fuéramos como antes.

«¿Fuéramos como antes?». No era la mejor frase. La negociación era su punto débil.

«Uno más», pensó.

Y al sentarse, la falda subió hasta su rodilla.

—¿Todavía estás en esa aplicación de citas?

—No, bueno... no la uso, Kevin. No se me ocurría tal cosa con lo que ha pasado, ya no.

—Vaya, avísame cuando vuelvas, para seguir manteniéndolo en secreto.

Permanecieron en silencio unos instantes. Entonces, ella volvió a equivocarse.

—¿Qué hay del inversor? ¿Cuándo va a volver?

—¿Te importa?

—No.

—¿Cómo sabes que volverá?

Casandra dudó qué responder. Se sentía desprotegida y con la sensación de que había entrado ella sola en un punto de no retorno en el que, cada frase que dijera, lo empeoraría.

—Xavier me dijo, cuando salió ayer, que se hospedaría unos días.

—¿Xavier? Menudas confianzas. ¿Qué pasa? ¿Te gusta?

Casandra se mantuvo impassible, manteniendo la compostura. Tenía que conseguir de Kevin algo positivo en aquella conversación. El plan de su madre dependía de ese momento. No podía defraudarla una vez más. No cuando, según ella, ese era el terreno en el que sabía que cumpliría.

—Tu silencio te delata, Casandra.

Se sentía como en una montaña rusa y eso le recordó cómo, algún fin de semana de su juventud, acababa en la cama de algún chico al que había conocido unos días antes. Orgullosa e impura al mismo tiempo. Ahora le producía repugnancia.

—No me gusta, Kevin.

—Ya, claro. Se nota a kilómetros, tía... ¿Te crees que soy estúpido?

Casandra no sabía cómo salir. No podía negar de manera categórica que no le gustara si su objetivo era cortejar al inversor. Eso la dejaría como una fulana en cuanto lo hiciera. Y ese no era el plan que había trazado su madre.

—De saber que eras así, hubiera seguido metiéndote mano el día de la comida. Pero no lo hice por Jason... él era un buen tío, pero ya veo que, sin embargo, tú...

—Kevin, estás suponiendo cosas que no son.

—¿Entonces cómo son, eh? —gritó alterado.

Casandra se hundía en su asiento a medida que el presidente seguía vociferando.

—Tengo un ultimátum, ¿sabes? Si no aparece el dinero, vendrán a por mí. Y tú, mientras, pavoneándote a ver si pillas algo.

Por un momento se dio cuenta de dónde estaba y miró hacia la puerta. Estaba cerrada.

—Claro, ya no tienes a Jason, pero buscas otro que pueda sacarte del pozo, ¿verdad, Casandra? Tú no buscas un trabajo y una vida honrada. Tú buscas un hombre con el que solucionar tu subsistencia, porque no eres capaz de hacerlo sola.

A Casandra le hubiera gustado llorar. Era lo mejor para finalizar aquella conversación, pero no salió ni una maldita lágrima.

Se miraron, él con furia buscando respuestas, ella fingiendo lástima o pena, cuando le hubiera encantado estamparle la botella de whisky en la cabeza.

A media mañana el inversor entró en las oficinas. Su amabilidad se había esfumado. Esta vez no pidió permiso, ni siquiera prestó atención a la recepcionista. Caminó por el pasillo seguido de otros dos hombres que toqueteaban los monitores de los empleados cuando pasaban por su lado y

entraron en el despacho del presidente sin llamar.

—Y bien, Kevin... ¿Tienes mi dinero?

—Me habías dado unos días, Xavier.

—Ya, ya lo sé... —dijo rodeando la mesa para acercarse a él—. Verás, he pensado que no tengo ganas de quedarme en este pinche sitio demasiado tiempo, ¿sabes? Y como confío en ti... —le puso la mano en el hombro—, he pensado que en un asunto tan importante como el que te he confiado, de un día para otro lo solucionarías.

El presidente miró a su alrededor, esperando un movimiento de los guardaespaldas, pero estaban demasiado alejados como para golpearlo.

Notó la presión de la mano del inversor en su hombro, después el pulgar buscó la clavícula y la presionó haciendo círculos.

—¿No tienes nada que decir?

—No sé nada todavía, la policía no me ha llamado...

—¿Y les has llamado tú? —y presionó más fuerte.

Kevin negaba, nervioso. El sudor corría por su espalda y notaba un dolor intenso en el hueso.

—¿Y a qué esperas? Deberías estar llamando cada hora, cuate. Te recomiendo que lo hagas así.

Presionó más y Kevin temió que se pudiera partir. Se revolvió en el asiento y el inversor lo soltó.

—¿Sabes qué, Kevin? No puedo creer que estemos en el mismo punto que ayer. Igual no te has tomado en serio mi aviso. Y no hay cosa que más me joda que no me tomen en serio.

—Te tomo en serio, Xavier. Haré todo lo posible.

El mexicano se acercó y lo cogió con fuerza por el mentón.

—Lo harás, Kevin. Claro que lo harás.

Afuera, Casandra estaba atenta a todo. Esperaba algún avance en su plan, pero los tres salieron del despacho con cara de pocos amigos y sin mirarla. Cuando se alejaron, la mujer se levantó y miró por la ranura de la puerta entreabierta del despacho. El presidente temblaba con las manos en la cara, como un niño.

3

Casandra pensaba en los objetivos que había propuesto su madre. Escuchaba su voz, la de los dos últimos días, la que la reconfortaba a pesar de haber estado siempre condicionada por ella. Calibraba lo que había pasado y se tranquilizó cuando entendió que no era bueno avanzar.

El inversor estaba inquieto y hundió al presidente. Era bueno que la dejaran de lado. Que Kevin descartara su culpabilidad en el robo al tratarla como una fulana oportunista y que el inversor ni siquiera la mirase después de las amenazas del día anterior.

No hacía ningún trabajo en la empresa, su tarea ahora era ejecutar el plan trazado para quedarse con el dinero. Necesitaba un respiro, así que, decidió tomarse un café.

Cruzó el pasillo absorta en sus pensamientos, sin darse cuenta de que el personal cuchicheaba sobre lo que habían oído en aquel despacho al que ella entraba de vez en cuando.

Algunos la miraron como si dejara atrás un halo del que dependieran sus sueldos.

Gloria salió detrás pero no llegó a tiempo al cierre de las puertas del ascensor para coincidir con ella. Después la alcanzó llegando a la cafetería.

—Te invito a un café, Casandra.

Buscaron la mesa al lado de la ventana donde habían coincidido en otras ocasiones. Estaba libre, y cada una se sentó en el mismo sitio que la otra vez.

—He oído voces en el despacho de Kevin, ¿sabes lo que está pasando?

—¿Me vas a utilizar para pasar la información al resto de la empresa?

—No, si tu no quieres —mintió—. Puedes confiar en mí.

Esperaron en silencio mientras la camarera servía los cafés. Casandra fingía que miraba algo en el móvil mientras Gloria la observaba esperando alguna información.

—No sé lo que está pasando, Gloria. Algo debió salir mal con el lanzamiento de algún producto. El inversor está nervioso. He oído lo mismo que tú.

—Ya, pero tú has hablado con Kevin esta mañana... Estoy preocupada por mi puesto de trabajo. Y por el de los demás, aquí hay gente con un puesto fijo y con familia.

—Los puestos fijos ya no existen.

—Hay contratos firmados...

—Si la empresa quiebra, de nada sirven.

—¿Te dijo que iba a quebrar?

—No, Gloria. Hemos hablado de otros asuntos...

La recepcionista cogió la taza con las dos manos y dio un sorbo.

—Ten cuidado con esa gente, Casandra.

—¿Vas a empezar otra vez?

—Perdona que insista. Ya te comenté que la familia del presidente no es de fiar. Aunque no lo parezca, Kevin es un sinvergüenza.

«Un sinvergüenza y un cagado», pensó Casandra.

—Y tienes que ser una chica decente. Además, lo de Jason acaba de ocurrir...

—No sé qué quieres decirme, Gloria. Estoy sorprendida con lo que creo que estás pensando.

La mujer puso la taza en el platillo y miró a lo lejos a través de los cristales para evitar la respuesta.

—En la empresa todas hablan de ti, hija.

—No soy tu hija, Gloria.

—Hace mucho tiempo que no pasaba esto... Todos te han dado la fama de que eres una interesada. Primero Jason... ahora el presidente... y sigues aquí. Todos pensamos que te marcharías de la empresa después de lo que ocurrió.

—No pretendo nada con Kevin. Solo necesito trabajar, ¿tan difícil es de entender?

—Ya, pero el mundo no se acaba aquí, hay otros lugares. Lo que sea con tal de ser respetada y decente.

—Aquí tengo una oportunidad de formarme, es un buen trabajo con el que algún día podré cobrar un buen sueldo. ¿Sabes lo que es trabajar doce horas al día por la mitad de dinero? Yo sí lo sé, Gloria... —dijo inclinándose hacia ella—. Creo que lo que hago es precisamente lo más decente y respetable ¿Por qué no le dices eso a tus amigas de la oficina?

—No sé, Casandra, la gente no entiende cómo después de lo que te acusó sigues ahí, reuniéndote con él.

—¿Y qué sabéis de lo que me acusó?

—Se oyó fuera, ¿sabes?

Casandra cruzó los brazos y respiró para intentar disimular la emoción.

—Mira, tienes que dejar de ser una chica ingenua e inocente. No debes enamorarte de quien no te conviene, deberías darte cuenta de esas cosas.

No podía creer que estuviera oyendo eso de una señora que no la conocía de nada. Las mismas palabras que su madre le había dicho en otras ocasiones. Miraba a Gloria mientras seguía hablando, sin oír nada más de lo que decía. Solo tenía ganas de hacerla callar. No era su madre. No tenía por qué soportar aquello. No le debía respeto y quería arrancarle todos los pelos de la cabeza.

Pero Casandra estaba aprendiendo a ser como su madre. Fría y calculadora. Sus ojos llorosos le habían venido bien para transmitir esa imagen de mujer inocente. Una persona así no sería capaz de robar una millonada usando una tecnología pionera, ni sería capaz de mantenerlo oculto. Una persona así se presentaría a trabajar, para ganarse la vida, pese a todas las humillaciones.

Se mantuvo callada ante la protección paternal de Gloria, aconsejándola para que saliera del camino fácil de los hombres y fuera una mujer que luchara por su hijo.

4

Ethan y Silvia pasaron las primeras horas de la mañana en una extraña tranquilidad. Algunos de los pandilleros no estaban en clase y los que habían asistido los miraban serios aunque sin amenazas.

En el recreo, llevados por esa paz, fantaseaban con la idea de disponer del dinero.

—Creo que lo mejor es no tocarlo en unos años —decía él.

—Sí, pero sería genial hacer una carrera sabiendo que la puedes costear sin necesidad de pedir un préstamo.

—¿Una carrera? ¿Crees que es necesario?

—Claro, en este mundo hay que ser personas de provecho.

Se quedaron en silencio cerrando los ojos cuando el sol acariciaba sus rostros.

—Tal vez podríamos ir cogiendo pequeñas cantidades hasta entonces que no llamen la atención —propuso ella.

—Eso sería sospechoso, mejor esperar unos años.

—Ya, pero... es que mi familia necesita ese dinero, arreglaría muchos problemas. Dentro de unos años, habremos sufrido las consecuencias. De la otra manera...

—No, Silvia. No podemos correr el riesgo de que nos descubran.

—Ese riesgo siempre estará ahí.

—No, dentro de unos años, tal vez antes, la investigación se cerrará y nunca sabrán si el dinero fue robado. Hubo una transferencia a una wallet ejecutada con claves, sin más.

—Tienes razón, y nadie lo reclamará, porque seguro que la procedencia de todo ese dinero es ilegal.

—Exacto. Si no, no estarían vigilándonos, como el otro día.

Silvia miró a su alrededor, más allá del vallado.

—No hay rastro de ellos —y suspiró—. Mejor así. Tal vez podamos repartirnos ese dinero antes de lo que pensamos.

«Repartirnos», resonó en la cabeza de Ethan.

A Silvia le daba el sol de frente y arrugaba la nariz y los ojos de una forma muy graciosa para protegerse de la claridad. Ethan sonrió.

—Están presionando mucho a mi madre, Silvia. Y ella y mi abuela han trazado un plan para

protegerme. Para protegernos.

—Y para proteger el dinero.

—Mi madre se la está jugando cada día. Sería justo que se llevaran una parte.

Silvia se acomodó en la hierba y lo miró.

—Ethan, gracias a mí, has creado un perfil falso en la plataforma a la que has hecho la transferencia. Me lo debéis. Sin esos conocimientos, no hubiera sido posible. Ni se te hubiera ocurrido. Además, mi familia necesita el dinero mucho más que la tuya, así que también tengo derecho a una buena parte para ellos.

Se miraron desconfiados. Silvia esperaba la réplica, con toda una retahíla de argumentos prestos para salir de su boca, pero Ethan prefirió volver a su personalidad habitual y no hizo ni dijo nada.

El timbre sonó y caminaron hacia el aula en silencio. Los pandilleros esperaban la entrada del profesor en el pasillo. Cuando los vieron llegar, se turnaron para proferir comentarios más ofensivos que el día anterior. Ethan se detuvo unos instantes, pero no sintió la misma rabia y siguió los pasos de la chica hasta llegar a su pupitre.

Cuando el profesor entraba en clase, uno de los malotes pasó al lado de Ethan y lo empujó. Todos los papeles y bolígrafos que tenía encima de la mesa saltaron por los aires.

—¡Silencio! Vamos a empezar la clase... —sentenció el profesor mirando con reprobación a Ethan.

Capítulo 17

1

Al día siguiente, Casandra estaba convencida de que las indicaciones de su madre funcionarían. Seduciría al presidente, se interesaría por su estado de ánimo para que se ablandara con ella y, al mismo tiempo, la descartara de su lista de sospechosos.

Era un plan consistente, descarado y viable si ella interpretaba bien su papel. No podían dejar escapar la posibilidad de quedarse con el dinero, se la jugarían a todo o nada.

A primera hora, llamó a la puerta del despacho de Kevin pero no obtuvo respuesta. Le incomodaba que la vieran las chicas del departamento administrativo. Se las imaginaba hablando entre ellas, llamándola furcia interesada.

Ante sus miradas, abrió la puerta y echó un vistazo rápido. Kevin había pasado allí la noche una vez más. Tenía la mesa revuelta y estaba en el sofá, pálido y desganado.

—¿Estás bien, Kevin?

El presidente levantó la cabeza y pestañeó con lentitud.

Casandra entró con rapidez y se sentó a su lado. Sobre la mesilla, dos botellas de licor y restos de cocaína. Un vaso se había caído dejando una mancha sobre la alfombra.

A pesar de su estado, Kevin se levantó y cogió las botellas para guardarlas en el mueble bar. Ella lo ayudó con una bayeta que guardaba en el interior del mismo. Repasó la mesa, escondió el vaso y después le puso una mano en el hombro.

Desde su estado ausente y depresivo, consiguió arrancarle una sonrisa de agradecimiento.

Fue en aquel momento, cuando el inversor entró por sorpresa.

—Xavier... —dijo ella, alejándose.

Venía acompañado de un hombre de aspecto rudo y musculado.

—¿Qué estabais haciendo? —dijo con una expresión muy alejada de la amabilidad fingida que era habitual en él.

—Nada importante... —concluyó el presidente, sentándose en su sillón.

Casandra maldijo en sus pensamientos por otra oportunidad frustrada. Ahora, el inversor podría tener dos hipótesis en mente. La primera, que fuera una de las personas que ayudó a robar el dinero el día en que Jason falleció. La otra, que pensara de ella que buscaba una oportunidad sentimental con Kevin. Ojalá fuera la segunda.

—Tomaremos un café tú y yo —ordenó Xavier a Casandra.

Caminaron en silencio hacia la cafetería y, una vez allí, ella buscó de manera inconsciente la mesa en la que se sentaba con Gloria.

El guardaespaldas arrastró una silla de la mesa de al lado y, sonriendo y sin quitarle ojo, se sentó al lado de Casandra.

Xavier trasteaba con el móvil sin parar. En completo silencio. Pasaron unos minutos interminables hasta que, sin levantar la vista y después de irse la camarera, habló:

—Apártate de Kevin.

Casandra sintió un escalofrío de mal augurio. Hacía mucho tiempo que no percibía esa sensación. Le recordó al padre de Ethan, que con sus repetidos desprecios conseguía en ella un efecto similar. En su subconsciente se mezclaba el desdén y la excitación hacia la persona que había amado como una niña en el pasado.

—No soy tu hija —dijo arrastrando su mano hacia la de Xavier.

El guardaespaldas se relamió los labios. Xavier dejó el móvil, boca abajo, sobre la mesa.

—Voy a estar más tiempo del que pensaba por aquí, así que, he alquilado un chalet en la colina, cerca de donde vivía Jason, pero con mejores vistas.

—Es una zona muy bonita... —dijo ella, retirando su mano.

La camarera volvió con los cafés y el inversor le dijo que esperase. Luego ordenó al guardaespaldas.

—Avisa a tu primo para que nos recoja en diez minutos.

El otro sacó el móvil para teclear la orden.

—No. Llámalo fuera.

El escolta entendió el mensaje. Dio un último vistazo a Cassandra y salió del establecimiento.

—Retire esa silla, por favor.

—Enseguida.

Cassandra y el mexicano permanecieron en silencio, mirándose a los ojos.

—Hubiera preferido un descafeinado.

—Necesitas estar despierta, te vendrá bien.

Ella sonrió, relajando la tensión.

—Mañana voy a dar una fiesta en la nueva casa. Te espero allí a las diez.

—No sé si podré ir...

Xavier no hizo caso a la respuesta y cambió de tema para hablar de los recuerdos que le traía el aroma del café, cuando era un crío y trabajó en la plantación familiar en Veracruz. No había sido la infancia ideal, pero había tenido tiempo para algunos inocentes noviazgos en la adolescencia.

Cassandra no podía participar con ninguna anécdota en la que su pasado amoroso no la avergonzara, así que, prefirió escuchar y sonreír.

—Bueno, me tengo que ir.

—Yo también.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana, Xavier.

El atardecer que precedía al fin de semana dibujaba en el cielo colores anaranjados y rosas que auguraban buen rollo. Victoria seguía una rutina para implantarla en aquella nueva convivencia con su familia. Dispositivos electrónicos alejados y no más de media hora para ponerse al día y asentar los planes. Lo había decidido así por si los escuchaban o vigilaban. Que una familia dedicara unos minutos del día a conversar entre ellos, obligándose a alejarse de la tecnología, era creíble.

Desde las escaleras que daban al jardín trasero, Ethan prestaba atención a la conversación que mantenía su madre con su abuela poniéndola al día de lo sucedido en la oficina y la invitación de

Xavier a la fiesta en su casa.

—Mañana iremos a la peluquería, por la mañana.

—Me siento mal, mamá.

—¿Sucia quieres decir?

—Sí.

—No me vengas con esas, hija. A estas alturas, no. Es la oportunidad que tienes con ese hombre, tal vez la única. Hay mucho en juego y de lo que saques de esa fiesta, depende vuestro futuro.

Cassandra comprobó que su hijo encajaba aquella conversación con naturalidad.

—No pasa nada porque Ethan escuche esto. No es ningún chiquillo. Hay mucho en juego y debe ser fuerte.

El chico se acomodó y abrazó sus rodillas.

—¿Qué quieres que haga exactamente, mamá?

—A ser posible, que surja algo entre vosotros y si se diera la ocasión, ofrecerte a colaborar como espía o chivata para delatar los movimientos del presidente, ayudándole a averiguar dónde está el dinero.

—La verdad es que Kevin está cada día más derrotado. Es un blanco fácil.

—El plan es que, con el paso del tiempo, el inversor vea irrecuperable su inversión y se acabe marchando.

—¿Crees que las sospechas sobre mí se han esfumado?

—No lo creo, pero tenemos que arriesgarnos. Será una carrera de fondo y costará, pero lo conseguiremos.

En silencio aceptaron lo que el futuro les depararía en los próximos días, semanas o meses.

—¿Tú tienes alguna novedad, cariño?

—Poca cosa, abuela. Hoy Silvia estaba nerviosa. Empezó a hacer suposiciones sobre el posible reparto. Ya le dije que, aunque todo salga bien, lo mejor es no tocarlo en años.

La abuela pensaba, levantando la mirada por encima de la valla de madera.

—¿Es posible que ella pueda acceder a la plataforma donde tienes las criptomonedas?

—Manejamos un patrón común de contraseñas, pero no creo que sea capaz de dar con las mías.

—Cambia ese patrón y escríbelo en un papel. Alguien más de esta familia debe saberlo.

—¿En un papel?

—Sí, nadie sabrá donde lo escondo, no te preocupes.

«¿Alguien más de esta familia?», pensó Cassandra. ¿Acaso tenía miedo de que pudiera pasarle algo a Ethan y nadie más supiera recoger el botín? ¿O estaba planeando una traición a su propia familia?

Capítulo 18

1

Cuando Ethan despertó al día siguiente, su dormitorio olía a café. Desde su cama oyó que su madre hablaba con su abuela de manera tranquila y pausada. No había crispación, lo cual le resultaba extraño y agradable al mismo tiempo. Cerró los ojos, abrazó la almohada y estuvo a punto de volver a quedarse dormido.

Cuando llegó a la cocina, media hora después, ya estaban acabando de desayunar.

—¿Has descansado, hijo? —preguntó la abuela.

El chico asintió perezoso, con una leve sonrisa.

—Qué raro que hayas dormido hasta tan tarde —dijo Casandra.

El chico se sentó a la mesa y devoró una tostada con mermelada mientras Victoria servía leche caliente con cacao.

El sol ya calentaba las habitaciones y el chico se entretuvo con el mando a distancia cambiando los canales de la tele, dejando que la conversación entre ellas siguiera.

Hablaban del pasado, de la familia y de vecinos que él no conocía o apenas tenía recuerdos. Nada trascendental.

Las dos mujeres salieron al salón conversando sobre el vestuario para la fiesta de la noche. En el canal de noticias, hablaban de una investigación de un asesinato. La policía lo había descubierto gracias a los mensajes encontrados en el móvil de la víctima.

Sin desconectar de la noticia, Ethan se levantó y fue a su dormitorio. A por su teléfono.

Tenía un mensaje de Silvia en la aplicación anónima, de hacía una hora.

“Tenemos que hablar. Ahora.”

Contrariado, Ethan respondió:

“¿Qué ocurre?”

Unos segundos después, llegó la respuesta:

“Ven a mi casa y hablemos.”

Después, enseñó el mensaje a su abuela.

—No contestes por ahí. Te dejaré en su casa mientras llevo a tu madre a la peluquería. ¿Crees que podrás aguantarla una hora?

El chico afirmó dubitativo y empezó a barajar hipótesis. Seguro que Silvia había indagado más en el mundo de las criptos y habría ideado un plan para mover el dinero a otro lugar en el que supuestamente podrían hacer el reparto sin levantar sospechas. Por muy cabal que fuera su

propuesta, Ethan iba a negarse. No la aceptaría sin antes consensuarla con su abuela. Con su familia.

—¡Vamos, hijo! —gritó su madre.

Victoria conducía muy bien. Señalizaba en cada cruce y cada rotonda a pesar de que no circulara nadie más que ella. Sus dedos se movían por inercia y las miradas a los retrovisores eran automáticas, como persona de orden que era.

Solo ella se percató de que en el barrio por el que ahora circulaba, el de Silvia, estacionaban un par de coches de gama alta que no correspondían con el nivel de la zona.

—¡Esa es!

—Cualquier cosa... Me llamas o envías un mensaje, Ethan. Y vendré a recogerte.

—Vale, abuela... —dijo saliendo del coche.

Después de timbrar, abrió la puerta un joven muy despeinado, mayor que él y con un brazo en cabestrillo.

—Hola. ¿Está Silvia?

El otro lo escrutó durante unos segundos con semblante de fastidio.

—¡Silvia! ¡Aquí uno que dice ser tu novio!

Se dio la vuelta sin ver si Ethan sonreía o ponía cara de estúpido, caminando hacia el salón donde la televisión sonaba a todo volumen. Ethan esperó viendo como una niña de apenas dos años lo observaba sentada en el pasillo con la boca sucia de haber comido chocolate.

Silvia apareció con semblante serio. Lo cogió de una mano y subieron la escalera hasta su habitación. Había dos literas sin recoger y montones de ropa por los suelos.

—¿Qué pasa?

—Pasa que no puedo acceder al portal.

—¿Qué portal?

—¿Cuál va a ser? ¡Donde tienes guardadas las criptos!

Ethan abrió los ojos, alarmado y gesticuló para que bajara la voz. Sacó el teléfono del bolsillo y le pidió el suyo. Después los dejó en el suelo del pasillo y cerró la puerta.

—¿Has intentado acceder a mi portal?

—¿Tú portal? ¡Esas criptos son de los dos!

—Ya, pero es mi portal, Silvia. ¿Con qué derecho entras con mis contraseñas?

—Tus contraseñas las sé desde el primer día. Vi como las tecleabas delante de mí.

—¿Te fijabas qué teclas pulsaba?

—Sí... Y eres muy poco original. Has copiado mi patrón.

El chico caminó hacia la ventana, pensando qué decir.

—No te escandalices y vamos a lo que interesa... —continuó ella—. ¿A ti te ha dejado entrar? A mí me dice que no existe... Debemos recuperar la contraseña cuanto antes. Venga, tenemos que acceder a tu correo electrónico... —y señaló su portátil.

—No te voy a dar acceso a mi correo electrónico.

—¿Qué pasa? ¿Qué después de lo que te he enseñado ahora no te fías de mí?

—No todo me lo has enseñado tú. Y te recuerdo que el que ejecutó la transferencia de criptos fui yo, con un muerto delante.

—Vaya, don fantasioso ahora no confía en su socia. Vamos, Ethan, recuperemos las claves para saber si pasa algo con esa plataforma.

Aquella ansiedad de Silvia, la habitación desordenada, el ruido de la tele en la planta de abajo y la niña sucia y sentada en el suelo llorando, alertaron a Ethan.

—Por eso querías que viniera, ¿verdad? Para que la contraseña de mi correo electrónico

quede registrada en tu portátil.

—Ethan, déjate de tonterías. Te llamé porque puede que la plataforma nos haya restringido el acceso por orden de la policía.

—Sabes que eso no es posible... No pueden hacerlo.

—¿Ah, no?

—No. Y no puedes entrar porque he cambiado los patrones de las claves ayer por la tarde.

—¿Tú? ¿Y eso por qué?

—Porque no confío en ti y me acabas de demostrar que hice lo correcto.

En ese momento, una voz de mujer gritó desde abajo.

—¡Silvia! Baja a atender a tu hermana. Me voy a trabajar.

La chica abrió la puerta.

—Ahora bajo, mamá. Dile a Abel que se ocupe un momento.

—Él no puede. ¡Baja tú! ¡Ahora!

Silvia dio un portazo y se encaró a Ethan.

—Necesito el dinero para sacar a mi familia de esta situación.

—¿Qué situación?

—Mi padre tiene muchas deudas... Lo amenazan todos los días. Por eso nos mudamos aquí finalizando el curso. ¿Ves ese coche negro que está ahí afuera? —señaló hacia la ventana—. Lleva ahí desde esta madrugada, con una persona dentro.

—¿Cómo? Ese coche podría ser de los inversores de las criptos.

—¿Tú crees?

—Silvia, ¿cómo me haces venir hasta aquí si hay sicarios merodeando tu casa?

La chica se alejó de la ventana asustada.

—Bueno, también podrían estar en la tuya ¿no? Has venido a hacer un trabajo del instituto y ya está. Es lo que hacen los chicos de nuestra edad.

Su madre gritó de nuevo.

—¡Silvia!

—¡Ya voy!

—Escucha —y la cogió por los hombros—. Te prometo que llevarás tu parte a su debido tiempo, pero te pido paciencia. Tómallo como una carrera de fondo o habrá consecuencias.

Silvia estaba a punto de llorar, pero suspiró mirando a Ethan a los ojos.

—Tienes razón. Quizá cambiar las contraseñas ha sido un acierto —dijo tragando saliva—. Eso me protegerá.

Él sonrió y ella también.

—¿Quieres estar un rato en una casa de locos? Así haces tiempo para no levantar sospechas.

—Claro, mi abuela no vendrá hasta dentro de una hora.

Cassandra llegó a las inmediaciones del chalet del inversor con la antelación suficiente para estacionar el coche y observar el ambiente desde la calle residencial. La noche comenzaba y las aceras apenas estaban iluminadas.

En aquel lugar, la mayoría de las recientes construcciones se encontraban vacías y no circulaba nadie por la urbanización. Los muros que rodeaban la casa no dejaban ver lo que

ocurría dentro, salvo la terraza de la planta superior, donde algunas chicas con largos vestidos ajustados y grandes escotes brindaban y bebían.

Cassandra pensaba que iba demasiado arreglada, pero su madre lo había previsto muy bien, como si supiera lo que iba a encontrar en esa fiesta.

Llamó al portero automático, dijo su nombre y la puerta se abrió con un chasquido. El ambiente era acogedor. Las luces led iluminaban todas las estancias con una luz cálida e indirecta.

Dentro de la iluminada piscina, dos hombres bebían acompañados de algunas chicas en bikini que chapoteaban alrededor. Otras vestían de gala, y entraban y salían de las estancias, sonriendo entre ellas como si fueran las dueñas y señoras de aquel lugar. Servían comida y bebida a otros hombres apoltronados y se sentaban junto a ellos.

Una chica morena de pelo corto la saludó.

—Buenas noches, Cassandra. Me llamo Jennifer —dijo, sonriendo—. Ven, te enseñaré la casa.

Le mostró las estancias principales sin hacer ninguna presentación y después la invitó a sentarse con ella para tomar una copa juntas.

Cassandra desconfiaba y miraba por todas partes, en busca de Xavier. La chica tenía una sonrisa agradable, y consiguió relajarla hasta el punto de saborear el cocktail y participar en la conversación intrascendente que mantenían.

Se levantaron a por la segunda copa y conoció a otras personas igual de agradables que Jennifer. Comprendió que aquella no iba a ser su noche, y eso le quitó un peso de encima. Se haría notar en cuanto apareciera Xavier, y sin más pretensiones que saludarlo.

Más relajada, bromeaba con otra chica por la similitud de sus vestidos y sus tacones negros. Esta parecía encajar bien la casualidad y, lejos de apartarse para no coincidir, se pegó a ella durante los siguientes minutos.

Con la tercera copa, Cassandra ya socializaba con facilidad en medio de un ambiente hecho a medida para pasar una noche divertida.

Le gustaba aquel mundo. Era como un sueño reparador. Lo estaba viviendo por sí misma y no quería salir de él.

Un grupo de hombres asomó por la azotea del piso superior y los de abajo, agradecidos por el evento, saludaron en un silencioso brindis levantando las copas. En medio de ellos, Xavier oteaba a los invitados hasta que localizó a Cassandra a la que hizo un gesto para que subiera.

Al principio, no sabía que se dirigía a ella, pues todas sonreían a su alrededor con vítores de alegría. El inversor insistió y Jennifer le acarició el brazo.

—Quiere verte. Ven por aquí.

Cassandra la acompañó al interior de la estancia, y se dirigieron al ascensor.

—Me quedo con tu copa.

Las puertas se abrieron y la chica la animó con la mano en la espalda para que entrara.

Las puertas se cerraron y se quedó sola.

Cuando salió a la terraza superior. Algunos hombres guardaban sus portátiles en maletines bromeando con las otras chicas que los acompañaban. Allí la decoración era aún más espectacular. Una música de jazz lento y cálido ambientaba la zona, alejada de la algarabía de la fiesta de abajo, y la luz imitaba el brillo de las velas.

El inversor se acercó con un cocktail en la mano, sonriendo.

—Hola, ¿estás a gusto?

—Claro... ¿Qué ponen a estas copas? Me ha elevado la autoestima.

Xavier le tendió su mano y la llevó hasta un lugar apartado en el balcón.

—Bebe del mío, a ver qué te parece.

Casandra bebió de su copa y saboreó el alcohol mucho más elevado que las que había probado antes. No tuvo necesidad de fingir, algo en su estómago mantenía una llama encendida. Después arrimó la cadera contra el balcón, descargando su peso en una sola pierna y dejando la otra desnuda y ladeada. Acarició el cristal y devolvió la copa a Xavier

—¿Está rico?

—Mucho.

Xavier se acercó a ella.

—Es una receta que tiene un ingrediente que hace que las mujeres que la beban, digan la verdad durante un tiempo.

Casandra sonrió por la broma y miró al cielo. Notó que las estrellas orbitaban debido a los efectos del alcohol.

Xavier se acercó más. Puso la mano en la cintura de ella y la miró a los ojos. Casandra percibió ese gesto muy sincero, pero esa sensación ya la conocía de su pasado y las consecuencias habían sido nefastas.

—Casandra, pareces una buena chica.

Un saxo entró en medio de la tonada que sonaba por uno de los altavoces ocultos que había en aquella parte de la azotea.

—Me gustaría conocerte más... —continuó el mexicano cerca de su oreja.

—A mí también...

Él acarició su espalda desnuda y ella pegó su pecho a él para abrazarlo.

—Si me ayudas, te dejo acceder a mi mundo.

Se separó de ella, dejándola con el gesto a medias y la cogió de la mano de nuevo para llevarla con las demás chicas.

El resto de la noche cruzaron miradas, se sonrieron, y brindaron en la distancia hasta que él desapareció inesperadamente.

Cuando esto ocurrió, pareció que el mundo que la rodeaba se desmoronaba como un frágil castillo de naipes. Las chicas dejaron de ser amables con ella y entre ellas, otras se fueron de malas maneras y hasta Jennifer, antes dulce y amistosa, vociferaba ahora al servicio.

Casandra salió del chalet con una sensación desagradable. Se metió en su coche, pero no estaba en condiciones para conducir, aunque eso ya no le importaba a nadie.

Dejó pasar unos minutos mientras contemplaba cómo la casa se deshabitaba. Los coches, algunos con seis chicas en su interior, se fueron yendo mientras las luces se apagaban. Finalmente, el portal emitió un crujido al cerrarse, resonando en la calle vacía, y no quedó nada de la iluminación acogedora ni de la fiesta que había hecho magia aquella noche.

A Casandra le zumbaba la cabeza por los efectos del alcohol de la noche anterior. Buscaba la sombra en el jardín trasero y se mantenía en pie gracias al café. Mientras, su madre y su hijo colocaban las sillas enzarzados en una discusión.

—Esa niña no se llevará nuestro dinero, Ethan. ¿Qué pinta en este asunto? No se está exponiendo ni arriesgando, solo es una observadora libre de sospecha.

—Pero abuela... Gracias a ella aprendí a crear un perfil falso en esa plataforma y por eso pude robar las criptos.

—El que estaba allí para ejecutar la transferencia eras tú, no ella. Tu madre se ha arriesgado mucho asistiendo a la fiesta de ayer, y el plan continúa. Esa niña no encaja, no la necesitamos. Nosotros nos quedaremos con todo el dinero.

—Mamá... —interrumpió Casandra—. El silencio de esa chica también habrá que pagarlo. Creo que es justo que se quede con algo, hay suficiente para todos.

Ethan agradeció la intervención y la abuela meditó la respuesta mientras se acomodaba.

—Se llevará una parte suficiente para afrontar su carrera con holgura.

El chico aceptó la propuesta con resignación pues, la posibilidad de que aquello terminara bien para todos todavía estaba muy lejos.

—¿Y tú, hija? ¿Hay algo más de esa fiesta que no me contaras anoche?

—Ahora mismo no, mamá.

Casandra dio el último sorbo al café y dejó el pocillo sobre el césped. Victoria reflexionaba sobre el siguiente paso y Ethan, sentado a su lado, jugueteaba con unas hierbas entre los dedos.

—Hay dos cosas que están muy claras —comenzó Victoria—. Una, que el presidente está desquiciado, al borde de la locura, y la otra, que el inversor no desconfía de ti.

La miraron, atentos a la explicación y ella continuó.

—Ahora que ha pedido tu ayuda, es el momento.

—¿Cómo?

—Hay que llevar al presidente hacia el colapso, al borde del precipicio y que se tire de él. Al mismo tiempo, afianzarás tu inocencia ante el inversor.

Casandra se irguió. Su aspecto, con el pijama holgado de su padre y el cabello limpio pero despeinado le conferían una apariencia cómica, aunque a su hijo le pareció hermosa, como siempre. Victoria continuó dando instrucciones.

—Le insinuarás que tú también desconfías de él. Al mismo tiempo, le hablarás de que mantienes algún contacto con el inversor. Esto le hará pensar que es Xavier quien sospecha. Usarás tus encantos para ofrecerle algo de apoyo pero sin darle nada. Se volverá más loco y acabará desgastándose.

—Pero él es inocente...

—Después aprovecharás la atracción que siente por ti, para mantener al inversor informado.

—¿Atracción? —preguntó Ethan.

Casandra gesticuló un ruego hacia su madre para que fuera menos explícita por la presencia del chico. Victoria los miró a los dos y continuó.

—Él te ha ofrecido recompensarte si le ayudas... pues eso haremos.

—Pero no le ayudaré nunca, porque no hizo nada. Y puede tener consecuencias para él, no sé hasta qué punto es peligroso Xavier. Pero lo parece.

—¿Te refieres a que lo pueda matar?

—No sé, mamá...

—Si pasa eso, es que el asunto se da por perdido. Mientras tengan esperanza por recuperar el dinero, el presidente seguirá con vida.

—¿Y si se suicida?

—Las consecuencias serían las mismas, con lo cual, también nos vale.

—Mamá, no doy crédito a lo que dices.

—Hija, nosotras tenemos otro tipo de armas que son igual de efectivas. No nos hacen falta rifles para matar a alguien.

—¿Matar? —preguntó Ethan.

Capítulo 19

1

Casandra llegó al trabajo con las ideas claras sobre el plan de su madre. Ya no le importaban las anodinas tareas a realizar, al fin y al cabo, nadie iba a pedirle explicaciones. Su futuro no dependía de demostrar una buena actitud en el trabajo. Millones de dólares la esperaban para tener una vida de ensueño. Solo había que ejecutar los planes acordados y eso era lo más importante ahora. Tenía un papel que cumplir, e iba a hacerlo.

A primera hora, sin esperar más, entró en el despacho de Kevin.

—Buenos días.

El presidente reflexionaba en el sillón girado hacia el ventanal. Tenía mejor aspecto, más descansado y pareció sorprendido por la visita.

—¿Qué quieres?

—Saber cómo estás y cómo habías pasado el fin de semana...

Kevin giró el sillón hacia ella y cruzó las manos sobre el escritorio.

—Pues no tan bien como algunas, que tienen la suerte de ir a fiestas privadas sin preocuparse de que le peguen un tiro en la nuca.

—No te entiendo...

—Que ya sé que estuviste con Xavier. Yo también tengo mis contactos allí dentro. ¿Lo pasaste bien? ¿Te amenazó con matarte como a mi o solo os liasteis?

—¿Por qué iba a amenazarme?

—¿Por ser culpable de robo?

—¡Yo no soy culpable de nada, Kevin! ¿Y tú?

El presidente la miró fijamente y ella aligeró la tensión.

—Perdona... estoy un poco harta de esas insinuaciones. Jamás haría una cosa así. Además, no sé ni lo que es una criptomoneda. Como comprenderás...

—Ya, pues te deseo suerte.

—¿Sabes algo de la policía? ¿Tienen algún sospechoso?

Kevin se levantó y miró hacia las calles. Había recuperado su pose esbelta, reforzado por la elegancia de un traje oscuro recién estrenado.

—No tienen ni idea. Esta tecnología se les escapa. Me han prometido especialistas en fraudes monetarios, pero hasta ahora no he hablado con nadie que tenga conocimientos mínimos sobre criptos.

—¿Cómo es posible que ocurriera algo así?

—Yo confiaba en Jason, creía ciegamente que no me la jugaría... Todavía lo creo.

—¿Piensas que no fue él?

—Me cuesta.... Era como un hermano. Creo que la operación quedó colgada unos minutos, lo suficiente para que algún hacker detectara la inactividad y aprovechara la ocasión.

Casandra se sentó dejando las piernas al descubierto al abrirse un plisado de la falda.

—No sé, Kevin. No entiendo de eso... Ojalá se arregle todo.
—Gracias. Para ser una fulana, tienes algo de educación.
—Kevin, no te pases...
Él se giró hacia ella.
—¡No te pases tú! ¿Con quién te crees que estás hablando?
—Kevin...
—¡Eres una fulana! Punto. ¡Te arrimaste a Jason porque no tenías donde caerte muerta! Hace dos días que falleció y ya estás con el siguiente millonario que aparece en tu vida.
Casandra se levantó y recolocó la falda, guardando la compostura.
—Solo quería brindarte mi ayuda, Kevin...
—¿Y qué esperabas? ¿Qué me abriera la bragueta? Ya sé qué tipo de persona eres. Una ignorante y una aprovechada sin escrúpulos...
Casandra no dijo nada más, pero él continuó mientras se daba la vuelta:
—No sé cómo se me pasó por la cabeza pensar que habías sido tú la ladrona...
Justo lo que quería escuchar.
Un escalofrío de alivio recorrió sus piernas y lo disfrazó de indignación.
Después se fue, simulando estar avergonzada y cerró la puerta con cuidado.

2

Silvia hacía girar el bolígrafo a toda velocidad. Sus ojos auscultaban a Ethan sin disimulo, resultando muy incómodo para él. De vez en cuando se miraban y ella apartaba su flequillo de los ojos y resoplaba.

La clase de Matemáticas a primera hora era lo peor.

Esto no pasaba inadvertido para los pandilleros, que imitaban sus chasquidos desde la parte trasera del aula, sin que ella se inmutara. En ocasiones, Ethan no distinguía si sonreía o se trataba de uno de sus tics.

—¿Qué te pasa? —dijo el chico al finalizar la clase.

Ella mostró alegría por la pregunta y se acercó a su pupitre.

—Estuve pensando, tenemos que hablar.

Una pelota de papel impactó en la cara de la chica que braceó como si estuviera espantando moscas. Ignoró la pelotita y la afrenta, e ignoró a los culpables.

—Analice las gráficas la noche pasada. La tendencia mensual es alcista, creo que bitcoin va a subir muy pronto.

—Baja la voz, nos están oyendo...

—¿Tú crees que estos ineptos sabrán de lo que hablamos?

En ese momento, el profesor de la siguiente asignatura entró en el aula y ordenó silencio para comenzar.

Silvia apenas prestó atención, su cabeza estaba en las gráficas y su rostro irradiaba una ilusión desmedida. A Ethan no le gustaba tanto entusiasmo y temía que la tranquilidad que le había inspirado el sábado se hubiera esfumado, por lo que se preparó mentalmente para ser fuerte y contenerla, como había indicado su abuela.

Así fue, y cuando sonó el timbre del recreo, en el trayecto hacia el jardín, Silvia lo bombardeó con el análisis técnico que había realizado por su cuenta. Vaticinaba el movimiento

de la revalorización de la criptomoneda con pleno convencimiento.

—No sabemos lo que va a pasar, Silvia. El mercado es impredecible y tenemos que adaptarnos a él para operar.

—No, espera. Te voy a enseñar mi análisis... Saca tu portátil y abre la gráfica.

—¿Para qué? No nos sirve de nada.

—Ábrelo, ya verás...

—¿Adónde quieres llegar?

Ella cambió su expresión y sus dientes se ocultaron debajo de los labios gruesos y húmedos. Irguió la cabeza y apartó, una vez más, el cabello de su cara.

Ethan esperaba una explicación.

—Hace un par de noches, cuando se suponía que todos dormíamos, oí a mis padres hablar en el dormitorio, y me puse a escuchar con atención.

La chica juntó las manos en su regazo y bajó la mirada.

—Hablaban de una deuda que mi padre tiene que afrontar en el plazo de un mes... Mucho dinero, Ethan... Aunque insignificante con lo que tenemos ahí.

«Tenemos...»

—No, ya te lo expliqué el sábado.

—Ethan, nunca he oído a mi padre llorar... hasta esa noche. Algo grave va a pasar si no paga la deuda.

Ethan miró hacia otro lado, simulando otear más allá del vallado del instituto.

—No es mucho, hablaba de unos treinta mil... Solo te pido eso, después todo se calmará y haremos las cosas a vuestra manera.

El chico buscaba en su cabeza argumentos para escabullirse del brete en el que Silvia lo metía. Se quedó callado, como tantas veces, un rasgo de su personalidad que a ella no le iba a extrañar.

—Cuando la crypto suba de valor y devolvamos a los inversores su dinero, de la parte sobrante asumiré una penalización por este adelanto... Vamos, Izan. ¡Va a subir, lo vi en las gráficas!

Era una petición a la que un buen amigo no podría negarse. Ella hablaba de unas migajas en comparación con el total del pastel, a cambio de una justa distribución. Era un problema familiar grave para no ayudarla. Pero se sintió incómodo en medio de esa situación que se salía del plan trazado.

—Has visto cómo vivimos... —insistió ella—. Mis padres tienen varios empleos para sacarnos adelante. Mi hermano no puede trabajar con el brazo roto y mi hermana pequeña es una insaciable. No puedo sacar mis estudios si no pagamos las deudas.

El chico intentó ponerse en el lugar de su abuela y adivinar lo que ella diría de esa situación.

«Te está poniendo contra las cuerdas, Ethan. No tiene nada que perder. No se está exponiendo. Es tu madre la que soporta todo el peso de este robo. El que tú has ejecutado y que tu familia intenta mantener a salvo.»

Silvia continuaba con sus lastimeros argumentos, hablando sin parar.

«Que no te embauque, Ethan. Ten cuidado con esa chica».

Entonces, dos de los matones llegaron por detrás.

—Vaya, si está aquí la parejita...

Ethan miró hacia el ventanal de la sala de profesores. Charlaban entre ellos, sosteniendo sus cafés.

—¡Iros de aquí! —gritó Silvia, muy segura de que estaba en territorio protegido.

—A mí no me das órdenes, dromedario. Igual tu novio te aguanta, pero no me vas a decir lo que tengo que hacer.

Se acercaron a ellos lentamente, con las manos en los bolsillos, y uno empezó a dar pataditas en la pierna de Ethan.

—Levántate, pringao. Para hablar conmigo debes estar a mi altura.

Ethan no se movió y las patadas comenzaron a doler. Nadie se fijaba en ellos.

El otro matón le pisó la mano sobre la hierba. Ethan contuvo el dolor y se mantuvo impasible.

—Un chico duro, eh. Pero, ¿sabes qué...? O te levantas ahora o te patearemos el culo cuando menos lo esperes. Tal vez mañana, o a lo largo de la semana, cuenta con ello —y le escupió—. Y tú ni te muevas camella, te daremos el doble.

Un profesor se acercó a la ventana y uno de los malotes dio la orden de desaparecer. Silvia respiró aliviada.

Pero Ethan se levantó.

—¡Eh!

El líder se dio la vuelta y... antes de que se diera cuenta Ethan le estampó un puñetazo en la mandíbula. Con todas sus fuerzas. El colega, asombrado, no supo reaccionar. Un segundo golpe en la barbilla, y un tercero en la garganta derribó al matón.

Silvia reculó hacia la pared, asustada.

Cuando ya estaba en el suelo le descargó dos patadas en las costillas. El agredido se encogió y se protegió la cabeza. El otro se acercó inseguro. Ethan arremetió contra él y lo derribó, se le echó encima, montó a horcajadas sobre él, y le propinó una serie de puñetazos sin parar en todas partes.

—¿Qué hacéis? —gritó uno de los profesores con la ventana abierta.

En menos de un minuto, un grupo de diez docentes atendían la escena, separándolos. A uno de los chicos del suelo le costaba respirar dejando su sangre entre la hierba.

—¡Ethan, estás loco! ¿Qué te pasa? —Silvia estaba al borde del llanto—. ¡Te van a expulsar!

Pero él se sentía mejor que nunca. Miraba a Silvia y a los pandilleros humillados. Los profesores preguntaban qué había pasado. Los malotes se fueron renqueantes, sin dar explicaciones. Había aclarado la situación haciéndose respetar de una vez por todas.

Su abuela estaría orgullosa de él.

Cassandra pasó el resto del día tranquila y deseando contarle a su madre la conversación que había tenido con Kevin. Él había salido del despacho en varias ocasiones durante el resto de la mañana, mirándola con soberbia, a lo que ella correspondía fingiendo un gesto avergonzado.

A la hora de la salida, el inversor entró en las oficinas acompañado de uno de sus guardaespaldas y de un señor de muy baja estatura y mirada huidiza que parecía esconderse bajo su negro sombrero de ala ancha.

En recepción, comenzaban a apagar los ordenadores y le indicaron que estaban cerrando, que el presidente no les recibiría. Sin insistir ni hacer caso se encaminaron hacia el despacho. Saludaban sonrientes a ambos lados con paso decidido mientras que el hombre pequeño apuraba el suyo para seguirlos.

Llegaron a la zona de los despachos y se encontraron con Casandra, cogiendo su bolso. Xavier le guiñó un ojo y entró sin llamar al despacho del presidente...

Los empleados se apresuraron en salir cuanto antes. Casandra, sin embargo, se quedó haciendo tiempo. Después, a solas, se detuvo delante del despacho cerrado, por si podía oír algo o, al menos, el tono en el que se desarrollaría la conversación.

—No tienes remedio.

Levantó la vista, allí estaba Gloria con su chaqueta puesta y el bolso al hombro.

—Acabarás mal con esos hombres. Lo siento por ti, hija.

Después ella también se fue sin mirar atrás.

Casandra aguardó unos instantes más y decidió irse, solo lograba escuchar murmullos.

En el interior del despacho del presidente transcurría la siguiente conversación:

—Kevin, te presento al doctor Eduardo Navarro.

—Encantado, Eduardo —le extendió la mano fingiendo una actitud cordial ante la seriedad del pequeño hombre.

El inversor y sus acompañantes se sentaron. Kevin, de pie, miró de reojo el reloj y después hizo lo mismo.

—Verás, Kevin... —comenzó el inversor—, estoy participando en un negocio muy importante con el doctorcito. Hay mucho dinero en juego, pero su entrada en él creo que nos dará una rentabilidad estable.

—¿Y eso? ¿Puedo saber de qué se trata?

—Todavía es demasiado pronto para desvelarlo, pero creo que vas a participar —le dijo, guiñándole un ojo—. Es una eminencia de la cirugía. Tiene un máster en la Facultad de Innovación Médica Transfronteriza.

—Vaya, un amigo de mi padre dio unos cursos ahí. Hablaba maravillas de esa Universidad —dijo Kevin, sonriendo relajado— Entonces, supongo que se trata de un negocio relacionado con la medicina... En ese sector hay buenas rentabilidades... Estaré encantado de ayudarle en lo que pueda, doctor.

El presidente se recostó en su asiento dispuesto a escuchar alguna propuesta o coger el hilo de un posible negocio en el que participar y apaciguar así los ánimos.

—Antes quiero saber qué novedades hay de lo mío. Cuéntame...

Kevin Foster se inclinó hacia delante y cruzó los dedos de las manos, mirándolos a todos con una sonrisa.

—Hoy he hablado directamente con la Interpol.

—Muy bien, Kevin... Cuéntame, ¿qué te dijeron?

—Las criptomonedas robadas no se han movido.

El inversor asintió mirando la calle. El presidente continuó:

—Hoy la exchange ha contestado al requerimiento que hizo la policía para que facilitaran información del propietario...

—¿Y...?

—Por el momento solo han facilitado el código de la billetera donde está el dinero, pero no el nombre del titular porque son datos anónimos.

Xavier lo miró a los ojos, Kevin tragó saliva y siguió hablando.

—Verás, la exchange donde están alojadas las cripto no solicita los datos personales de los usuarios porque está en una jurisdicción que no lo requiere, pero me han dicho que hoy han dado un paso más hacia el delincuente.

—Ya... ¿Y qué más?

Kevin dudó unos segundos. Después, añadió:

—Pues que tienen claro que no se ha tratado de un hackeo, sino que alguien hizo esa transacción de manera manual.

—¿El propio Jason tal vez? ¿Por eso perdió la vida? ¿No pudo soportar la presión por el robo?

—No sé, Xavier... Todo parece indicar que fue una sobredosis de algún analgésico pero bien podría ser lo que dices... Sí, podría haber sido él.

—¿Pondrías la mano en el fuego por él, Kevin?

El presidente se removió en su asiento. Puede que estuvieran llegando al final de la historia y culpabilizar a un muerto lo sacaría de aquellas acusaciones.

—Era mi amigo de la infancia pero... No, no la pondría...

El inversor se levantó y cogió el maletín que el doctor tenía en su regazo. Después lo puso encima de la mesa.

—¿Sabes cómo acabará esa investigación, Kevin?

El presidente negó, mirándolos a todos.

—Pues que es imposible saber quién lo robó. Es la característica principal de bitcoin. Si entra en una billetera, no se sabe quién las posee. Lo sé yo desde el primer momento, y tú, y la Interpol y cualquier pinche cabrón que lea un mínimo sobre este asunto.

—Bueno, no sabemos hasta dónde puede llegar la Interpol, Xavier...

—¿Sabes qué va a ir haciendo el ladrón poco a poco? Gastarlo a través de tarjetas de crédito anónimas. Poco a poco, durante toda su vida. Y le sobrará mucho, las siguientes generaciones del ladrón también disfrutarán de mi dinero.

—Es mucho suponer Xavier. Si fue Jason... es posible que acaben atando cabos y descubriendo cómo acceder a la billetera.

El inversor paseó por el lateral de la mesa y se acercó a la ventana, detrás del presidente.

—Bueno, Kevin... Vamos a hacer una cosa... A ver qué te parece.

—Sí, dime... —girándose hacia él.

—Como me dijiste que el negocio era seguro para nuestro dinero pero, claro... no contaste con la infidelidad de tu amigo... te voy a dar unos días más.

Kevin pensó que aquello estaba lejos de llegar a su fin.

—No sé cuántos días más... lo vamos viendo.

—Xavier... yo... hablaré con ellos las veces que sean necesarias...

—Claro... Por eso te digo que lo vamos viendo... —dijo poniéndole la mano sobre el hombro—. Manuel, comprueba la planta. Ahora, el doctor te va a enseñar su negocio, en el que tú vas a serle de gran ayuda.

El guardaespaldas de Xavier, salió un momento y volvió al cabo de unos segundos dando su aprobación. Eduardo Navarro abrió el maletín y extrajo una bandeja con instrumentos quirúrgicos. Xavier se explayó en lo bueno que era como cirujano, y que el negocio del doctor consistía en cobrar por operación. Por eso mismo, estaba muy interesado en realizar el mayor número posible de ellas.

—Hoy empezaremos por el anular, Kevin.

Lo sujetaron y los gritos iniciales, que nadie escuchó, se fueron ahogando.

Después, rendido, se dejó inyectar la anestesia. Cuando oyó el chasquido de las tenazas sintió el crujido que partió el hueso de uno de sus dedos, su mente se alejó por el shock y nunca se acordaría del momento en el que cosieron el muñón.

—No te preocupes, no es nada... Vendré aquí todos los días con el doctor, para hacerte la

cura. Es un servicio profesional.

Kevin sollozaba sujetándose la muñeca, mirando su mano vendada.

—Ah, y no se te ocurra ir a un hospital o contárselo a la policía. En ese caso, te mataremos.
El siguiente, igual es el meñique, o tal vez el de tu novia...

Y encaminándose hacia la puerta y sin mirar atrás, añadió:

—Ya sabes... Casandra.

Capítulo 20

1

Al día siguiente, Casandra vio salir a media mañana a Kevin de su despacho. Su aspecto era deplorable. Llevaba la misma ropa del día anterior, ahora arrugada y con manchas oscuras en el pantalón. Estaba desorientado, mirando a todos como si fueran extraños. Entró en el aseo y tardó más de media hora en salir. A la vuelta, ella se fijó en la mano vendada de la que sólo asomaban las yemas de los dedos ensangrentadas.

Desde las mesas más cercanas, también se percataron del aparatoso vendaje. No hubo ni un murmullo.

Casandra aguardó unos minutos, asustada y sin saber qué hacer. Decidió entrar en aquel despacho. Se lo debía al presidente, por lo que sabían el uno del otro; se lo debía al inversor, del que no había tenido noticias desde el encargo de conseguirle información; y se lo debía a su madre, cuyo plan no había cambiado.

Llamó a la puerta pero no oyó nada. Cuando entró, Kevin estaba sentado en el sofá del despacho. Miró a Casandra, derrotado.

—Dios santo, Kevin. ¿Estás bien?

El presidente cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué te ha pasado?

Cuando los abrió parecían los de un loco desquiciado.

—¡Lo mismo que te ocurrirá a ti, “amiga”!

—¿A mí?

—Sí, y me da igual lo que te hagan, no es mi problema —sonrió.

Casandra no podía apartar la mirada de la venda. Tardó en entender que le faltaba un dedo a pesar de tenerlo delante de sus narices. Kevin le hablaba, aunque no lo escuchaba. Gesticulaba para que se fuera de allí.

Salió del despacho, aterrada. Buscó el móvil en su bolso y se encerró en el baño.

—¿Qué pasa, hija?

—¡Mamá! Ha ocurrido algo horrible... Le han cortado un dedo de la mano al presidente.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Después, su madre habló:

—No sé de quién me hablas, hija. ¿El chico ese nuevo con el que has empezado a salir?

—¡Mamá! ¡Kevin! ¡El presidente!

—No estoy sorda, hija. ¿Ese es el que te gustaba? —dijo, levantándole la voz.

Casandra por fin entendió el tono de su madre y esto le sirvió para salir de su estado de shock. Más calmada, respondió:

—Sí, mamá, ese. Me acaba de decir que ayer se pilló la mano en una puerta y tuvieron que amputarle el dedo.

—Es horrible, hija. ¿Y está bien?

—Parece que sí, ha venido a trabajar.

—Hoy hacen maravillas con las operaciones... Me tranquiliza ahora que soy mayor... ¿Me llamabas para eso?

—Sí, mamá... es que me impresioné un poco al verlo.

—Bueno, hija. Sigue trabajando. Nos vemos luego.

Colgaron y a Casandra se le vino el mundo encima. Lejos de calmarse con su madre, esta la había puesto en alerta ante posibles escuchas telefónicas. Se llevó la mano a la boca y ahogó un lamento. El pánico se apoderó de ella.

Decidió irse y buscar a su hijo.

Quería terminar con todo en ese mismo momento.

No tenía que seguir pasando por eso. En realidad, ella no había robado nada. Y su hijo... Lo había hecho desde la inocencia.

Haría la transferencia y devolverían el dinero.

No tenían por qué jugarse la vida por un asunto o un mundo al que no pertenecían.

Había elegido a un mal hombre. Otra vez.

No solo eso, el infortunio de estar presentes en el momento justo, los había llevado a aquella situación.

«Mala suerte, amiga. Siempre te dices lo mismo, ¿no serás tú la inútil? ¿O será que los hombres buenos no existen?».

Pero esta vez, no solo la culpa había sido suya.

«Yo no fui la que ejecutó la transacción. Ni siquiera sé que es una criptomoneda. Yo no fui quién trató de posponer la devolución del dinero».

Salió del baño, recogió sus pertenencias y luego condujo por el aparcamiento arañando la defensa del coche contra un bolardo, camino del instituto. Ethan haría la devolución cuanto antes.

Su cabeza reproducía imágenes del vendaje, la cara de desprecio del presidente y la perversa sonrisa del mexicano. Atravesó dos calles con el semáforo en ámbar y, en uno de ellos, asustó a una chica que ya había puesto el pie en el cruce.

El parking del instituto era de uso exclusivo para el personal docente, por lo que aparcó el coche sobre la acera, en la zona reservada para autobuses. Corrió hacia la puerta de entrada al recinto y un hombre de rasgos latinos le salió al paso.

—No puede aparcar ahí. Es sólo para autobuses.

Ella siguió, pero el hombre la sujetó por el brazo.

—Es un momento, voy a recoger a mi hijo.

—Ya, pero no puede dejarlo ahí... —dijo, y la soltó interponiéndose en su camino.

—Es una emergencia, no tardaré.

—A ver, Casandra... Vuelva al trabajo, ¿vale?... Es una recomendación que le hago.

—¿Quién es usted?

—Le repito que vuelva al trabajo o le haremos llegar el dedo de su hijo por paquetería. ¿Me entiende?

Casandra retrocedió y estuvo a punto de caerse cuando pisó mal y el tacón se encajó en una rejilla de la acera. Fue cuando miró a su alrededor e identificó a varios hombres de similar apariencia.

Se metió en el coche y giró en la misma calle para regresar a su oficina.

Con los ojos húmedos, entendió que no había marcha atrás.

Casandra estaba en el sofá de la casa de su madre, mordiéndose las uñas impaciente por contarle lo ocurrido. El protocolo que había establecido Victoria de no hablar nada trascendental hasta salir al jardín, con los teléfonos alejados, le resultaba más insufrible que las horas que había pasado en la oficina.

Una vez fuera, su madre se mantenía imperturbable. Como si la historia del dedo careciera de importancia.

—Sentaos cerca —dijo en voz baja—. A partir de ahora, lo haremos así. Revisar las sillas, no sabemos si han puesto micrófonos por aquí.

Cada uno inspeccionó la suya, girándola por si veían algún microdispositivo instalado. Casandra aún estaba más nerviosa. Después se sentaron alrededor de la abuela, esperando su orden para empezar a hablar.

—Todo irá bien —dijo mirando a su hija.

Casandra comenzó a llorar, desbordada, ante el asombro de su hijo.

—¿Qué pasa, mamá?

—Pasa que tienen matones en todas las esquinas, Ethan... Ayer le cortaron un dedo al presidente de mi compañía. Hoy he ido a buscarte y tienen matones merodeando el instituto. ¡Tenemos que acabar con esto y devolverles el dinero!

Su madre se inclinó hacia delante.

—Tranquilízate... No va a pasar nada, pero debes tener mucho cuidado de no meter la pata. La llamada de esta mañana fue una imprudencia, e ir a buscar a Ethan, también.

—¿Imprudencia? ¿Es que no es normal que una madre se asuste y quiera salir de allí para poner a su familia a salvo?

—Resulta sospechoso...

—¡Kevin dijo que vendrían a por mí!

—¡Tonterías! Te lo dijo porque no se fía de ti. Lo sabemos desde el primer momento, pero el inversor, hasta ahora, ha ido a por él como único responsable de ese robo.

Casandra secó sus mejillas con un gesto rápido y trató de buscar la sensatez en las palabras de su madre. Pero Ethan se encogía abrazándose las piernas sobre la silla.

—¡Devolvamos el dinero! —insistió.

—Ya es tarde, hija. ¿Crees que si lo devolvemos ahora no nos lo van a hacer pagar?

—No sabrán que fuimos nosotros...

—¿No? Qué curioso, justo ahora que le han cortado un dedo al presidente.

—Creerán que fue él...

—A estas horas ya sospecharán que no fue él, Casandra. Solo se lo están cobrando por irresponsable, por haber delegado esa operación en una sola persona sin más seguridad. Las cosas no se hacen así.

—No te entiendo.

—Si devolvemos el dinero ahora, sospecharán de nosotros, por culpa de la llamada que me hiciste esta mañana y tu salida al instituto... Dejemos que sigan exigiendo las responsabilidades al presidente.

—No puedo creer lo que estoy oyendo...

—No matarán a Kevin, Casandra. Si lo hicieran, ¿qué posibilidades tendrían de recuperar el dinero?

Se quedaron en silencio y Casandra fue calmándose.

—¿Qué quieres que haga, mamá?

—Debes dar un paso más. Tienes que ganarte al inversor.

—¿Quieres que me haga la enamorada? Ni hablar...

—Así debe ser, Casandra. No hay vuelta atrás.

—Mamá, el presidente ya me tiene por una fulana, ¿quieres que me gane el apelativo con el resto de la oficina?

—Depende de cómo hagas las cosas. Debes ser muy discreta, una cualidad que valoran los hombres de alto valor. Mujeres fieles en las que pueden confiar. Es un momento delicado.

—¿Y si no lo consigo?

—Ya demostró su interés en ti. Es un hombre y tienes algo a lo que no se pueden resistir...

Ethan había pasado de saborear la opción de devolver el dinero y seguir con su vida, a tener que continuar con un alocado plan, sin argumentos para abandonarlo.

—¿Y si lo consigo? ¿Y si se encapricha de mí y quiere que sea suya?

—Eso no será problema... Serás torpe en el momento oportuno y será él mismo el que te abandonará.

Casandra se echó hacia atrás en la silla hamaca, y miró el cielo limpio. La claridad le molestó en los ojos, todavía irritados.

—Casandra, ya no se trata del dinero. Es el futuro de esta familia. Seguir con vida depende de no entregarse ahora...

Ethan observaba a su abuela. Grabó cada gesto y cada expresión en su memoria y analizó su capacidad de persuasión. Ella lo miró y extendió su mano hacia la cara del chico.

—Tú abuelo estaría de acuerdo con esto, Ethan.

Capítulo 21

1

Los chicos no utilizaban los autobuses escolares para ir y volver del instituto. Sus casas estaban a unos quince minutos andando y solían encontrarse en el cruce de las palmeras. En ese último trayecto, atravesaban una calle poco habitada, donde había solares sin urbanizar y algunas casas a punto de terminarse desde hacía años.

Cuatro jóvenes con pasamontañas salieron de una obra inacabada. Silvia sujetó el brazo de Ethan intentando pararlo. Sin mediar palabra, los rodearon y la primera patada fue en el trasero de Silvia, que salió despedida, cayendo entre los matorrales de un solar. Después patearon a Ethan, que apenas tuvo tiempo de protegerse .

Rápidos, precisos y sin ser vistos. En menos de medio minuto recibió tal cantidad de patadas que estaba al borde la inconsciencia. La chica salió de entre los matorrales cuando ya escapaban. Las contusiones del muchacho ya eran visibles. Tenía un bulto en la frente y sangraba por la nariz y la boca.

Silvia llamó a emergencias y una mujer bajó de un coche para interesarse por ellos.

La ambulancia llegó cinco minutos después. Ethan estaba rodeado por seis curiosos que, con las manos en los bolsillos, esperaron hasta que se lo llevaron con Silvia al hospital más cercano.

Una hora después, su madre y su abuela lo acompañaban en el hospital. Tenía un fuerte dolor de cabeza y esperaban los resultados de unas placas que le habían realizado.

Victoria miraba a su nieto con preocupación. El chico tenía un ojo cerrado por la hinchazón del hematoma y respiraba tranquilo a pesar de las fisuras en sus costillas.

Silvia, los observaba atenta sentada en una esquina.

—Han sido los matones del inversor, mamá... —susurró Casandra a su madre.

—No —dijo Silvia, levantándose.

Las tres se alejaron unos metros de la camilla.

—Hace un par de días, Ethan pegó a uno de los pandilleros que siempre nos incordian.

—¡Silvia!... —intentó gritar el chico.

—¡Ethan! —le recriminó su madre.

Los tres se acercaron a él. La chica habló:

—Fue por eso, Ethan. Ha sido su venganza. El otro día tuviste suerte de que no te expulsaran, y ahora ellos se tomaron la justicia por su mano.

—Lo habrían hecho igualmente —indicó la abuela.

Casandra cogió la mano de su hijo y miró a su madre que parecía más aliviada.

—¿Habéis visto quiénes eran?

La chica negó.

—Por favor, no denuncien. No quiero que mis padres se enteren, ya bastantes problemas tienen con nuestra situación económica como para asustarlos más.

—Deberías decírselo.

Silvia se echó para atrás, negándose y emitiendo sin parar aquellos chasquidos.

—Tranquila, hija. Hablaremos nosotros con ellos si eso es lo que te preocupa.

—No... no...

—Déjala estar —zanjó la abuela—. Tranquila, niña. No vamos a denunciar nada. Tú haz lo que veas.

Los minutos de espera a los resultados fueron largos, sin conversación y con miradas desconfiadas hacia la niña.

El teléfono de Casandra sonó en su bolso. El inversor llamaba insistente.

—Hola, Xavier —saludó mirando a su madre, que le hizo un gesto para que se fuera de allí.

—Hola, Casandra. Esta noche ven a mi casa. Cenaremos juntos.

—No puedo... Tengo a mi hijo en el hospital...

—¿Qué le ha pasado? ¿Está bien?

—Sí... Bueno... Se ha caído en el colegio y se hizo bastante daño, pero estamos esperando a que nos den el alta.

—Perfecto. Pues te espero a las diez.

—No... Xavier. En serio...

Pero ya había colgado.

Dudó si llamarlo para posponer la cita, pero después pensó en consultarlo con su madre.

Hacia el final de la mañana, un médico pasó a verlos.

—No apreciamos nada grave en las pruebas que hemos realizado. De todas formas, se quedará aquí esta noche. Necesitamos comprobar que ese hematoma se reduce en las próximas horas, está demasiado cerca de la arteria temporal y es conveniente vigilarlo.

—Es lo mejor, gracias doctor —se adelantó Victoria.

—Pero... ¿es grave? —se apresuró Casandra, antes de que se fuera.

—No, no se preocupe. Es solo por precaución. Mañana le daremos el alta casi con total seguridad.

—Gracias, doctor —repitió la abuela.

El médico se fue y rodearon al chico.

—Aquí estarás mejor que en casa, Ethan. Estarás bien cuidado y mañana regresarás a la normalidad.

El chico se tocó la cara hinchada. Le parecía que palpitaba y que el corazón fuera a salir por ahí. Al roce de sus dedos, notó su sensibilidad y así, se mostró conforme en quedarse.

Victoria susurró a Casandra que llevara a Silvia a su casa y que fuera a la peluquería para la cita de esa noche.

2

Casandra no recibió palabras de ánimo por parte de su madre en toda la tarde. La llamaba, preguntaba por Ethan esperando alguna instrucción, alguna sonrisa, algo que la alentara a sentirse segura de lo que iba a hacer. Pero su madre se mantenía impassible, sabedora de que sus conversaciones podían estar siendo escuchadas.

Llegó puntual a la cita y, antes de bajar del coche, el portal de acceso al garaje se abrió, como una insinuación a que estacionara dentro.

Casandra prefirió jugar la carta de la idiotez, despistándose con los automatismos. No quería

que su coche desapareciera de la faz de la tierra. Si algo oscuro pasaba esa noche, alguien podría ver el vehículo en la calle.

Merodeó el muro de entrada y vio a Xavier asomándose a la terraza del piso superior. Ella gesticuló graciosa para que le abriera. Él desapareció y luego se abrió el portalón de la entrada.

Subió la rampa con miedo a resbalarse sobre los tacones rojos a juego con su vestido.

—Hace una noche fabulosa —sonrió cuando vio al inversor salir a la zona de la piscina.

—Por eso te he invitado. ¿Qué tal tu hijo?

—Está con mi madre en el hospital. Al final no le dieron el alta, pero está bien y mañana regresará a casa.

En el interior, no quedaba rastro del ajetreo ni del personal de la fiesta del fin de semana anterior. Estaban solos en aquella solitaria estancia que le recordaba al chalet de Jason por sus altos techos que esparcían la luz desde las claraboyas del segundo piso.

—¿Y tú, estás bien? —dijo, invitándola a entrar en el ascensor.

—Sí, más tranquila... Esta mañana, cuando me llamaste, estaba preocupada.

En la terraza de arriba se mantenía la iluminación que recordaba de la fiesta. Luces indirectas cálidas le daban cierto romanticismo a la escena. La misma música de jazz relajante y en el centro, la mesa lista para cenar.

Xavier se acercó a una pequeña barra lateral y le ofreció un combinado que preparó para los dos, mientras ella observaba las luces de la ciudad.

—El cocktail que tanto te gustó el sábado...

—Casi me emborracha —dijo sonriendo, y levantó su copa para brindar.

Casandra esperaba el momento en el que Xavier le preguntaría qué había indagado del presidente, si tenía alguna pista que lo acercara al ladrón. Pero los minutos pasaban y nada de esto ocurría.

Primero picaron unos aperitivos que él iba sacando de unas bandejas en la barra de cocktails. Eran unos bocados pequeños muy variados, de sabores intensos, en los que Casandra solo pudo identificar salmón ahumado, pepino y aguacate. Todo lo demás se limitó a saborearlo sin preguntar.

La conversación era agradable. Xavier preguntaba por su infancia y ella se había puesto a hablar de anécdotas del colegio o experiencias que había vivido con su padre. Desde la percepción de Casandra, él sonreía con sinceridad y, cuando terminaron sus copas, la acompañó a la mesa para servirle un vino. Después, acercó una fuente de carne lista para cocinar y encendió una pequeña parrilla que acercó a la mesa para que pudieran asarla al gusto.

A pesar de la amabilidad de Xavier, Casandra temía que en cualquier momento se produjera alguna pregunta incómoda que la pondría en apuros.

Recordó la mano vendada de Kevin, la cara deformada de su hijo y la frialdad de su madre, dejándola a solas con una persona que no había tenido escrúpulos con el presidente.

Después, se acordó de la suma de dinero que su hijo escondía en alguna billetera virtual y que les solucionaría la vida para siempre.

Pero cenaron y no hubo preguntas incómodas. Ni un gesto sarcástico. Ni siquiera una insinuación de cortejo.

Al finalizar, Casandra pensó que poco le restaba por hacer aquella noche. Se habían abandonado en una intrascendente conversación sobre la música que escuchaban y supuso que pronto se despedirían.

Creyó que se trataba de una noche con buena compañía en la que él, como cualquier ser humano, le apetecía cenar con una persona a la que había conocido y que consideraba buena

chica.

—Vayamos a la cama —propuso de pronto.

—¿Cómo?

—A la cama balinesa —dijo, sonriendo y señalando hacia un extremo menos iluminado de la terraza.

Él bajó la intensidad de las luces al mínimo y allí estuvieron, observando las estrellas, buscando constelaciones que él decía conocer hasta que Casandra se relajó.

Ella recordaba una escena similar con el padre de Ethan. La había llevado engañada a un descampado y consintió el plan porque aquel chico la atraía sin remedio.

Esta vez, fue diferente. Su chico era un caballero en el trato de esa noche, no había engaños y sus caricias eran suaves y delicadas. Después hicieron el amor y ella entendió que podía disfrutarlo sin caer en la brusquedad ni en el sexo violento, sin insultos ni humillaciones. Y eso supuso un gran alivio.

Abrazada a su tórax desnudo, confiada en el vínculo sincero que acababa de crear, decidió indagar en los planes de Xavier.

—He visto la mano vendada de Kevin. Me dijo que está amenazado...

Xavier sonrió y ella lo percibió en su respiración.

—Es una amenaza real. Y solo es el principio... No voy a parar hasta recuperar mi dinero... El que lo haya robado, pagará las consecuencias.

A Casandra se le cortó la respiración.

—Sea quien sea —sentenció el inversor.

Quedaron en silencio unos instantes, y después ella se incorporó para vestirse. Pero se dio cuenta de que necesitaba una esperanza para irse tranquila.

—¿Sospechas de alguien más?

Él la miró. Se levantó y accionó el mando para elevar la intensidad de las luces. No respondió.

Capítulo 22

1

A la mañana siguiente, Casandra tenía la extraña sensación de estar algo sedada. Su madre había pasado la noche acompañando a Ethan en el hospital y, siguiendo su puntilloso protocolo, no se habían comunicado entre ellas.

En su interior, las sensaciones vividas con el inversor la alertaban hacia un estado de euforia y desconfianza a partes iguales. No le gustaba, pues lo identificaba con una época pasada que terminó de manera dolorosa para ella, marcándola de por vida.

Al poco tiempo de ocupar su sitio en la oficina, apareció Xavier junto a sus secuaces, acompañado por el extraño hombre del sombrero.

Al pasar delante de ella, le dirigió una mirada fría que le produjo un escalofrío.

—Buenos días, Kevin. No tienes buena cara.

El presidente, ojeroso, sudoroso y pálido, y con la camisa pegada al cuerpo, balbuceó.

—No estoy bien... Creo que tengo fiebre...

—Bueno... para eso tenemos un doctor de prestigio. No te preocupes.

Eduardo abrió el maletín y sacó vendas, gasas, pomadas y otros medicamentos. Kevin extendió su mano, ansioso, para que procedieran con la cura.

—Se ha infectado —dijo sacando unas pastillas de un frasco de cristal—. Tómese una cada seis horas y la infección desaparecerá.

Kevin, resignado, observó que la sutura donde le habían cortado el dedo supuraba un líquido amarronado. El médico comenzó a trabajar y él se mareó.

—Verás, Kevin —dijo el inversor—. Estuve pensando que hoy hace un día espléndido. Con una pequeña parte del dinero que me has perdido, podríamos alquilar un yate y pasar el día en el mar, pescando. ¿Crees que capturaríamos alguna criptomoneda?

Sus guardaespaldas se rieron, pero Kevin solo veía bultos.

—Imagina que estamos pescando —continuó—, y algo pica en tu anzuelo. Levantas la caña y sale una billetera con todo el dinero robado, ¿lo estás viendo, Kevin? Sería perfecto.

El doctor apretó su mano hinchada y Kevin chilló con un latigazo que le llegó hasta el hombro. Xavier acercó su cara.

—¿Quieres que nos vayamos a pescar, Kevin? ¿Te apetece?

El presidente negó, a punto de desmayarse.

—¿No quieres? Vaya, hombre. Solo quería pasar un rato agradable contigo... me pareces una persona tan interesante... Pues nada, lo que quiero es que estés bien, así que, si no te apetece, no iremos.

A los pocos minutos, el doctor Navarro vendaba de nuevo la mano de Kevin. Mientras Xavier paseaba observando los detalles del despacho.

—Tienes gustos muy buenos con el whisky güey, ¿cuáles te gustan más? ¿Irlandeses o escoceses? Yo los prefiero escoceses, su aroma es más de hombre, ¿no crees?

Tras la puerta cerrada, en la oficina reinaba un silencio generalizado. Nadie murmuraba pero se miraban esperando a que ocurriera algo. Casandra no quitaba la vista de la puerta del despacho, intentando identificar cualquier sonido que pudiera llegarle desde allí, pero el continuo timbre de los teléfonos lo imposibilitaba.

De pronto, la puerta se abrió con un golpe y escucharon algunas risas que provenían del despacho. Primero salieron los guardaespaldas, después el médico con el sombrero puesto y, finalmente Xavier que chasqueó sus dedos e hizo un gesto a Casandra para que lo siguiera.

Ella no supo qué hacer. No reconocía al hombre con el que había admirado las estrellas la pasada noche e identificó en su interior el cambio de humor de sus parejas en el pasado. Regresó la misma sensación, olvidada en su subconsciente, de chica sometida.

Xavier la miró malhumorado, esperando de ella que se levantara cuanto antes. Casandra se puso la americana y cogió el bolso. Cuando empezó a caminar, el inversor ya llegaba a la salida de las oficinas. Apuró la zancada, ante la mirada de asombro de sus compañeros y cuando pasó al lado de Gloria, ésta la repudió moviendo la cabeza.

Subió al ascensor cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Además de Xavier y sus secuaces, también bajaba algún ejecutivo de alguna planta superior. En un primer momento, Casandra quiso esperar a estar a solas, pero no pudo contenerse.

—¿Dónde ha quedado tu cortesía? ¿Me chasqueas los dedos como si fuera tu perrita?

Xavier cogió su teléfono, lo desbloqueó y navegó desplazando la pantalla con su pulgar.

—No entiendo nada, Xavier. Ahora me ignoras, no sé hasta dónde pretendes llegar conmigo, desde luego no creas que voy a estar detrás de ti como una cualquiera.

Las puertas se abrieron. Los ejecutivos se abrieron paso antes que nadie.

—¿Es que no vas a decirme nada? ¿A dónde vamos?

Tan pronto pusieron los pies fuera del edificio, el mexicano la agarró por el codo, apartándola hacia el parque. Ella se detuvo y se soltó, agarrando el bolso con fuerza.

—No me has dado ninguna información relevante —dijo él—. ¿No crees que deberías empezar a espabilar?

—¿Y qué quieres que haga? No tengo manera, aunque si me entero de algo...

—Si te enteras no. Busca, o atente a las consecuencias.

Ella cerró la boca. La amenaza le resultó familiar.

«Mira, haz lo que creas... aborta... no sé, lo que te dé la gana. Todo esto es culpa tuya, atente a las consecuencias...», le dijo el padre de Ethan en una ocasión. Las consecuencias habían sido que había desaparecido como un cobarde, sin responsabilizarse de su hijo, ni de ella, sin compasión por ninguno de los dos.

Esas habían sido las consecuencias que había sufrido por someterse a aquel canalla.

Se acercó a Xavier.

—Ayer te entregué mi cuerpo, así que, respétame...

Xavier se acercó un paso más y le susurró al oído.

—O espabilas, o consecuencias.

Después se fue. Otros guardaespaldas salieron al paso, abriendo las puertas del todoterreno de cristales tintados.

Las puertas del ascensor se abrieron en su planta y Casandra entró a la oficina caminando erguida entre el miedo y la valentía, entre las fulminantes miradas que sus compañeros no disimulaban.

Se dirigió al despacho del presidente y entró sin llamar. Esperaba encontrarse al tipo de los días anteriores, deteriorado y déspota, pero lo que encontró estaba mucho de aquel otro hombre.

Kevin, hundido en el sillón, tenía la cabeza entre sus manos. La nueva venda destacaba su blancura en contraste con el traje oscuro. Levantó el rostro, pero sus ojos llorosos no distinguían quién había entrado por la puerta. Casandra cerró de inmediato.

En el ambiente persistía un olor a desinfectante, alcohol y... algo más.

Vio un vaso de whisky y un frasco con unas pastillas desperdigadas sobre la mesa.

—Kevin... ¿Estás bien?

—¿Casandra? —dijo al aire, como si no pudiera verla.

Ella se acercó y el olor se intensificó. Apenas podía reconocerlo.

—¿Qué ha pasado?

El presidente enjugó sus lágrimas con la manga de la americana y cuando la vio con claridad, estalló en un llanto desconsolado. No quedaba nada de su chulería ni de sus reproches de días anteriores. Casandra se acercó, sin saber qué hacer.

—Tranquilízate, hombre, por dios.

Él asintió, mirándola como un niño obediente. Ella se acercó un poco más, con la intención de ponerle una mano sobre el hombro, pero vio que la alfombra estaba mojada. Había un goteo sobre ella que descendía desde la silla.

Y entonces, identificó el olor.

Se alejó y Kevin, a modo de disculpa, intentó explicarse.

—Me han colocado un chip en el móvil... No puedo separarme de él. Así es cómo me controlarán para que no huya. Vigilancia a todas horas. No puedo acercarme a una comisaría, ni a un hospital... y en pocos días, me cortarán otro dedo...

Ella se alejó de él, aterrada.

—Ten cuidado tú también, Casandra.

3

El médico pasó a primera hora a ver a Ethan. Los parámetros eran normales y la evolución del chico era la esperada. A mediodía le darían el alta. Su abuela había estado toda la noche con él y apenas había dormido, pero ahora tendría tiempo para ir a casa, darse una ducha y regresar.

En ese trayecto, Victoria no detectó ningún movimiento extraño de coches siguiéndola, ni tampoco algún vehículo sospechoso estacionado en alguna calle poco transitada.

Una vez en casa, encendió la cafetera, se despojó de la ropa y se fue a la ducha. El móvil, que había llevado con ella hasta el baño, sonó en ese instante. Era Casandra, pero ya estaba enjabonada, así que, la llamaría en cuanto terminara.

Victoria se tomó su tiempo para quitarse el cansancio de encima bajo el agua caliente y después, con la toalla envolviéndole el cuerpo, se dirigió a la cocina para tomarse un café bien cargado.

—Buenos días, señora Victoria.

Cuatro hombres la esperaban sentados alrededor de la mesa.

—¿Quiénes son ustedes?

—No se asuste, soy Xavier, un amigo íntimo de su hija. ¿No le ha hablado de mí?

Victoria echó un vistazo rápido a cada uno de ellos y distinguió un maletín en el suelo, al lado del hombre del sombrero.

—Claro que me ha hablado... ¿Quieren un café? —y caminó hacia ellos.

—Sí, por favor.

El doctor se quitó el sombrero y lo puso en su regazo.

Victoria abrió los armarios y fue situando cada tacita con su plato y su cucharilla delante de cada uno. Después los sirvió en silencio.

—¿Alguien quiere azúcar?

Sólo el matón con perilla levantó el dedo. Ella cogió un pequeño azucarero de la alacena y se lo sirvió.

—¿Más?

—No, dos son suficientes.

Xavier negaba en silencio. No entendía cómo un hombre tan rudo de su equipo era capaz de endulzar un café.

—Entonces... ¿qué les trae por aquí?

En ese momento, el móvil volvió a sonar. Casandra insistía.

—No conteste, señora —dijo Xavier en tono agradable, indicándole que le pasara el teléfono—. Es por su bien y el de los suyos.

Victoria dudó. Pero ante la mirada del inversor, se lo dio.

—Verá, el doctor Eduardo le pondrá un chip dentro de su teléfono. Es para tenerla controlada, ¿sabe?

—¿Así es como trata a la familia de sus novias?

—No, este es un caso especial. Es un asunto delicado de mucho dinero y sólo es para estar seguros.

Eduardo abrió la tapa y colocó el chip en cuestión de segundos con mucha precisión gracias a unas pinzas.

—Verá, siéntese —indicó el inversor—. Le vamos a dar unas pautas que tiene que cumplir, por su seguridad.

Victoria se mantuvo impasible, hasta que el de la perilla se levantó con intención de sentarla por la fuerza. Entonces ella caminó como una anciana, simulando necesitar el apoyo del respaldo de cada silla hasta llegar a la suya.

—Muy bien. Lo primero, que no debe separarse nunca del teléfono. Si detectamos que se marcha sin él, iremos a buscarla y le meteremos un balazo en un pie, ¿me ha entendido?

Asintió.

—No se asuste. Si hace lo que digo nunca tendrá problemas. Puede confiar en mí —dijo cogiéndole la mano con cierto cariño—. No intente ir a la policía, eso sería una fatalidad, pues tendríamos que matarla.

Xavier, sin soltar su mano, le extendió el brazo sobre la mesa. El doctor sacó una jeringuilla y pellizcando la piel de un nudillo, le inyectó la anestesia.

—¿Me ha entendido, Victoria?

—Claro, hijo. A la primera.

Notó como el efecto de la anestesia se extendía y su dedo meñique se adormecía.

—Perfecto. Y cuénteme, ¿qué tal está su nieto?

—Pues muy bien. El médico ha dicho que ya puede volver a casa. Están pasando unos días

conmigo ¿sabe? Desde la muerte de Jason, creo que aquí estarán mejor.

—Claro, ¿le afectó la muerte de ese hombre?

Eduardo agarró la mano de Victoria y al tiempo que oyó un chasquido, su cara se recompuso en un instante de dolor que pasó rápido por sus rasgos. Su sangre manaba sobre la mesa.

—No se preocupe... ahora limpiaremos todo y le dejaremos las tacitas lavadas. El doctor cerrará la herida enseguida. Cuénteme, ¿cómo afectó la muerte de ese hombre a su hija?

Victoria trataba de no mirar su mano. Notó que la toalla que llevaba atada se escurría y, con la otra mano, aseguró el nudo por encima de su pecho.

—Pues sí, ahora está mejor. No llevaban mucho tiempo saliendo, pero... siempre tiene que pasar un tiempo.

—Claro, además, fue ella la que encontró el cadáver, según tengo entendido.

El doctor introducía una cuchilla en el interior del corte, cortando la piel para hacer dos solapas. Después montó una sobre la otra y comenzó a coserlas, cerrando la herida.

—Así fue. Son cosas que no se olvidan en la vida.

—Claro, y para el niño también debe ser duro... Estando allí también...

Victoria lo miró a los ojos y detectó su suspicacia. Pero mantuvo la compostura...

—Claro, un chiquillo de esa edad no debería ver muertos todavía.

El teléfono volvió a sonar.

—Después le cuenta todo, ahora dejemos que el doctor acabe su trabajo.

—Claro... —sonrió ella.

Eduardo manipuló la costura con rapidez y, en pocos minutos, tenía el vendaje finalizado.

—Ha sido un placer, Victoria —le dijo Xavier poniendo la mano en su hombro desnudo—. Le dejamos estas pastillas por si tiene dolor. Mañana nos vemos para hacerle la cura, ¿le parece bien?

—Muy bien, hijo —respondió mirando su mano vendada.

Se levantaron y se dirigieron a la salida.

—Gracias por el café. Tenemos que irnos, no nos da tiempo a limpiar, pero puede hacerlo usted misma. Hasta mañana.

Se fueron, y Victoria permaneció sentada varios minutos, mirando la sangre sobre la mesa y las tazas vacías. Después se levantó, humedeció una gamuza y se puso a fregar con una sola mano.

Capítulo 23

1

Victoria había rechazado las anteriores llamadas, pero Casandra siguió insistiendo hasta que su madre descolgó, camino al hospital.

—Hija, si no te cojo... ¿Por qué insistes?

—¿Estás bien? ¿Y Ethan?

—Todo bien, hija. Le darán el alta al mediodía. He venido a casa a darme una ducha, y ya voy de vuelta. ¿Todo bien por ahí?

—No, mamá. Por eso te llamaba...

Victoria la interrumpió rápidamente.

—Casandra, no puedes estar quejándote a todas horas del trabajo. Si te parece una rutina tendrás que hacerla, llevas muy poco tiempo como para andar exigiendo —dijo esperando que su hija la captara.

—¿Exigiendo?

—Sí. No haces más que quejarte de que el trabajo no te llena. Ya te lo dije, los comienzos siempre son difíciles.

Casandra se quedó en silencio, al otro lado.

—¿Estás ahí? Estoy saliendo de la autopista.

—Sí, estoy aquí.

—¿Estás bien?

—Estoy asustada...

Victoria hablaba rápido.

—Casandra, es el precio que tienes que pagar por estar en una empresa de esa importancia. Te has visto en medio de un suceso desafortunado, son asuntos que salpican pero, una vez superados, te harán más fuerte.

—¿Estás segura? Espero que esto termine cuanto antes, mamá.

—Claro hija, ¿quién va a hacerte daño a ti?

—Vale...

—Ven al mediodía a recoger a Ethan, hablaremos con el médico a las dos. ¿Puedes pedir que te dejen salir?

—Claro, nos vemos después.

Victoria se mareó en los pasillos del hospital. Se apoyó en el marco de una ventana, simulando mirar hacia fuera y nadie le prestó atención. Después siguió y llegó a la habitación del chico, recuperada.

—¿Qué te ha pasado en la mano, abuela?

—Nada. Me hice un corte profundo con una taza rota.

—¿Por eso has tardado?

—Sí, tuvieron que coserme.

—No sabía si llamarte, no estaba seguro de si sería conveniente...
Victoria se llevó un dedo a la boca.
—No te preocupes, estoy perfectamente.

2

Victoria y su nieto aguardaban en la sala de espera a que el médico firmara el alta y les entregara un informe por si querían denunciar en comisaría.

Casandra apareció, acalorada, y lo primero que vio fue la mano vendada de su madre, que la disimulaba metida entre el bolso y su regazo. No podía quitarle ojo mientras besaba a su hijo.

Después, se miraron.

—Tú siempre llegando tarde, Casandra. Ya hemos hablado con el médico, solo estamos esperando los informes.

—¿No me habías dicho a las dos?

—Son las dos y diez —dijo incorporándose y dejando el bolso y el teléfono sobre la silla, alejándose de su nieto.

Casandra se alejó para hablar con su madre.

—No me digas que lo de la mano...

—Sí, han estado en casa.

—¿Quién? —dijo, comenzando a llorar.

—Xavier, un cirujano... Eduardo... y dos más.

Se alejaron un poco más, quedando de espaldas al chico.

—Hay que parar esto, mamá...

—Ahora no. No estoy dispuesta a este sacrificio —levantó la mano vendada—, para que al final no nos quedemos con el botín. Ahora lo van a pagar.

—No, mamá... Esta gente es capaz de eso... y de mucho más.

Casandra lloraba y Victoria se pegó a ella, agarrándola por el brazo.

—Estamos en peligro, mamá... Ese dinero no vale la pena.

—Sí que lo vale, Casandra.

—No... ¿qué hay de los valores que me enseñó papá?... Estamos todos en peligro y Ethan podría ser el siguiente...

—No habrá más... Ya tienen al presidente al límite, ahora he sido yo, una vieja cuyo recorrido ya está andado. Todo esto tiene un precio, hija. Pero no irán a por un chiquillo inocente...

—¿Y qué hay de mí?

—¿Qué tal te fue anoche con él?

Casandra suspiró y se secó las lágrimas.

—Bien... pero esta mañana me ha amenazado porque todavía no le he dicho nada sobre el presidente, y ahora esto... —señaló su mano—. Sospechan de nosotras, mamá.

Victoria miraba hacia el suelo con la mano apoyada en su hija.

—¿Tuviste algún mal gesto con él?

—Esta mañana... estuvieron con Kevin. Al salir, él me hizo un chasquido de dedos para que lo siguiera, como si fuera su perrita. Me enfrenté a él, en la calle.

—Típico en ti, hija.

—Ya no soy la fulana de nadie, mamá.

Victoria soltó a su hija y pensó durante unos instantes.

—Puede que haya sido eso —dijo.

—¿El qué?

—Esto... —levantó la mano herida—. Lo han hecho para presionarte. Ayer te fue bien, pero no te relajes. Eso es que le importas, pero en este asunto no va a hacerte daño a ti directamente, han venido a por mí... Son buenas noticias.

—¿Buenas noticias? Te han cortado un dedo, mamá...

Victoria sonrió y le apartó un mechón de pelo de su hombro.

—No es nada con lo que no pueda vivir. Todo saldrá bien, hija...

—¿Denunciamos esto a la policía?

—Mejor no... La investigación de las criptomonedas se cerrará sin resolverse tarde o temprano. No abramos posibilidades que aten cabos.

Pasaron el resto del día juntos, en la casa de la abuela, que se esmeró en repartir cariño y una buena dosis de confianza. Ethan se comunicó por la aplicación anónima con Silvia para ponerse al día con las clases que se había perdido.

Después, le explicó a su familia cómo funcionaba la app. A Victoria le pareció fiable y la instalaron en sus móviles.

Capítulo 24

1

Victoria había ordenado a su hija y su nieto que se fueran a dar un paseo, lejos de allí. Como suponía, a la misma hora del día anterior, recibió la visita de Xavier y sus sicarios para hacer la cura.

—¿Qué tal su nieto?

—Bien... Hoy no ha ido a clase y está con su madre, que se ha tomado el día libre. Pasarán unos días hasta que su cara quede como la tenía.

—Perfecto. Y usted tiene muy buen aspecto. Me alegra mucho, eso significa que no hay infección y que es una persona dura.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—¿No se lo ha contado su hija?

—Sí... han robado un dinero que estaba en poder de su novio el día en el que falleció y ahora usted viene a...

—Exacto, señora. Vengo a por mi dinero. El mío y el de mis otros socios que confiaron en mí.

Victoria se levantó y sirvió café, como si fueran amigos. Con dos cucharaditas de azúcar para el de la perilla. Después ella se sentó y sorbió dos veces de su tacita antes de que ellos hicieran lo mismo.

—Verá... Como la policía no puede hacer nada y el presidente de la compañía no avanza en la recuperación del dinero, he decidido ir rebanando dedos a todos los que hayan tenido relación con el difunto.

—Con eso no va a conseguir nada si los afectados son inocentes, ¿cómo podemos ayudarlo? Mi hija está haciendo lo posible.

—A su hija no se lo corto por ahora porque verle la mano vendada mientras me la cepillo no es plato de buen gusto.

—Qué ordinario...

Xavier se levantó y fue a por más café.

—Me estoy cansando de ella, Victoria.

—Hará todo lo posible por ayudarle...

—No me cabe duda, pero no me refiero a eso. Me refiero a que me temo que me pasará como a Coolidge ¿Usted sabe qué es el efecto Coolidge?

Ella negó y después dio un sorbo.

—Calvin Coolidge fue presidente de los Estados Unidos entre mil novecientos veintitrés y el veintinueve. En una ocasión estaba visitando con su esposa una granja experimental del gobierno. A la Sra. Coolidge le llamó la atención que uno de los gallos se apareaba con mucha frecuencia —dio un sorbo a su café—. Según el guía que la acompañaba, el animal se apareaba docenas de veces al día. La Sra. Coolidge le dijo que se lo contara al presidente cuando pasara

por esa zona.

Victoria trató de sonreír, pensando que se había terminado el chiste. Pero Xavier continuó...

—Cuando el presidente pasó por allí, el guía se lo contó, y él preguntó si lo hacía siempre con la misma gallina. La respuesta fue: «Oh, no, señor Presidente, lo hace con una gallina distinta cada vez». Coolidge le dijo que se lo contara a su esposa.

A Victoria se le borró la sonrisa al momento.

—Con respecto a su nieto, por ahora me da pereza encontrar un hueco en mi agenda para cogerlo en el momento adecuado. Ya sabe, entre el hospital, el instituto... es más complicado que a él le venga bien.

Ella apoyó la taza sobre la mesa y los miró a todos.

—Y Jason debía de ser un impresentable hasta con su familia —continuó Xavier—. No tenía a nadie más que a su inseparable amigo Kevin y a Casandra. Todos los demás no querían saber de él.

Victoria recordó las discusiones que había tenido con Casandra cuando descubrió que se estaba viendo con personas que conocía a través de una aplicación de citas. Estaba convencida de que arrastraban alguna tara.

—Así que, como a Casandra y a Ethan de momento no se los voy a cortar por los motivos que le digo... y usted tiene tan buena cara, he decidido que esos dos dedos se los vamos a rebanar a usted hoy mismo.

Victoria pegó su espalda al asiento y puso las manos en su regazo.

—Disculpe la premura, señora, pero este lugar me está cansando y tengo muchos negocios que atender. Yo creo que a este ritmo en muy poco tiempo se aclarará todo y pronto podremos retomar nuestras vidas.

—Pero, nosotros no sabemos dónde está ese dinero...

—Ya, pero es la única manera que tengo de acelerar la investigación. El dinero está en una billetera digital, de eso hay constancia, y todavía no ha sido movido de allí.

—Lo siento, no entiendo de qué está hablando... ¿Por qué no va a la policía?

—Ya se lo he dicho antes, Victoria. Es mayor y ya va perdiendo memoria, es normal. La policía zanjará el caso en poco tiempo. La transacción se realizó legalmente con todas las contraseñas de la plataforma. La investigación está casi archivada... Entenderá que no me queda otra que tomarme la justicia por mi mano.

—Pero hacer daño a inocentes no le hará dar con el culpable.

—Alguien acabará hablando. Además, como le dije, yo tengo que responder ante otros. ¿Se le ocurre una manera mejor de dar con el culpable?

Victoria apretó los dientes y miró al suelo, tratando de pensar.

—No se le ocurra hablar con la policía de esto, señora. Si lo hace, estarán todos muertos. No les daré tiempo a protegerse.

—Xavier, sabes que somos inocentes. No entiendo qué está pasando... Pareces buena persona, no me creo que estés haciendo algo así.

—Usted sabe que no lo soy. Le digo más, cuando sepa quién fue el que robó mi dinero, lo mataré yo mismo.

Victoria quería pensar rápido, pero sus argumentos estaban acorralados. En todas las soluciones y desenlaces que preveía, su nieto estaba muerto. ¿Cómo había llegado a ese extremo?

Eduardo Navarro se quitó el sombrero y abrió el maletín.

Victoria puso el brazo encima de la mesa.

Al día siguiente, Casandra lloraba a raudales mientras quitaba el vendaje a su madre. La amputación, las suturas de la piel, perfectamente solapadas como si se tratara de una tela de un vestido, los restos de yodo desinfectante incrustado en el corte, no tenía rastros de sangre ni de infección. Victoria, imperturbable, observaba cada detalle.

Después de unos minutos en silencio, Casandra volvió a vendar la mano.

—Ese bote de pastillas no es de fiar.

—Lo sé, hija. Pero me van muy bien para el dolor.

—No tiene etiqueta ni distintivo.

—Son del mercado negro, hija. Las harían en algún laboratorio clandestino.

Ethan estaba en el jardín, obligado a permanecer allí. Mientras inspeccionaban la herida, trasteaba con el móvil en algunas aplicaciones.

Por un lateral de la casa, apareció Silvia en su bicicleta. Ethan no se sorprendió. Le había dicho por la aplicación de mensajería que se encontraba allí.

—Tienes mejor aspecto.

—Sí, me ha bajado bastante la hinchazón.

En el interior de la casa, Casandra y Victoria no se percataron de la llegada de la chica.

—¿A qué has venido?

Ella hizo un gesto hacia su teléfono y él lo dejó sobre el asiento. Después caminaron cerca de la carretera, para hablar.

—¿Y el tuyo?

—Escondido en aquel árbol —dijo señalando hacia el final de la calle—. ¿Has visto los gráficos?

—No quiero entrar en la plataforma. No sabemos si nos están rastreando los móviles.

—¿Crees que puedan estar haciendo eso?

—No lo descartamos.

—Pues todas las criptos están bajando. Más de un tres por ciento esta noche. Tenemos que vender antes de que bajen más.

—Eso sería un error de principiante.

—No, tendríamos el dinero de vuelta.

—Si nos entra todo ese dinero nos descubrirán.

Silvia se dio la vuelta y comenzó a andar por el arcén de la carretera. Después regresó con las lágrimas a punto de desbordarse. Emitía los chasquidos de manera más exagerada, mezclados con saliva. Le costaba respirar.

—Prometo no cagarla, Ethan. Solo quiero mi parte.

—No es cuestión de eso, es que ahora mismo no podemos hacerlo. Si transformamos esos bitcoin a nuestra moneda, nos pillan.

Silvia se fue sin despedirse. Pedaleando sin parar hasta el árbol donde había escondido su teléfono.

—¿Qué hacía esa chica aquí? —dijo Victoria, saliendo al porche.

—Nada, abuela. Cosas del instituto.

—¿Y tu teléfono?

—Allá atrás.

Silvia regresaba pedaleando por la acera de enfrente para coger la calle por donde volvería a su casa.

—¡Eh, tú! ¡Ven aquí! —gritó Victoria.

La chica frenó, pensando que tal vez podría retomar el asunto con un adulto. Victoria cruzó la calle, apresurada, y se agarró al manillar de la bicicleta.

—No quiero volver a verte por aquí, ¿me oyes? —le recrimino señalándola con la mano herida.

Silvia solo pudo asentir al ver el aparatoso vendaje apretado sobre la mano que solo conservaba los dedos índice y pulgar.

—Y deja en paz a Ethan, no haces más que entorpecer las cosas. Apártate y ocúpate de tu familia o acabaremos confesando que eres tú la titular de esa cuenta con bitcoins. ¿Quieres acabar con la mano así o peor?

La chica, asustada, pedaleó todo lo rápido que pudo. La velocidad que adquirió, secaba las lágrimas de su cara.

Victoria entró de nuevo en su casa.

—Ni se os ocurra decirme algo —dijo primero a Ethan—. No quiero que te relaciones más con ella... —y después a Casandra...—. Y tú, ya no tendrías que habérselo permitido desde el principio. Esa chica nos puede traer muchos problemas.

Capítulo 25

1

El domingo apenas hablaron. Aunque el ambiente era cordial y se trataban con cierto cariño, nadie tenía ganas de charlar. A su manera, cada uno de ellos reflexionaba sobre lo que estaba pasando. Sopesaban la situación en silencio y Victoria dejó que así lo hicieran, por sí mismos. Se dio cuenta de que nadie quería sacar el tema, pero al mismo tiempo, no querían separarse de ella. Sus teléfonos no sonaron, ni un solo mensaje.

Al día siguiente, Casandra pasó la primera hora en la oficina sin hacer nada. Era incapaz de concentrarse, no entendía los recados que tenía que dar y apenas avanzaba en el punteo de su listado.

El inversor llegó temprano y entró al despacho del presidente sin prestar atención a nadie. Tampoco a ella.

Una vez en el interior del despacho...

—No se te ocurra gritar —le advirtió a Kevin.

Los dos guardaespaldas sacaron sus armas y apuntaron a pocos centímetros de su cara. El presidente levantó las manos en señal de rendición.

El doctor puso el maletín sobre su mesa y lo abrió.

—No has salido de casa en todo el fin de semana, Kevin. Así no vas a poder dar con el ladrón y recuperar mi dinero.

—Me encuentro mal... creo que tengo infección. La fiebre... el dolor de cabeza...

Xavier indicó al doctor que lo evaluara y este le quitó la venda.

—No tiene buen aspecto, no... —el doctor asintió— Pero te pondrás bien, no te preocupes... ¿Has hablado con tus amigos de la policía? Esos sí trabajan el fin de semana, ¿verdad?

Kevin no sabía qué responder, miraba la punta de las pistolas y después, su mano.

—A ver, Kevin. Te lo voy a explicar —dijo Xavier sentándose frente a él—. Esta ciudad me está cansando, no me acaba de atraer... Quiero irme esta semana. Con mi dinero, claro. Así que, el asunto tiene que quedar listo ya. De lo contrario, tendré que empezar a tomar medidas más serias.

Afuera, los rumores se amplificaron. Muchos comenzaban a barajar la posibilidad de irse de la empresa. No querían problemas ni que se les metiera en un asunto penal. Gloria aconsejaba a los más jóvenes, metiéndose en sus vidas, haciendo de madre consejera, lo que hacía que el personal se tensara más. Algunos ya estaban llamando a sus parejas con la decisión casi tomada.

Xavier salió a la media hora, sin despedirse, y sin un solo gesto amable hacia nadie. Tenían prisa.

Casandra dudó de si entrar en el despacho, o no. Pensó en enviarle un email, pero después decidió que sí, entraría para hablar con Kevin. Tal vez Xavier fuera a ver a su madre al salir de allí, necesitaba saber cualquier novedad con respecto a él.

En el momento en el que iba a entrar, el presidente salía, a punto de golpearle con ella. Se

miraron, pero los ojos derrotados de Kevin indicaban que no habría conversación alguna. Se fue abatido, casi sin levantar los pies y no volvió en el resto del día. Casandra se fijó en su vendaje. Diferente a como lo recordaba, y se dio cuenta de que le faltaba otro dedo.

2

Esa misma mañana Victoria acompañó en el coche a su nieto al instituto. Las heridas de la paliza aún eran visibles pero no tenía miedo a las burlas sino todo lo contrario. De alguna parte de su interior, brotaba cierto orgullo por regresar entero.

En el trayecto se encontraron con Silvia caminando.

—Cógela, abuela.

—Ni hablar.

—Pero... pueden golpearla a ella también.

—Que se busque a alguien que la lleve.

—¡Para, abuela!

Victoria aceleró para alejarse más rápido.

—Ya te dije que no quería verla contigo.

Ethan cambió el semblante, adquiriendo ese gesto inexpresivo que tanto la desquiciaba.

—Si quieres decirme algo, hazlo, y no te quedes con las ganas.

—Nada, abuela.

—No quiero verte con ella, ¿Lo has entendido?

El chico se mantuvo callado. Llegaron al instituto y en el despacho de dirección los esperaban la directora y el jefe de estudios.

—Espero que velen por la seguridad de mi nieto.

—No se preocupe, señora. Mientras estén dentro de nuestras instalaciones, él y su amiga Silvia tendrán un profesor que los vigilará por si hubiera algún altercado. Puede estar tranquila.

—Eso espero, tenemos pendiente la denuncia ante la policía. No quisiéramos tener que añadir más cargos a nuestra versión.

—Haremos lo posible. Si le parece bien, nos comprometemos a llevarlos a casa mientras no se calmen las aguas. Algún docente se encargará de eso, no se preocupe.

—Me parece bien, pero han de ser dos profesores. No quiero que Ethan esté con esa otra chica.

—No elegimos a los amigos de los niños, pero haremos lo que podamos, señora.

Ethan fue el centro de atención a su llegada al aula, pero se percató de que, mientras la mayoría cuchicheaba sobre él, los pandilleros evitaban mirarlo. Como si estuvieran avergonzados.

Se sentó en su pupitre habitual y a los pocos minutos apareció Silvia acompañada por una profesora que le preguntó dónde quería sentarse. Ella señaló su sitio de siempre, al lado de Ethan.

Durante la mañana se mantuvieron distantes, sin hablarse entre clases, a la espera de la llegada del recreo. Luego, en el patio, Ethan le indicó con un gesto que guardara el móvil en la mochila y las dejaron en un lateral de la grada. Después se alejaron, sin perderlas de vista.

—Siento lo de mi abuela, ayer.

Silvia, lejos de tranquilizarse, era un manojo de nervios. Sus tics, ahora más acentuados, casi

no la dejaban hablar.

—No es... culpa... tuya.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Qué le... pasó a... tu abuela en la mano? —dijo, sentándose.

—Le amputaron tres dedos. Por eso ayer te insistía en que no podemos pasar los bitcoin a dólares.

La chica comenzó a retorcerse los dedos, muy nerviosa.

—¡Silvia! Tranquila, ¿qué te ocurre?

Ella lo agarró por el brazo mientras apretaba los dientes y ponía los ojos en blanco.

—¡Silvia!

Después de unos segundos, cogió aire, como si volviera a la vida, y se recompuso.

—¿Qué te pasa?

—Nada... es que tengo miedo... —dijo chasqueando los dientes.

—Tranquila —Ethan le cogió la mano—. Entiende que no podemos usar el dinero hasta que todo termine y los inversores desaparezcan de nuestra vida.

—¿Y si vienen... a por mí?

—Por eso es mejor que nos mantengamos alejados una temporada. Por tu seguridad.

—¿Por eso tu... abuela... me dijo que me... alejara de... ti?

—Exacto. No podemos confesar, ni retirar nada ahora. Si nos descubren nos matarán.

Silvia respiró profundamente, recuperando la compostura poco a poco.

—Es un callejón... sin salida... Ethan.

—Es cuestión de tiempo. Mi abuela dice que se acabarán marchando.

—Espero que sea poco... tiempo. Mis padres... necesitan mi parte. Es una situación extrema. Pasamos hambre... y tengo derecho, sin mí no hubieras podido...

—¿Le has contado algo a tus padres?

Ella lo negó, mirándolo a los ojos.

—Intentaré decirte algo los próximos días, Silvia. Ahora no podemos hacer nada.

La chica se fue corriendo, secándose las lágrimas.

3

Por la tarde, cuando Casandra llegó a casa, besó a su hijo y salió al jardín haciéndole una señal a su madre que la veía a través de la ventana del salón. Victoria, que llevaba un tiempo soportando un dolor intenso en la mano herida, señaló el móvil con la intención de comunicarse con ella a través de la aplicación anónima que Ethan les había enseñado.

Victoria no veía bien el teclado del móvil para escribir un texto. Nunca se le había dado bien y evitaba ese tipo de interacciones. Ahora, con una sola mano, le resultaba mucho más difícil. Tardó un par de minutos en escribir.

“Hija, si salimos sin los móviles va a ser muy descarado, siempre hacemos lo mismo”

“Ya, pero necesitamos hablar, no podemos seguir así”

Victoria dio un sorbo a su café y recordó las dos cucharaditas que le puso al de la perilla.

“Estoy muerta de miedo. Por Ethan”, escribió Casandra.
“No te preocupes, mañana me ocuparé de un asunto que hará que mejoren las cosas”.
“¿Qué vas a hacer?”.
“Tú compórtate con naturalidad con Xavier, pero hazle ver que lo deseas”
“¿Y eso?”
“Pensará que estás muy perdida o engañada y que a pesar de todo lo deseas de verdad”.
“Eso hará que nos vea como no culpables en este asunto”, concluyó Casandra.
“Exacto. Mañana, después de las curas al presidente, cuando abandone tu oficina, avísame y estate atenta a mi llamada en las horas siguientes”.
“Vale, mama”.
“Ahora, entra en casa y hagamos vida normal”.

4

Aún no habían pasado seis horas y Victoria ya no soportaba más el dolor. Necesitaba una de esas pastillas que le aliviaba en pocos minutos.

Casandra y Ethan discutían en el salón sobre qué película podrían ver esa noche.

Su teléfono sonó y en la pantalla apareció un número desconocido. Un par de semanas antes no se habría molestado en cogerlo, pero ahora su vida había cambiado para siempre.

—Diga.

—¿Qué tal se encuentra, Victoria? —dijo el inversor al otro lado.

—Ahora mismo, regular. Tengo mucho dolor —y cerró la puerta del salón.

—¿Qué estaba haciendo?

—Pues iba a tomarme una pastilla.

—Lleva unos minutos con la pantalla del móvil encendido, en la cocina.

—Sí, estaba viendo unas cosas en él.

—¿Qué cosas, Victoria?

—Nada, recordando el pasado. ¿Están viendo lo que yo hago en mi móvil?

—Algo así, el dispositivo estaba paralizado pero alguna aplicación consumía recursos como si lo estuviera utilizando.

Victoria sonrió, estaban molestos, no eran capaces de rastrear la app de mensajería anónima que había instalado Ethan.

—Pues no sé...

—¿Estaba viendo fotos? Porque no ha abierto ninguna.

—No entiendo de estas cosas... No sé qué decirte.

Se quedaron en silencio. Victoria pensó por un momento que había colgado, pero después escuchó el murmullo de otras personas.

—Oye, está aquí mi hija y mi nieto. No quiero que se enteren que me estás llamando. No la quiero preocupar.

—No entiendo lo que me quiere decir, Victoria. ¿Insinúa que Casandra se preocupará más por esta llamada que por los tres dedos que le faltan?

—¿Quieres que se vuelva loca? Porque está a un paso de perder la cordura. ¿O quieres que te sirva de ayuda si es capaz de averiguar algo?

Xavier quedó en silencio y el murmullo desapareció.

—Mira, Xavier... Sé que no vas a dar marcha atrás, y yo quiero lo mejor para mi familia. Entonces, no me queda otra que adaptar esta situación a tus pretensiones.

—Continúe...

—No entiendo cómo te atreves a dudar de ella, pero no me queda otra que colaborar. Sabes que mi hija fue enchufada en esa empresa y que no tiene nada que aportar en ese sector porque es una inútil —y carraspeó—. Solo es una chica intentando salir adelante con un crío que debe tener algún trastorno psicológico. Sin embargo, tú amputas dedos sin dar opción ¿Cómo iba a ser parte de un robo de esas monedas?

—Criptomonedas...

—Tengo mucho dolor... Déjame unas horas con mi familia... No sé qué habéis detectado en mi móvil. Vosotros sabréis si esa tecnología os está funcionando bien.

Al otro lado, silencio absoluto. Hasta que...

—Está bien, Victoria. Me gustaría verla mañana, pero tengo que arreglar unos asuntos. El médico pasará igualmente a echarle un vistazo a su mano.

—Sí, que venga, por favor.

Ella colgó, sin dar opción a Xavier a decir nada más.

Después, abrió la puerta de la alacena y apartó una tablilla lateral que escondía un pequeño compartimento. Allí acarició el revólver sin registrar que escondía su marido en vida y un pequeño bote. Una vez que se aseguró de que seguían en su sitio, recolocó la tablilla.

Tomó la pastilla recordando a su marido y reprimió un suspiro.

Capítulo 26

1

Ethan abandonaba el aula entre clase y clase para evitar a Silvia que había cambiado por completo su semblante. Apenas quedaba brillo en los ojos de la chica, sus chasquidos eran más exagerados y su tristeza le ensombrecía el rostro.

Un profesor se mantenía atento, vigilando el pasillo, por lo que el resto de alumnos evitaban al muchacho, mirando con disimulo sus hematomas. Los malotes estaban alejados y al parecer tranquilos.

Pero a falta de unos minutos para finalizar la última clase antes del recreo, Silvia le lanzó una bola de papel que desdobló y leyó:

“Tenemos que hablar”.

Poco después, sonó el timbre y se vieron abajo.

—Tienes que darme mi parte.

—¿Otra vez con lo mismo?

—En criptomonedas, no en dinero. He creado otra cuenta falsa en una exchange, con otro nombre y otra foto manipulada. Te doy el código de mi wallet y me lo transfieres ahí.

—No, es peligroso.

—No lo es, sabrán del movimiento de una wallet a otra, pero nada más. El robo seguirá siendo anónimo.

Ethan buscaba un argumento con el que rebatir su plan.

—No voy a hacer eso. Venderás las criptomonedas, las convertirás en dinero y nos descubrirás.

—No las venderé, y menos ahora que están bajando de valor. Esto es porque ya no me fío de ti ni de tu familia. Transfiere mi parte y después hacer lo que queráis.

—No, Silvia. Esto no va así.

—¡Me da igual como creas que vaya! O me lo transfieres o te juro que cuando me vayan a cortar el dedo lo confesaré todo.

Ethan sopesó la amenaza durante unos instantes.

—La situación de mi familia es extrema, Ethan. Nosotros vamos al supermercado cada día, a comprar lo justo, y no sabemos si al día siguiente nuestros padres traerán dinero para volver a comprar, ¿entiendes?

El chico no sabía qué decir. De su interior salieron a flote los valores de conciliación que su abuelo y su madre le habían inculcado.

—Silvia, debemos esperar. Mi madre y mi abuela están controlando la situación...

—¡Me importa una mierda tu familia! Estoy cansada de vosotros y no me fio ni un pelo, ¿entiendes?

No quedaba rastro de la chica desesperada e insegura que el día anterior estaba al borde del colapso por un ataque de pánico.

—Te paso el código de la billetera por GhostLine. Toma nota de ella. Tienes de plazo el tiempo que esos delincuentes tardan en venir a por mí.

Y se marchó apurada hacia una parte más tranquila de los jardines del instituto.

Ethan sacó el móvil y escribió a su abuela y a su madre, contándoles lo que había pasado. Al poco tiempo, Victoria contestó:

“No te preocupes, le haré llegar un mensaje con el que cambiará de opinión”.

2

El inversor llegó con su equipo a las diez en punto, directos al despacho, y todos evitaron mirarlos. Los murmullos cesaron pero se oyeron unas risas esporádicas.

Después de media hora salieron del despacho, el inversor hizo un gesto a los otros para que se fueran y se dirigió a Casandra.

—Tomemos un café.

—Un momento, voy al baño.

Allí tecleó a su madre.

“Se acaban de ir pero voy a tomar un café con Xavier”.

Después de un minuto interminable, recibió la respuesta.

“Sé miedosa y sumisa”.

En ese momento, la puerta del baño se abrió y Xavier asomó la cabeza.

—Tengo prisa.

Ella guardó el móvil con torpeza y salió tras él.

El ascensor iba repleto y durante el trayecto a la cafetería no se dirigieron la palabra. Cuando llegaron, Xavier hizo una llamada al mismo tiempo que le abría la puerta para que entrara.

Luego se quedó rezagado unos instantes.

—Casandra acaba de enviar un mensaje hace dos minutos. Rastrear eso.

Al ver que Xavier iniciaba una conversación, se dirigió a la única mesa libre, al fondo del establecimiento.

—No hay constancia de ningún mensaje... Puede que estén utilizando una aplicación que no se pueda rastrear.

—Recibido —y cortó la llamada.

Se sentó junto a ella en un banco acolchado que les ofrecía una perspectiva completa del local e intimidad a partes iguales.

Él le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Casandra, necesito tu lealtad.

—La tienes, Xavier.

—¿Puedo confiar en ti?

«Miedosa y sumisa», recordó.

—Tengo miedo... Lo que le habéis hecho a mi madre...

—No te preocupes por eso. Solo dime si puedo confiar en ti.

—Si puedo ayudarte en lo que sea, lo haré. Por supuesto que sí, te lo juro.

—Entiendo que así lo harás, no solo por nosotros, sino también por tu familia.

—Es lo más importante...

Le soltó la mano y se acomodó, separándose de ella.

—Dime, Casandra. ¿Sabes qué es el efecto Coolidge?

Ella no tenía ni idea.

Él sonrió y después dio un sorbo a su café.

3

Victoria abrió la compuerta oculta del armario y sacó el bote junto al revólver. Cogió una cucharadita del polvo que guardaba en su interior y lo echó en el café recién hecho. Eduardo llegó conduciendo un turismo de cristales tintados y bajó con el maletín y el sombrero puesto.

—Buenos días, doctor. ¿Viene solo?

—Xavier tenía que arreglar unos asuntos.

—Lo suponía, lo comenté ayer por teléfono.

Eduardo pasó a la cocina y ella le siguió, arrastrando los pies. Sobre la mesa tenía dispuesto cinco pocillos.

—Hoy no estoy bien, acabo de levantarme. Tengo el café recién hecho —dijo sirviéndolo, sin darle opción a negarse—. Hay algo en este tiempo nublado que hoy me duelen los huesos. Ayer me dolía mucho la mano, estoy deseando que le eche un vistazo.

—A eso he venido —dijo dando un sorbo a su café.

—Pues me alegra que lo haya hecho solo. Supongo que eso me garantiza no quedarme sin otro dedo —acercó la taza a los labios—. Usted no sería capaz de amputármelo sin la orden de Xavier...

El doctor apuró el café, ahora parecía tener prisa. Removió lo que le quedaba y se lo bebió de un trago. Victoria extendió el brazo y se dejó curar.

—Ese sombrero... le da un aire de mafioso. ¿Se lo pone por ese motivo?

Eduardo no respondió. Quitó la venda y dejó al descubierto los cortes.

—Es como si me pesara veinte kilos, doctor. ¿Está infectada?

—En absoluto.

—Me alegra. Deben ser las pastillas que me dio. Se lo agradezco mucho... Cuando las tomo, el dolor desaparece.

Se quedaron en silencio mientras Eduardo procedía a hacer la cura.

—¿De dónde es usted? Parece latino.

—Cuba...

—¡Cubano! Tuve unos vecinos cubanos hace años. Qué buenas personas... Eran un matrimonio joven, tenían dos pequeños educados en la fe de Cristo. ¿Usted tiene familia? ¿Su mujer también es cubana?

—Me fui de mi país, señora. No tengo relación con mi familia —dijo hablando más despacio—. Mi familia ahora es Xavier, él me ayudó a salir adelante —sonrió—. No necesito a nadie

más...

Victoria observaba como el pestañeo del doctor se ralentizaba.

—Claro, Xavier es muy buena persona, es verdad.

Eduardo asentía intentando mantener una postura erguida en la silla.

—Entonces... mi mano está bien, me deja más tranquila, ahora que se va...

El doctor la miró mientras un hilillo de saliva caía por una comisura de su boca.

—Claro... claro... Me tomaré las pastillas si tengo dolor...

Victoria puso dos dedos en el cuello del hombre y comprobó que los latidos eran muy lentos. Después, ella misma comenzó el vendaje de su mano ayudándose con la boca a tensar la tela.

Cinco minutos de maniobras más tarde, el doctor se escurrió de la silla y cayó al suelo. Victoria finalizó la sujeción y comprobó que los latidos del corazón del doctor se habían extinguido.

4

Victoria cacheó los bolsillos del moribundo. Extrajo el teléfono móvil y las llaves del coche. Dejó el suyo sobre el sofá, salió de casa sin cambiarse de ropa, arrancó el motor y condujo hacia las calles más deshabitadas, en busca de la zona más abandonada de la urbanización, donde nunca se llegó a construir.

Subió un repecho que se dirigía hacia el monte y estacionó el vehículo fuera del asfalto, dejándolo ladeado, con la ventanilla bajada y la puerta abierta.

Regresó andando, dándose prisa en volver, pues temía la llamada del inversor o algún tipo de rastreo en el que detectaran que no había movimiento en un espacio de tiempo inusual.

Victoria no prestó especial precaución en pasar desapercibida en su camino de regreso. A la vista de los escrúpulos de Xavier y sus secuaces, estaba segura de que no se iniciaría ninguna investigación policial por parte de una denuncia que pudiera alertar la desaparición del doctor. Ninguno de aquellos mafiosos acudiría a la policía.

Quince minutos después, estaba de vuelta en su casa. Cogió el móvil y tecleó a su hija un mensaje.

“No vuelvas a casa al salir del trabajo. Llámame simulando que necesitas volver a tu vida. Esta noche dormiréis en vuestro apartamento”

Comprobó que Eduardo todavía soltaba algún suspiro. Eran sus últimos momentos. La sustancia que había mezclado con el azúcar era letal. Provocaba una muerte lenta, sin sufrimiento. El corazón se iba ralentizando, apagando lentamente a la persona. Primero se quedaba inconsciente sumido en una relajación de placer, hasta que el cuerpo dejaba de respirar y el corazón se paraba de manera definitiva.

La pantalla del móvil se iluminó.

“Ok, mamá. Avisaré al colegio para que traigan a Ethan aquí”.

Abrió la aplicación y el mensaje desapareció después de treinta segundos. Después abrió alguna aplicación más, por si la estaban rastreando.

Luego agarró al doctor por la parte trasera del cuello de la camisa y lo arrastró hasta la biblioteca. Allí desancló unos grilletes ocultos en la librería que hicieron que el mueble, lleno de libros de su marido desde el techo hasta el suelo, quedara liberado.

Victoria empujó la estantería hacia un lateral y este se desplazó sin dificultad a través de un riel oculto, dejando a la vista una pequeña entrada en la que nacían unos peldaños que descendían hacia un pasadizo oscuro. Arrastró el cadáver hasta allí. El cuerpo resbaló por la escalera unos metros. Después ancló el mueble y todo quedó como estaba.

En ese instante sonó su teléfono móvil.

—Xavier...

—¿Cómo se encuentra hoy, Victoria?

—Pues hoy..., regular.

—¿Y eso?

—Tengo dolor en la mano, el doctor dice que no tengo infección, pero yo noto algo de fiebre —dijo, endulzando la voz.

—¿Está tomando las pastillas que le dejó?

—Claro, las estoy tomando.

—¿Está con usted ahora?

—No, hace media hora que se fue. La verdad es que me dejó más tranquila, estaba preocupada.

—Nos vemos pronto...

Victoria tiró el café por el fregadero de la cocina y lavó las tazas.

Capítulo 27

1

Según lo acordado, un profesor dejó a Ethan en el hall del edificio donde trabajaba su madre. Nunca había estado dentro, pero le maravillaba todo: la luz que entraba por los enormes cristales ahumados de la fachada, el guardia de seguridad con su cara de vacilón, las personas que salían pasando su carnet por un escáner, las que entraban pidiendo información...

De camino a casa, Casandra se limitó a argumentar que estaba cansada de estar con la abuela y que les vendría bien tomar un poco de aire y retomar su vida normal. Ethan se mostró conforme, siempre y cuando la abuela estuviera de acuerdo.

—Se encuentra bien, ya hablé con ella. Además, ya sabes que si pasa cualquier cosa nos llamará.

Cuando aparcaron el coche en el garaje comunitario, Casandra le hizo una señal para que dejara el móvil en el asiento y bajara. Sin apagar el motor, salieron un momento y ella susurró a su hijo lo que había planeado. Por temor a que los escucharan, en el ascensor, ella le pediría ayuda para coger unas cosas en el trastero. Dejarían los móviles en el piso, simulando un despiste, y bajarían de nuevo.

Apagó el motor, recogieron sus cosas y subieron según el plan.

—Seguramente falta leche y papel higiénico, ¿me ayudas con algunas cosas del trastero?

—Claro, dejo la mochila y bajamos.

En el piso todo estaba en su sitio.

—No han entrado —dijo él, de regreso al ascensor.

—Ya...

—La puerta de mi habitación estaba entreabierta en la misma posición.

—¿Dejas la puerta en una posición determinada?

—Al milímetro, y más cosas también.

—Hijo... Cómo eres...

En el trastero, recogieron un cartón de leche y un paquetón de rollos de papel higiénico y cuando se fueron, reanudaron la conversación.

—Hoy Silvia me dijo que quería su parte... en criptomonedas.

—De momento no hay nada para ella, Ethan. Ya has oído a la abuela.

—Mamá... ¿Y si las devolvemos?

Entonces, las luces del garaje se apagaron.

Miraron alrededor con temor. Casandra se movió y el detector de movimiento encendió las luces de nuevo.

—¿Y el sacrificio de tu abuela? Si devuelves eso... no habrá servido de nada.

—Ya... y es tanto dinero...

Ella puso la mano en el hombro del chico. Después se abrazaron.

—Tiene que salir bien, mamá...

—Saldrá bien, hijo.

Cassandra no recordaba ninguna época como aquella, en la que tenía a su madre de su parte. Ahora se había vuelto adicta a esa sensación. Ahora se respetaban, y tenían un cometido común, salvar a la familia a costa de un premio irrechazable. Veía esa ambición en sus ojos, enfocada en proteger a su nieto por encima de todo.

Ese niño, que había nacido de un desgraciado, según ella, por una decisión equivocada de Cassandra, una más. Una consecuencia que le había echado en cara durante quince años. Pero ahora ellos eran las personas por las que Victoria arriesgaba su vida, diseñando un plan que los protegería.

—¿No nos ocurrirá nada malo, mamá?

—No, hijo. La abuela sabe qué hay que hacer.

Ethan pensaba en su futuro, demasiado dinero para disponer de él sin llamar la atención, pero lo harían de manera modesta los primeros años, con la tranquilidad de que después, podría tenerlo todo.

Cassandra recordaba su pasado, necesitaba reconciliarse con ella misma y perdonarse. Con la tranquilidad de ese dinero, sin depender de un trabajo, de someterse a un superior, con capacidad para elegir el camino que se le antojara. Una vida idealizada, saliendo adelante como madre soltera y afianzando unos valores como persona a respetar.

Volvieron a abrazarse.

—No podemos dar marcha atrás, hijo.

—Seguiremos adelante, mamá.

2

Esa madrugada Victoria no dormía. Esperaba la hora.

Hacia las dos de la mañana, aprovechando la quietud de la noche, cuando el teléfono sin actividad no levantaba sospechas, desplazó la estantería y descendió hasta el pasadizo.

Pasó por encima del cadáver del doctor y lo arrastró por el suelo de hormigón pulido. La tétrica iluminación, dispuesta adrede con unas bombillas antiguas de bajo voltaje que se suspendían de unos cables, parecían a punto de cortocircuitarse.

Otra cosa era el taller-laboratorio que se escondía detrás de una pesada puerta metálica.

Victoria introdujo un código en la caja de acceso y arrastró al muerto a su interior. Dentro, la iluminación era sofisticada. Aquel lugar le encantaba.

Recordó la primera vez que traspasó el umbral de la casa en brazos de Raymond, recién casados. Cuando le enseñó las habitaciones, los baños y el salón, el hermoso y espacioso jardín trasero... y el sótano.

El gobierno le había cedido la propiedad a uno de sus mejores hombres, Ray. Y este, llevándose un dedo a los labios y guiñando un ojo, accedió a la puerta metálica con el mismo código que ella había usado.

Nunca hablaron de ello en voz alta. Aunque por las noches y entre susurros, Raymond confesaba a su amada esposa las vicisitudes de su trabajo para el gobierno y el porqué de aquella casa y aquel sótano.

«Amor mío, lo haré como me enseñaste».

Victoria hizo un último esfuerzo por arrastrar al muerto hacia una cercana plataforma

metálica a ras de suelo. Después se dirigió a un cuadro de mando con botones que estaba al lado de otra puerta de la cámara acorazada. Encendió el aparato, tecleó un código distinto al de la habitación, y la compuerta, bajo el difunto, comenzó a abrirse.

«Es más fácil cuando ya está muerto».

El cadáver cayó a un nivel inferior y resonó en las paredes del búnker. Victoria apretó un gran botón rojo.

Las compuertas se cerraron y un mecanismo activó las muelas de trituración con un ruido ensordecedor que nunca saldría de aquel sótano insonorizado.

«Me encanta esa trituradora».

Después de media hora, el sonido cesó.

«Ahora limpiamos los rodillos y los mecanismos», recordó la voz metálica de su marido.

Accionó un dispositivo de autolavado.

Debajo de aquellas compuertas podía oír el agua a presión incrustándose en cada recoveco del engranaje.

Después las compuertas se abrieron y Eduardo ya no estaba. Había pasado del estado sólido de un ser humano a una sustancia gelatinosa directamente. Victoria volvió a cerrar las compuertas y activó de nuevo el mecanismo repitiendo el procedimiento de autolavado.

Después apagó las luces y cerró el bunker mientras el mecanismo finalizaba su programación. Una vez la puerta quedó herméticamente cerrada, el sonido dejó de oírse tras ella.

Tenía sueño.

El resto de la noche sería de placentero descanso.

Capítulo 28

1

A la mañana siguiente, el ambiente en el instituto era electrizante. Los chicos, alterados en los pasillos, hacían bromas contagiados por la presencia de los malotes. Silvia, ajena a todo, miraba a través de la ventana sin hacer caso a las continuas persecuciones entre alumnos que pasaban rozando su mesa. Ethan, desde su pupitre la miraba con disimulo, cansado del barullo y de los gritos y deseando que el profesor de la siguiente asignatura llegara cuanto antes.

Un grupo de tres alumnos pasaron a su lado y se detuvieron.

—¡Camella! —gritó uno a Silvia—. Eres tan fea que estarás pensando en tirarte por la ventana, claro.

La clase entera se rio con la burla. Esto provocó que los abusadores se engrandecieran ante el repentino protagonismo.

—¡Tírate ya, camella! —animó uno.

—Es tan fea que cuando nació y se la enseñaron a la madre, ésta lloró primero —dijo otro, provocando una explosión de risas.

—Tú no eres tonto... —se defendió ella—. Es que tienes mala suerte cuando piensas.

A medida que se sucedían las burlas, los chicos invadían el espacio de Ethan, hasta casi abalanzarse sobre él.

Y de pronto, explotó.

Se levantó de repente y de un salto y con el impulso los empujó, arrojando a dos de ellos sobre las otras mesas y montando un gran revuelo cuando cayeron al suelo.

La clase enmudeció.

Los cabecillas de la pandilla corrieron hacia Ethan y lo agarraron entre tres.

—¿Qué haces, retrasado? ¿Quieres que te pinte la cara otra vez?

—¡Soltadme! —gritó agitando los brazos.

Los matones se separaron, sorprendidos por los zarpazos.

—¡La profe! —gritaron desde el pasillo.

Se dispersaron y ocuparon sus asientos antes de que llegara.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó ella, al ver como colocaban las mesas en su sitio.

—Nada profe... —gritó el matón desde la última fila—. Ethan, que quiso aprovecharse de su novia y ella le sacudió.

Se oyeron unas risitas disimuladas.

Ethan y Silvia se miraron y ella asintió con complicidad. Esa mirada tranquilizó al chico que, además, percibió el respeto de la mayoría de la clase.

A la salida, esperaron al otro lado de la verja a que algún profesor los recogiera para llevarlos a sus casas. Los alumnos salían atropellados, como una marabunta, para subir a los autobuses que los esperaban. Un matón de la clase pasó por su lado.

—¡Eh, gallina! ¿Esperando por tu mamá para que te lleve a casita?

Ethan no hizo caso y buscó la presencia de algún profesor. Silvia guardaba las distancias.

—¿Tienes miedo a que alguno de mis colegas te dé otra paliza? —dijo al oído.

—Así que fuisteis vosotros.

Un segundo matón se acercó a él para cogerlo por el cuello.

—Nuestros colegas. Así que... ándate con ojo.

Se fueron, dándole un fuerte pisotón.

Él no pudo contenerse.

Primero, agarró la cabeza de uno y, sin tiempo a darse la vuelta, se la estampó contra la columna de hormigón donde se anclaba el portón de salida al recinto. El chaval, con la oreja destrozada, cayó inconsciente. Después dio un puñetazo en la nariz al otro, que contuvo la embestida. Lo agarró por el brazo con el que mantenía el equilibrio y lo empujó contra la misma columna.

—¡No! —gritó Silvia.

El profesor que venía a recogerla aparcó en ese momento.

Ethan agarró del pelo a su enemigo y le estrelló la cara contra el cemento. Fue un golpe seco que logró partirle los dientes. El matón, aturdido en el suelo, no dejaba de sangrar. Quiso rematarlo con una última patada, pero Silvia se abalanzó sobre él.

—¡Para, Ethan!

El profesor llegó a tiempo para contener su rabia desmesurada. Después llegaron otros corriendo para separarlos y auxiliar a los heridos, a la espera de las ambulancias.

2

La mitad de la oficina se había ido a comer y Casandra esperaba al siguiente turno cuando el móvil sonó.

—Venga al instituto a recoger a su hijo.

—¿No hay un profesor que lo pueda traer? En eso habían quedado con mi madre.

—No habrá más taxistas para ustedes. Venga a recoger a su hijo y prepárense para la expulsión.

—¿Expulsión? ¿Qué ha ocurrido?

—Le ha dado una paliza a dos alumnos. La policía está aquí.

Cogió su bolso y salió apurada del edificio mientras llamaba a Victoria.

—¡Mamá!

—¿Qué pasa, hija?

—Ethan ha dado una paliza a dos chicos. Me ha llamado el director... Lo quieren expulsar.

—Yo me ocup...

Al otro lado, unos segundos de silencio.

—¿Mamá?

—Acaba de llegar un guardaespaldas de Xavier. Ocúpate tú. Te llamaré.

—Mamá...

3

Victoria abrió la puerta justo antes de que el de la perilla tocara al timbre.

—¿Por qué vienes solo? ¿Y el doctor?

—Hoy no podrá asistirle. He venido para comprobar si está bien.

—Hubiera bastado con una llamada...

Victoria lo invitó a pasar.

—Hoy no me encuentro nada bien, hijo. Ayer el doctor me aseguró que no tenía infección, pero he pasado mala noche y creo que he tenido fiebre.

El guardaespaldas la dejó pasar para que se adelantara con su andar parsimonioso de anciana, apoyándose en los muebles del salón, hacia la cocina.

Mientras ella caminaba, él metía y sacaba las manos de los bolsillos de la cazadora y acariciaba los laterales de los muebles y los marcos de algunos cuadros que decoraban el pasillo.

—Pasa, pasa... Me gustaría que me enviaran a algún entendido que me revisara la herida. No a ti, claro... Siéntate.

El hombre se quedó de pie.

—¿No me va a servir un café?

—Claro... —dijo ella, moviéndose con lentitud.

La dejó pasar a su lado y cuando la tuvo de espaldas, se sentó y acarició la parte inferior del tablero de la mesa.

—Entonces... ¿Por qué no ha venido Eduardo?

—Cuando ayer salió de aquí, ¿le mencionó a dónde iba?

Victoria hizo amago de recordar y puso una tacita encima de la mesa.

—Pues creo que no, hijo. ¿Le ha ocurrido algo?

—Nada que a usted le importe.

—Vaya... ¿Dos cucharaditas de azúcar, verdad?

El guardaespaldas la miró a los ojos, pero ella lo esquivó dándose la vuelta para coger el recipiente.

—Déjelo, tengo que irme. Solo he venido a comprobar que todo iba bien.

—¿No se toma el café?

El hombre salió sin dar más respuesta.

—¡Yo también tengo cosas que hacer! ¡Esas no son maneras!... —protestó ella, como una señora mayor.

Cuando el sicario se metió en el coche, llamó a su jefe.

—¿Y bien? —descolgó Xavier.

—No creo que sepa nada del doctor.

—¿Has colocado los micrófonos?

—Todos.

—Ahora dirígete al instituto, te daré instrucciones de camino.

Los accesos al instituto estaban cerrados y Casandra no pudo entrar con el coche. Silvia corrió entre dos patrullas estacionadas de la policía en cuanto la vio bajar.

—¡Por allí! —gritó Silvia señalando hacia un acceso peatonal.

La mujer corría por la acera y Silvia la seguía, a su par, al otro lado de la valla de alambre.

—¡No fue culpa suya! ¡Han sido los de siempre que lo han provocado!

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido por defenderse, allí afuera... —dijo la chica señalando, a punto de llorar y caminando junto a ella sobre el césped—. Siempre nos están provocando...

—¿Dónde están?

—En Dirección... Se puso muy agresivo.

—¿Agresivo mi hijo?

—No lo reconocía... Parecía un salvaje. Les destrozó la cabeza, pensé que los mataba. Se los han llevado en ambulancia... No quiero que lo expulsen... La tomarían conmigo y no quiero problemas...

Cassandra no se lo podía creer. Aturdida, como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Dónde está mi hijo! —gritó a la primera persona que encontró en las instalaciones.

—Pase por aquí —indicó abriendo la puerta de las oficinas.

Supo que era el director el hombre mayor de traje y semblante preocupado que hablaba cabizbajo con dos policías de uniforme y una profesora.

—¿Dónde está?

—En mi despacho, acabando su declaración.

—Voy a verlo.

—¡Un momento! —gritó un policía—. ¡No puede entrar ahí!

—Es menor, no pueden obligarlo. Y soy su madre.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió y vio a su hijo, sonriendo, poniéndose tranquilamente la cazadora.

Una de las agentes salió antes.

—Ya hemos terminado —informó—. ¿Podemos hablar con usted?

—Claro...

Cassandra estaba más calmada.

El director la invitó a entrar mientras uno de los policías acompañaba a Ethan afuera.

—¿Estás bien, hijo? —le dijo cuando pasó a su lado.

—Sí, mamá.

Una vez dentro, el director tomó la palabra sin más cortesías.

—Esta tarde haremos un claustro para dirimir si expulsamos a su hijo del instituto. Por lo que a mi respecta, salvo que la policía me convenza de lo contrario, no cuente con que vuelva a pisar estas instalaciones.

—No creo que mi hijo tenga la culpa de nada. Lo conozco muy bien. En todo caso, será una víctima de abusos.

—Su hijo nos informó de que estuvo hospitalizado hace unos días por una paliza que le dio una pandilla. Me extraña que no lo hayan denunciado —dijo el comisario.

Cassandra los miró, dudando.

—No quería hacerle pasar otro mal trago a Ethan. Es algo aprensivo y tenía miedo de que le afectara... Decidí esperar unos días y volver a la normalidad. Tengo informes médicos que acreditan las lesiones.

—Esos informes ya los tenemos. El hospital nos los ha remitido el mismo día, recuerde que es menor. En ellos, los médicos no entran a valorar quién realizó la agresión. Esa parte nos corresponde a nosotros y nos resulta muy extraño que su madre no se acercara por comisaría.

—Ya le he explicado los motivos.

—Es curioso que también se les haya tomado declaración hace unas semanas por la extraña muerte de su novio y el robo de una sustanciosa cantidad de dinero.

—¿Robo? —se alteró el director—. Bueno... ¡lo que faltaba!

El policía hizo un gesto para que no se metiera.

—Por eso mismo, agente. Por todas las desgracias que vivimos desde entonces, no quiero que mi hijo pase tan pronto por comisaría. La paliza que le dieron lo dejó muy afectado.

—Esa no es mi impresión después de hablar con él.

—¡Ah, no! ¿Entonces qué impresión tiene?

—Lo veo orgulloso de lo que ha hecho.

Casandra se levantó de golpe y los miró desafiándolos.

—Ustedes están pagados por alguien... No es normal que se le trate así a un menor. Deberían protegerlo.

—Tenemos que proteger a los agredidos, que también son menores. Les tomaremos declaración a ellos y seguro que querrán denunciar.

—Son unos macarras. Y este centro consiente la asistencia de ese tipo de gentuza...

—¿Gentuza su hijo, señora! —interrumpió el director—. Pero ya no volverá a agredir a nadie más dentro de mi centro.

—¿Su centro? La agresión se produjo fuera de las instalaciones, como la paliza que le dieron a mi hijo y en ningún momento se planteó usted expulsar a nadie.

—Porque no sabemos quién lo hizo.

—Pues ahora ya lo sabe, son los que están en el hospital.

El director se puso en pie, indignado.

—Esta tarde le haremos saber la decisión.

Casandra salió dando un portazo y encontró a su hijo en los pasillos, esperándola aburrido.

—Hijo... ¿Qué has hecho?...

—Mamá, qué más da... —dijo bajando la voz.

—¿Cómo que qué más da?

—No me arrepiento —dijo eufórico—. Ya no voy a necesitar ir a un instituto. Tenemos la vida casi solucionada.

Casandra no daba crédito y, en ese momento, sonó su teléfono.

Era Xavier. No lo cogió.

—¡Hijo! Eso es una estupidez. ¿Estás tonto o qué te pasa?

Un mensaje.

“Coge el teléfono. Ahora”.

Volvió a sonar y esta vez descolgó.

—No puedo hablar, Xavier.

—Sí que puedes. ¿Lo han expulsado?

—Todavía no, pero como si lo estuviera... ¿Cómo sabes...?

—Perfecto. No te preocupes. Iros a casa.

—Pero... los agredidos van a denunciar.

—No habrá denuncias. Iros a casa.

Cuando salieron del recinto, Silvia ya no estaba. Casandra llamó a su madre en cuanto entraron al coche.

—Mamá, ¿todo bien? Ya no hace falta que vengas.

—Estoy de camino, hija.

—Pues da la vuelta. Estoy saliendo con Ethan. Él está bien pero nos vamos a nuestro apartamento. Necesitamos estar solos y hablar.

—Venid a casa y hablamos los tres.

—No, esta parte es responsabilidad mía y la tengo que afrontar. Así es como me enseñó papá.

—Tu padre te hubiera dicho que vinierais a casa.

—Te llamaré luego.

A Victoria la situación le parecía extraña, como la visita que había tenido esa mañana. Siguió su instinto y decidió echar un vistazo a las inmediaciones del instituto. Estacionó en el arcén, lejos del centro y todo estaba tranquilo. Apenas quedaban coches en el interior. Las dos patrullas de policía salían en ese momento y un grupo de adultos hablaba en la puerta de salida. Entre ellos el director. Reconocería a ese calvo manipulador, profesional en esquivar problemas, a kilómetros de distancia.

De pronto, el guardaespaldas de la perilla salió de un coche que debería haber identificado. La ansiedad y preocupación por su nieto contribuyeron a ese despiste y se culpó por ello. Por suerte, la distancia que los separaba era suficiente para pasar desapercibida.

Desde su lejana posición, Victoria observó cómo el hombre se dirigió al personal docente, entregándole un teléfono al director que se puso a hablar por él. El matón disuadió a los demás profesores que arrancaron sus vehículos y salieron del recinto a toda velocidad.

Después, el guardaespaldas recuperó su móvil y regresó. Para sorpresa de Victoria, no se dirigió a su coche, sino a un furgón situado en la calle perpendicular que transcurría a lo largo de la verja. Abrió la puerta lateral y una chica intentó escapar de su interior.

Era Silvia.

Alguien la sujetó desde dentro y el otro la empujó al interior.

Después de un breve intercambio de palabras, cerraron la puerta.

Victoria se agachó tumbándose hacia un lado del asiento y esperó a que los dos vehículos pasaran de largo.

No sabía si habrían podido reconocer su coche. En todo caso, alguien la estaría localizando con el móvil. Había metido la pata al dirigirse hacia allí. Su corazón latía fuerte ahora, pero no tanto por esa imprudencia, sino porque pudieran forzar a Silvia y ella se viera en la necesidad de confesar.

Le hubiera gustado seguirlos, pero el localizador del móvil la delataría. Abrió la aplicación anónima de mensajería y se quedó mirando la pantalla un rato. Dudó si escribirle a su hija advirtiéndole de lo que acababa de ver. Quizá era mejor no saturarla más. Al menos de momento.

Pero en ese instante, fue ella la que recibió un mensaje de Casandra.

“Acaba de contactarme el director. No van a expulsar a Ethan del instituto. Creo que le voy a deber un favor a Xavier”.

Capítulo 29

1

Xavier y otro hombre, mucho más joven, viajaban en el asiento, frente a Silvia, separados de ella por una pequeña mesa atornillada al suelo.

—No te preocupes más por esos matones, no van a volver a meterse con vosotros —dijo el inversor.

—¿Quiénes son ustedes?

—Gente de fiar, no te preocupes. He hablado con el director y ya está todo solucionado.

—Usted no le ha convencido de nada, se lo ha impuesto.

Xavier arqueó las cejas de manera despectiva.

—¿Sabes quién es este señor?

Silvia se quedó muy quieta, sin saber qué decir.

—Es el doctor Rodrigo García, recién licenciado.

Detrás de su juventud, el hombre escondía una mezcla de timidez e inocencia.

—De momento solo hace amputaciones, pero con el tiempo y la experiencia llegará a ser un cirujano excepcional. Acaba de empezar a trabajar con nosotros. ¿Tú ya sabes qué carrera vas a estudiar?

Silvia, escondió las manos debajo de sus piernas, negándose a responder.

—Verás... te doy mi tarjeta —dijo Xavier, sacando una pequeña cartulina de su cartera—. Es mi número personal. Si alguien más vuelve a molestarte, llámame, ¿de acuerdo?

La dejó sobre la mesilla y Silvia la cogió, apurándose a ocultar sus manos cuanto antes.

—No os molestarán más, pero... por si acaso.

El furgón se detuvo y la chica reconoció el lugar.

—Siento no poder hablar más contigo, Silvia, pero me esperan otros asuntos. Tengo que encontrar al culpable de un robo de criptomonedas. Si te suena el asunto y sabes algo, llámame cuanto antes... —y le guiñó un ojo—. No vaya a ser que la tomemos con la persona equivocada.

Xavier abrió la puerta lateral para que la chica pudiera bajar y ella agarró su mochila y salió corriendo. El vehículo arrancó en cuanto la puerta se cerró.

Silvia se quedó sola, delante de su casa, se sentó en el bordillo de la acera abrazándose las piernas y esperando a dejar de llorar y respirar de nuevo de manera normal para entrar y ver a sus hermanos.

2

Cuando Victoria aparcó y cerraba el garaje, su móvil comenzó a sonar.

—¿Cómo va todo? —dijo Xavier, con voz amable.

—Mi nieto ha tenido un encontronazo en el instituto.

—Lo sé, no se preocupe por eso.

—¿Que no me preocupe?

—No, ya está arreglado...

Hubo unos instantes de tensión que ella decidió romper.

—Hoy ha venido un guardaespaldas de los tuyos. ¿No vas a enviarme al doctor? Tendría que verme la herida... —dijo, fingiendo indignación.

—Sobre eso quería hablarle, ya no está con nosotros. Ha debido volver a su país.

—Deberías controlar a tus empleados, igual que yo sigo tus condiciones con el localizador del móvil, ellos deberían...

—Victoria... Lo de su nieto... igual que se arregla, se desarregla.

Lo había conseguido. Xavier no sospechaba que la desaparición de Eduardo Navarro estuviera relacionada con ella. Se mantuvo en silencio, simulando arrepentimiento por lo que acababa de insinuar.

—No importa. Tenemos un doctor nuevo. Mucho más joven y guapo. Le gustará.

—Lo que me gustaría es que esto acabe de una vez, que encuentres a ese maldito culpable y te vayas de nuestras vidas. Nos has metido en un saco en el que no pintamos nada. Y mi hija menos, que siempre ha tenido la mala fortuna de atraer a las personas que más problemas dan, como tú.

—Victoria... Quédese tranquila con respecto a su nieto, que no necesitará que lo sigan llevando a casa. Nadie va a hacerle nada... A no ser, que yo quiera.

De nuevo, el silencio.

—Gracias, Xavier. Eres muy amable.

—Justo lo que quería oír. Ese era el motivo de mi llamada. Que pase un buen día, Victoria.

—Igualmente, Xavier.

«Igualmente, tarado. Te mataré», pensó cuando cortó la llamada.

3

Casandra y su madre intercambiaban mensajes, cada una desde su casa, a través de GhostLine. Para evitar sorpresas, Victoria le indicó que abriera también Whatsapp, así no detectarían que el teléfono estaba encendido sin ninguna aplicación en funcionamiento. A través de la segunda intercambiaban mensajes intrascendentes.

”¿El niño está bien?”.

”Sí, mamá. Está en su cuarto con sus cosas”.

”¿Tú estás tranquila? Ese niño va a necesitar un psicólogo. La muerte de su abuelo ha sido muy duro”.

”Hablaré con él. Deja que lo asimile yo también”

Pero por la aplicación anónima, la conversación era diferente.

”Hija, debemos garantizarnos que vamos a salir impunes de todo esto”.

”¿Cómo, mamá?”.

”Le devolveremos una cantidad de dinero y entonces veremos el trato que nos dan”.

”¿Devolver? ¿Ahora?”.

”Ahora. Daremos un golpe de efecto que no tendrá sentido para él. Devuelve el dinero quién está en un rincón sin salida. Nosotras hemos aguantado hasta aquí y no estamos en esa posición, por eso, la devolución hará que nos descarte de su lista de sospechosos”.

Casandra pensó en ese plan retorcido de su madre, hablándole por la otra aplicación. Después volvió a GhostLine.

”¿Cuánto devolvemos?”.

”Ciento cincuenta mil”.

”¿Estás de broma?”.

”Hija, es menos del uno por ciento”.

Victoria esperó una confirmación que no llegaba desde el otro lado. Mientras, seguían disimulando con que querían acostarse temprano.

”¿Cuándo hacemos la transferencia?”.

”Hoy o mañana como muy tarde. Después, deberás comprobar si Xavier nos descarta como sospechosas. Ahora esperará de ti que seas más cariñosa, le debes un gran favor y, qué menos que seas agradecida”.

De nuevo, silencio desde el otro lado.

”Hablaré con Ethan. Si no hay novedad, cuenta con ello”.

Casandra fue al cuarto del chico. Estaba sentado en su cama, con el portátil en su regazo, viendo vídeos en redes sociales.

—¿Estás bien, hijo? —dijo haciendo un gesto para que tuviera cuidado con lo que decía.

—Sí, mamá.

—Esto que te ha pasado hoy... —y empezó a escribirle una nota en una hoja que tenía sobre el escritorio.

—No volverá a ocurrir mamá. Estaba enrabietado por lo que me hicieron el otro día. Me provocaron y pensé en mandarlos a ellos al hospital.

—¿Crees que fueron los que te dieron la paliza? —dijo entregándole la nota.

—Ellos no, pero sí sus colegas —Ethan la leyó.

“La abuela quiere que devuelvas 150.000 hoy o como muy tarde mañana. Es un cebo, ya te explicaré. ¿Es posible?”

El chico asintió.

—Entonces, prométeme que nunca más volverás a actuar así.

Ethan escribió debajo del texto de su madre mientras hablaba.

—Te lo prometo mamá. No sé qué me pasó.

“Dejaré el portátil encendido, como si me hubiera quedado dormido. De madrugada programaré la transferencia y mañana, cuando estés trabajando y yo en clase, el bitcoin pasará a su billetera por un equivalente a esa suma de dinero.”

Cassandra levantó el pulgar, sin haber entendido la parte técnica del mensaje, pero lo dio por zanjado.

Lo abrazó y le besó la frente.

Capítulo 30

1

Ethan entró a primera hora en clase justo cuando el profesor llegaba al aula. Evitó las miradas y los cuchicheos de los demás. Estaba preparado para la desaprobación y para que lo trataran como el chico raro y loco al que había que dejar solo.

En el aula se encontró con una sorpresa. Los dos agredidos ya estaban allí. Los golpes que les había propinado no habían sido suficientes para dejarlos una noche en el hospital. Tal vez tendría que haberles agredido con más fuerza.

El aspecto de los chicos era deplorable con las vendas, la piel agrietada e hinchada y los labios partidos. La clase se quedó en silencio cuando entró Ethan, en una mezcla entre admiración y máximo respeto. Los heridos evitaron mirarle y, hasta el profesor, que había puesto su maletín encima de la mesa, aguardó a que se sentara para iniciar la clase.

En el pupitre de al lado, Silvia le hizo un gesto para que se fijara en el cabecilla de los matones.

Ethan se dio la vuelta con disimulo y se le paralizó la sangre.

Además del aparatoso vendaje en su oreja, tenía otro en la mano. Le faltaba el dedo anular y su mirada parecía la de un perro apaleado. Era la firma de Xavier y se alegró de verla y de que tomara parte en el asunto, obligando a ese energúmeno a asistir a clase para exhibir su castigo.

En el transcurso de la mañana, entre clases, las bromas habían desaparecido. Los alumnos se comportaban como adultos. No había gritos ni empujones en los pasillos. Y tampoco había algún profesor vigilando, era como si nadie los necesitara.

En clase de Química, Silvia le escribió una nota.

“Bitcoin está subiendo mucho.”

Ethan asintió. Lo sabía desde esa madrugada.

Después, otra nota de ella.

“He investigado la criptomoneda desarrollada por la empresa donde trabaja tu madre. Desde que salió al mercado, apenas vale unos céntimos. Ese proyecto está muerto.”

Ethan escribió otra y se la devolvió.

“Eres una metomentodo. No tienes remedio, camella :-)”

Silvia sonrió, enseñando sin vergüenza sus dientes desplazados.

A mitad de la clase siguiente, Ethan miró su reloj. Llegaba el momento en el que se ejecutaría su transacción programada.

Solo quedaba esperar acontecimientos.

2

Xavier y sus hombres llegaron a las oficinas a última hora de la mañana para hacer la presentación del nuevo doctor. Casandra observó atenta, la transferencia ya sería efectiva y tenía curiosidad por cómo reaccionaría Xavier. Pero el inversor pasó sin dirigirse a ella.

—Buenos días, Kevin. ¿Cómo estás?

El presidente tenía fiebre. Su mano seguía infectada y el dolor era insoportable cuando el efecto de las pastillas desaparecía.

—No estoy bien, Xavier. Esos medicamentos... ya no me hacen efecto.

—Claro, no debes abusar de ellos, pueden causar adicción. Yo sólo me las tomaría cuando estuviera a punto de desmayarme del dolor.

Kevin no hizo caso al comentario. Estaba mareado y a duras penas conseguía mantener la conciencia.

—Te presento a nuestro flamante fichaje. Rodrigo Navarro sustituye a Eduardo, tristemente desaparecido.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sabemos. Dejó su coche por ahí, pero ni rastro de él. En fin... vayamos al grano que no quiero hacerte perder tu valioso tiempo. Rodrigo, proceda, por favor.

El joven deshizo el vendaje con descuido y torpeza.

—¿Sabes qué? —continuó Xavier—. Se estrecha la lista de sospechosos del robo de mi dinero.

—¿La lista?

—Sí, y vas a salir de ella. Creo que no eres culpable de nada.

Kevin lo miró con tal alivio que su cara parecía querer desmoronarse.

—Por eso, esta es la última cura que vamos a hacerte. Tómallo como una cortesía. A partir de hoy nos da igual que se te infecte o no, ya estamos cerca de cerrar el caso, así que, búscate la vida con médicos sin licencia para que la mano no gangrene.

La gasa estaba pegada a la herida con el pus de la infección. A Rodrigo le dio asco el olor y debido a su inexperiencia no sabía cómo tratar aquella herida. Se limitó a limpiar con yodo.

—Esto tiene que tratarse en un hospital —propuso.

—Nada de hospitales. ¿Me has oído, Kevin? Si detectamos que vas a uno te mataremos antes de que llegues. Aunque si quieres puedo recomendarte un curandero...

Kevin veía borroso y pestañeaba con lentitud, como si estuviera drogado.

—Bueno... pues ya me vas diciendo —concluyó Xavier, haciéndole un gesto al joven doctor para que terminara.

Cuando salieron, se dirigió a Casandra.

—¿Cómo estás, Casandra? —dijo, en voz baja.

—Bien, ¿y tú?...

—Puede que las cosas se enderecen pronto.

—¿En serio? —dijo sonriendo ilusionada.

—Esta noche, en mi casa.

—¿Y eso?

—Quiero estar a solas contigo. Tú y yo. Nadie más... Te espero a las diez.

Xavier se alejó con paso firme y aquella manera de caminar, a Casandra le trajo recuerdos de su pasado.

Capítulo 31

1

Esa tarde, la familia hacía vida en el jardín trasero de la casa de Victoria. Tenían los teléfonos en la cocina y los movían aleatoriamente para simular naturalidad. Salían afuera sin coincidir los tres al mismo tiempo.

Casandra comentó que el inversor estaba pletórico por la mañana y que la había invitado a su casa esa noche.

Ethan informó de que el bitcoin había subido tanto a lo largo del día que, según las previsiones que había realizado, en pocos días podría duplicar la rentabilidad. De esta manera, devolverían la mitad de las criptomonedas y el inversor recuperaría la totalidad del dinero. La otra mitad se la quedarían ellos. Era un trato en el que todos saldrían ganando.

Victoria dijo que la visita que Casandra realizaría esa noche era un momento perfecto para devolver más dinero, pues eso los alejaría de su lista de sospechosos de manera definitiva.

Después, escribieron notas en una pequeña libreta que dejaban en la mesa del jardín.

“Haremos devoluciones a lo largo de los próximos días”. Escribió Victoria.

Ethan escribió a continuación...

“Y enviaremos un email haciéndonos pasar por hackers, contándoles nuestra intención de devolverles más dinero, agradeciéndoles habernos permitido apalancarnos para que todos saliéramos ganando. Lo haría desde un correo ficticio que dejaría de existir en cuanto ellos abrieran el email”.

“¿Podríamos hacerlo desde aquí sin que sospechen?”. Preguntó Casandra.

“Supongo que al haber recibido la transferencia habrán puesto mucha atención a nuestras conexiones. Será mejor hacerlo desde otro sitio y con una conexión a internet diferente”.

“¿Se os ocurre cómo?”. Escribió Casandra.

“Con Silvia”. Apuntó Victoria.

2

Silvia repasaba los apuntes del instituto entre los gritos de su hermana pequeña y el inútil del mayor. El chico pellizcaba a la niña, que apenas hablaba, y ella se defendía enfadada con alaridos y lloros que hacían que el otro se desternillara.

Ethan acababa de enviarle un mensaje a través de GhostLine.

—¡Quieres dejarla en paz! ¡Recoge esas migas que has dejado en la alfombra!

El chico siguió a lo suyo, empujando a la pequeña que se caía de culo una y otra vez.

Silvia subió a su cuarto.

”Tenemos que vernos ahora. Programaremos una devolución del diez por ciento de bitcoin”.

El mensaje desapareció segundos después, pero se tomó su tiempo para responder.

”¿Devolver? ¿Estáis locos? Con esa cantidad podría vivir mi familia una vida entera”.

Los mensajes se sucedieron.

”Bitcoin subirá mucho los próximos días. Iremos devolviendo hasta que recuperen su dinero. Calculo que quedará para nosotros la misma cantidad”.

A Silvia le gustó el plan. Paseaba por su habitación, intentando pensar rápido. Le parecía una manera justa de terminar con aquello. Además, la solución era rápida y pronto podría disponer de su parte.

”¿Para qué me necesitas? Espero que me digas las claves del exchange”.

La siguiente respuesta se demoró.

”Ayer devolvimos una pequeña parte. El inversor está contento. Necesito tu teléfono y una conexión diferente a las que hemos utilizado. Programo la transferencia para esta noche y envío un email. Son cinco minutos y nos vamos”.

«Cinco minutos y nos vamos».

«Pero mi teléfono también puede estar vigilado. Ayer mismo ese inversor me trajo a casa». Pensó en decirle.

Sin embargo, la posibilidad de terminar con todo aquello en los próximos días le provocó inquietud. No se había percatado, pero chasqueaba sin parar y su respiración era agitada.

”Tengo que ir al super a hacer la compra del día. Será más tarde, cuando regrese mi madre con algo de dinero. Allí me las apañaré para conseguir la conexión a su wifi. Nos vemos en el que está al lado del cruce de las palmeras, a las ocho y media”.

Después de una tarde de angustia, con muchas discusiones con su hermano y un retraso imprevisto de su madre, Silvia pedaleó en su bicicleta sin frenar hasta el supermercado.

Al llegar, vio a Ethan empujando un carrito junto a su madre en la sección de fruta.

¿Para qué los dos? No se lo esperaba. ¿Para hacer más creíble un encuentro casual? Se tranquilizó y agarró un cesto para hacer la compra.

Caminó nerviosa entre pasillos, incapaz de recordar lo que tenía que comprar con un billete de veinte. No reconocía a las reponedoras que trabajaban entre las estanterías, como si el turno de tarde de ese día se hubiera alineado en contra.

Después de un tiempo esquivando a Ethan, reconoció a una cajera de confianza.

—Disculpa, ¿podrías darme vuestra contraseña wifi? Necesito conectarme para que me llegue la transferencia de mi madre para pagar la compra.

—¡Hola, Silvia! No te preocupes, llévatela y ya nos pagarás mañana.

—No, de ninguna manera. Por favor, la necesito...

—Tranquila, mujer. De verdad, trae eso que te lo paso, te llevas el tiquet y ya...

—¡No! —gritó agitada.

La cajera se sorprendió y las personas que charlaban en la cola se giraron hacia la chica.

—¿Qué le pasa?

Silvia trataba de calmarse, pero la ansiedad por acabar cuanto antes se lo impedía. Serían cinco minutos, solo cinco minutos, después se irían.

—Es que mi madre... —dijo al borde del llanto—. Me reñirá... igual mañana ya no tenemos dinero...

—¡Dale la contraseña y cóbrame de una vez! —sentenció una mujer.

La dependienta señaló las oficinas.

Silvia obtuvo la clave de un chico de gafas y regresó al establecimiento en busca de Ethan. Caminó entre los pasillos de productos y, en el de los tomates encontró una cara muy conocida. El guardaespaldas de la perilla que la había sujetado cuando intentó salir de la furgoneta disimulaba mirando el precio de algunas latas.

«Cinco minutos y nos vamos».

La chica se escabulló sin ser vista y encontró a Ethan en la sección de bollería.

—¿Dónde estabas? Llevamos un buen rato dando vueltas.

—Es lo que hay... —dijo bajando la voz—. Toma, haz lo que tengas que hacer.

—¿No vienes conmigo?

Silvia miró a su alrededor.

—No, devuélvemelo cuando termines.

—Es un momento.

—Lárgate... Ve hacia allá —indicó señalando la sección de pescadería, al final de la nave.

Tenía que aguantar aquellos interminables cinco minutos.

Quería localizar al guardaespaldas a distancia suficiente como para que no la viera y comprobar que estuviera alejado de Ethan.

Cassandra y su hijo se alejaron. La madre disimulaba toqueteando unos productos en la sección de bricolaje mientras Ethan accedía a Cripto Island con el teléfono de Silvia.

Tecleó desquiciado por la lentitud del viejo dispositivo. Llegó al final del establecimiento y vio que estaba sin cobertura, aunque era la posición en la que mejor recogía la señal wifi del establecimiento.

Silvia localizó al guardaespaldas que se giraba una y otra vez, buscándolos entre la gente. Ella se alejó hacia el otro extremo de la nave, sin perderlo de vista.

Cassandra empujó el carro hacia su hijo.

—¿Lo tienes?

—Todavía no, mamá. Este teléfono es una mierda.

—Tranquilo, todo va bien...

Al otro lado del establecimiento, Silvia se encontró con el chico de la oficina que le había

dado la contraseña.

—¿Todo bien? ¿Has recibido lo de tu madre?

—¿Qué? —dijo asustada—. Ah... sí... Estoy comprobando que no me deje nada sin comprar y ya me voy.

—Tranquila, no hay prisa.

El guardaespaldas por fin vio a Ethan con Casandra.

Pero no encontraba a Silvia.

Se mantuvo a distancia para no ser visto pero la chica lo vio, medio escondida.

Ethan, mientras tanto, tecleaba.

—Ya está programado... Me queda enviar el email...

Accedió a la plataforma donde había creado una dirección que solo serviría para el envío de un único correo electrónico. Después se borraría de la red.

Habían pasado cinco minutos y Silvia ya quería irse.

—¿Segura que estás bien?

—¿Eh? Sí... —respondió, chasqueando nerviosa.

El oficinista se alejó encogiéndose de hombros.

Ethan escribió.

Estimados señores:

Disculpen las molestias por el robo de sus criptomonedas. Nos hemos apalancado en el mercado cripto para obtener ganancias, pero en las próximas horas les devolveremos el equivalente a todo su dinero.

Enviar.

Enviado.

Ethan cerró las aplicaciones borrando todo rastro de acceso y buscó a Silvia por los pasillos.

La chica estaba junto a la fruta, cerca de las cajas registradoras, y veía como el guardaespaldas caminaba despacio hacia ellos, por lo que cogió las cuatro cosas que tenía en el carrito y echó a andar rápido por el pasillo contiguo, haciendo una señal a Ethan.

—Ya está... —dijo él.

Ella le arrancó el teléfono de las manos a tiempo y se dio la vuelta aprisa hasta llegar a una de las cajas. La misma cajera de antes.

—¿Todo bien, Silvia?

—Sí, date prisa, por favor.

—Dieciocho con veinte.

Sacó el billete de veinte del bolsillo y se lo entregó.

—¿Efectivo? Pero si antes...

—Quédate con la vuelta.

Una vez fuera del establecimiento, el guardaespaldas llamó desde su coche.

—¿Han estado juntos?
—No, Xavier. Perdí a la chica un buen rato, pero no a ellos.
—¿Seguro?
—Sí... La niña salió corriendo del supermercado. Creo que hizo todo lo posible por no encontrárselos. Debió de verlos y pensó que sería una mala coincidencia. Diría que lo está pasando mal.
—¿Y tú quién eres para valorar eso?
—Disculpa, no quería...
—Hay una zona de esa nave en la que se pierde la señal de satélite. En el lado opuesto a la entrada, el localizador dejó de funcionar.
—Sí, estuvieron en la zona de pescadería un buen rato, al fondo del local y la chica no apareció.
—Deberíamos ponerle un localizador.
—Claro, Xavier. Si quieres yo podría...
El inversor colgó, sin escuchar la propuesta.

4

La luna brillaba adornando con su reflejo la cena en el jardín. Casandra se frotaba las palmas de sus manos, intranquila. Estaba a solas con Xavier, como la noche anterior, y notaba el sudor entre su piel y la tela ajustada de su vestido rojo. Temía que el hombre notara su intranquilidad y sacó un tema de conversación que pudiera justificarla.

—Estoy preocupada por mi hijo. Además de agradecerte lo que hiciste por él, quiero pedirte... si es posible...

Él enarcó una ceja y Casandra entendió que no estaba en disposición de pedir favores. Era ella la que estaba en deuda, sin embargo, ese atrevimiento le abría una posibilidad con la que su madre estaría conforme.

—Si pudieras poner un escolta a Ethan... aunque solo sea por unos días... mientras se calman las aguas —dijo levantando ligeramente la copa de vino.

Después sonrió y Xavier relajó su expresión. Sabía que a él le gustaba su sonrisa y el hecho de manipular a un hombre con ese estatus la excitó. Si aceptaba, su inocencia estaría consolidada. Acababa de pedirle que pusieran todos sus ojos encima de su familia, por tanto, no era lógico que fueran ellos los que realizaran las transferencias del dinero.

—No le hace falta, Casandra. Tu familia ya está controlada.

—Bueno... no me quedo del todo tranquila... Te agradezco mucho la mediación que realizaste para que no le expulsaran... Sería justo que lo hicieran... Se le fue de las manos, no sé qué le pasó...

—Cosas de chicos, hizo lo que tenía que hacer.

—No, esos no son los valores que yo le enseñé... y tampoco los que mi padre me enseñó a mí.

Xavier sirvió otro vino.

—Háblame de tu padre.

Casandra bebió un sorbo y, más relajada, se explayó.

—Era militar de alto rango. Muy respetado y admirado. Y también una persona maravillosa.

Siempre trataba de protegerme e hizo todo lo posible por darme una infancia inolvidable, aunque acabé dándole muchos disgustos.

—¿Y eso?

—Era una rebelde. Creo que mi madre sacaba esa personalidad de mí, y yo hacía todo lo posible por enfrentarla a situaciones que la desquiciaban.

—Entonces... no estás disgustada por lo de su mano.

Casandra secó sus labios color carmín con delicadeza y puso la servilleta en su regazo.

—Xavier... Eso que hiciste es muy duro. No es justo y nadie merece ese castigo si no es culpable de nada.

—Como ya os expliqué, ante la impasividad del sistema policial, tengo que tomarme la justicia por mi cuenta. Es la única manera de establecer un orden justo y, para eso, unos tienen que pagar por otros, ¿sabes? El orden y las jerarquías son una gran ventaja en las civilizaciones que más han prosperado en la historia: los aztecas, los mayas, los incas...

Casandra prefirió guardar silencio para que la conversación no avanzara por derroteros peligrosos. Necesitaba verlo como lo que era para aguantar el tipo durante la cena. Después, trataría de ser agradable y buscaría alguna opción para no acabar en su cama.

—Pues ojalá todo tenga un buen final...

Pero Xavier ya no la escuchaba.

—Hoy te quiero conmigo toda la noche.

«Claro, te lo debo, es ahora cuando vas a empezar a cobrar tus favores, cabronazo», pensó malhumorada.

No habían comenzado a cenar cuando Xavier se levantó, extendió su mano y fueron juntos a su cuarto.

Capítulo 32

1

A la mañana siguiente Casandra y Xavier llegaron juntos a la oficina. Ella estaba aturdida. No recordaba bien lo que había pasado la noche anterior y llevaba el mismo vestido rojo. Caminaba de su mano, pero no podía seguirle, de manera que taconeaba unos pasos por detrás como una niña a punto de caerse. Por detrás, dos de los secuaces del mexicano.

Los empleados cuchichearon al verla por el pasillo. Gloria de pie, asombrada. En las mesas más lejanas, la gente se reía y podía oír alguna carcajada.

Cuando llegaron al despacho del presidente ella quiso soltarse pero Xavier la sujetó y entraron sin llamar.

—¡Enhorabuena!

Kevin sonreía, pero su cara se oscureció cuando vio a Casandra, avergonzada y aturdida, entre ellos...

—El dinero está regresando. Creo que podremos seguir siendo amigos... Todavía más, pinche cabrón.

—Estoy al tanto. Enviaron un email al antiguo correo de Jason. Échale un ojo...

Xavier cogió el papel, lo leyó y después lo arrugó y lo tiró al suelo.

—Muy bien, Kevin, pero esto no va a ser suficiente.

—¿Cómo? Dicen que van a devolver el dinero...

—No, van a devolver el equivalente a nuestro dinero, pero yo quiero todas las criptomonedas... Todas...

—Xavier... No sé quiénes son —dijo señalando hacia la pelota de papel—, pero si devuelven las criptomonedas necesarias para transformarlas en dólares y recuperar toda vuestra inversión...

—¡No! No es suficiente —dijo acercándose a su cara—. Cogeré a esos hijos de puta y me devolverán todo lo que han ganado con mi dinero.

Casandra dio un paso atrás.

Kevin se hundió. Aquello no iba a terminar jamás.

—Está bien, responderé a ese mail y trataré de negociar con ellos...

—No te molestes, ya lo hemos intentando y ese correo ya no existe.

—¿Cómo?

—¡Qué eres un inútil, Kevin! Ese email ya lo rastreamos en cuanto llegó anoche.

—Hablaré con la policía para que investiguen la procedencia de esa dirección...

Xavier salió del despacho enfurecido, o fingiéndolo.

Dejó a Casandra allí, con su vestido de gala y su maquillaje reseco. Sin dirigirle una palabra más, ni una mirada.

Kevin y ella quedaron a solas en el despacho, observándose durante unos instantes.

—¡Maldita furcia! ¡No tienes respeto por nadie! ¡Y encima drogada! ¡Qué pensaría Jason!

¿Drogada? Eso explicaba su falta de recuerdos y su aturdimiento.

—Tú sí que no tenías respeto por él... metiéndome mano en la comida.

Él se levantó.

—Me dirás que no te gustó...

—¡Eres un impresentable!

Kevin enderezó su postura.

—Estás despedida. ¡Fuera de aquí!

Casandra salió atropelladamente. Estaba nerviosa, indignada y avergonzada a medida que distinguía las caras de quienes la acuchillaban con sus miradas.

En el ascensor, escribió un mensaje, por error, sin utilizar la aplicación anónima.

“Acaban de despedirme, desenlace perfecto”.

En un furgón aparcado en la calle, los informáticos de Xavier informaron de ese mensaje.

2

Victoria leía los frenéticos mensajes de su nieto en GhostLine. La Reserva Federal había extendido el rumor de tomar medidas inflacionarias que mejorarían los tipos de interés del dinero, y eso había hundido las criptomonedas. Bitcoin había bajado más de un ocho por ciento y el gráfico caía en picado.

Victoria estaba desconcertada, era un imprevisto que no podía controlar y estaba acostumbrada a tomar decisiones drásticas fundamentándose en los acontecimientos pero, en esta ocasión, el futuro era incierto y nada dependía de ella.

Casandra aparcó el coche en la parte delantera de la casa. Su madre dejó el teléfono y fue a recibirla.

—¿Qué haces aquí?

—¿No has visto mi mensaje?

—No... ¿Tú has visto los de Ethan? —susurró.

—No he podido. Me han despedido.

Victoria apoyó la mano sana en el capó del coche y hablaron todo lo bajo que pudieron.

—¿Por qué aplicación me has escrito, Casandra?

—Por GhostLine...

—No, por ahí estoy leyendo a Ethan y no ha llegado nada tuyo...

Casandra lo comprobó y vio su error con los ojos desmesuradamente abiertos.

Victoria la miró con desprecio.

—No vales... Al final has tenido que cagarla... como siempre —susurró.

Casandra lo comprobaba una y otra vez, desesperada.

—Fueron los nervios... no tienes idea de como se puso...

Victoria le arrancó el móvil de las manos y lo tiró enfurecida a la parte trasera, sobre la hierba.

—¿Qué nervios, Casandra? No eres capaz de controlar tus emociones...

—Tenías que ver como me miraron esta mañana, mamá...

—¡No vales! ¿Qué importa que te despidan? ¿Qué importa que un don nadie te haga la vida imposible en el trabajo? Todo eso es basura si priorizas a tu familia. No tienes las ideas claras y

nunca las has tenido.

—Ya estás con lo de siempre...

—Las criptomonedas se desploman. No podemos seguir devolviendo dinero...

—No puede ser, Xavier ya cuenta con eso...

—¿Ah, sí? No me digas... ¡Qué descubrimiento! ¿Lo pasaste bien con él anoche?

Casandra la agarró por un brazo y estalló.

—¡Ya estoy harta! ¡No voy a consentir que me sigas hablando así!

—¡Suéltame! —gritó Victoria apartándose de ella.

Se alejaron una de la otra. Victoria entró en casa y Casandra recuperó su teléfono. Tenía un mensaje de Xavier.

“Deja a tu madre y regresa a tu puesto de trabajo. Ahora.”

Casandra miró a su madre a través del cristal de la cocina. Las arrugas de su rostro reflejaban la expresión de decepción que tanto la había marcado de adolescente.

No era momento de hablar y se fue. Se cambió de ropa en su casa y luego regresó a la oficina.

3

Casandra entró en las oficinas con un caminar despreocupado. No había cuchicheos. Nadie sonreía. No quedaba nada de su cabello recogido de la noche anterior y ahora lo llevaba suelto y alborotado. Todos se asombraron de su regreso.

A Gloria se le había esfumado la expresión de madre consejera y la había cambiado por un gesto serio. El hombre que le había dado la primera tarea cuando empezó en la oficina, se sentó de manera recta cuando la vio.

Por primera vez, Casandra supo qué se sentía cuando la respetaban.

Y eso le gustó.

Al poco tiempo de sentarse, el presidente salió del despacho.

—Casandra... ¡Estás aquí!...

A ella se le aceleró el corazón, pero después recordó las frías palabras de su madre. Lo que pudiera decir el presidente, no era más que basura en comparación con el futuro de su familia.

—Sí, Kevin. Aquí estoy.

—Verás...

Casandra se fijó en la mano vendada. Tenía una gasa limpia, pero una mancha roja se expandía ensuciando el tejido.

Le faltaba otro dedo.

Una gota de sangre cayó al suelo.

El personal murmuraba.

—Quería pedirte disculpas. Esta mañana me puse nervioso y lo pagué contigo... Perdóname... Por supuesto, no estás despedida.

Casandra asintió. A su alrededor los impávidos compañeros evitaban mirarla.

Kevin regresó a su despacho y el teléfono vibró en el bolso de Casandra.

Un mensaje de Xavier.

“Me debes otra por conservarte el empleo”.

Casi al mismo tiempo, entró otro de su madre por GhostLine.

“¿Dónde estás? Las cripto siguen bajando”.

Algunos empleados empezaron a murmurar más alto.

—¿Pero qué está pasando? ¿Has visto esa venda?

—No sé, creo que la llevaba el otro día... me voy a largar de aquí.

—Y ese inversor, está loco, no hay más que verlo...

—Yo me piro, me buscaré otro empleo donde no pasen estas cosas.

Algunos cerraban sus cajoneras con fuerza, otros se levantaban nerviosos para hablar con algún compañero.

—Yo no tengo que rendir pleitesía a nadie.

—A ver si creen que me voy a morir de hambre...

—Para cobrar lo que nos pagan aquí, sobran sitios donde trabajar...

Al ver las reacciones de sus compañeros, Casandra se hundió en su silla. Se sentía sucia, había sucumbido a los deseos de un mafioso que la utilizaba a su antojo, que había amputado los dedos de la mano de su madre, que la había drogado la noche anterior y le habría hecho a saber qué...

Todo aquello resonaba en su cabeza...

No estaba dispuesta a revivir su pasado.

En ese mismo momento decidió que no devolvería un céntimo más del dinero robado. Se levantó y salió al ascensor. A un lado y a otro, los empleados consensuaban sus planes en un futuro lejos de allí.

En el ascensor Casandra tecleó a su madre.

“Xavier me dijo que volviera y eso hice. Kevin se disculpó públicamente conmigo, pero ya nada tiene sentido. Me voy de la empresa.”

Victoria tecleó.

“¿Es definitiva tu decisión?”

”Sí, mamá. Ya habrán visto el mensaje que te envié antes por error. No hay vuelta atrás.”

Victoria daba vueltas en la sala de estar de su casa pensando en cómo solucionar la situación cuando se fijó en un pequeño bulto en la esquina de la lámpara. Al principio le pareció un pequeño insecto. Después se acercó, lo observó y se dio cuenta de que, aunque se parecía a un pequeño botón, se trataba de un micro. El dispositivo, liso y negro, se mimetizaba con la superficie.

Entró en la cocina y analizó la situación en pocos segundos. Luego se resignó. Estaban a punto de perder la partida: los micros en su casa, el mensaje de Casandra equivocándose de aplicación e incluso la transferencia realizada en aquel supermercado... Todo había sido precipitado.

El robo se les había quedado grande, casi una chapuza. Pero recordó a Raymond, su marido, y sabía que él jugaría todas las cartas hasta el final.

El guardaespaldas de la perilla se había encargado de colocar los micros, pero aún así, abrió la puerta del armario.

Miró la cafetera, el azucarero y la tapa que abría el compartimento oculto donde guardaba el bote y el revólver.

Después, abrió esa tapa.

Capítulo 33

1

Cuando Casandra estacionó su coche delante de la casa de Victoria, no quedaba nada de su elegante maquillaje de la noche anterior. Ahora el rímel corrido por el llanto ensuciaba su cara.

Victoria acariciaba el móvil con los dos dedos de su mano vendada y su hija, que entró en casa como un torbellino, al verla en esa postura calmada, acabó perdiendo el escaso control que tenía.

—Sí, mamá. Ya sé lo que vas a decir. Que no hay manera de estabilizarme en la vida pero, ¿sabes qué? La vida no es fácil.

Victoria no se inmutó. En la mesilla central, una libreta abierta y un bolígrafo.

—Siempre lo estropeo todo, me pasó con todos los chicos con los que salí... Y el padre de Ethan... estaba enamorada de él, ¿sabes? —dijo al borde del llanto—. Le quería de verdad... Pero se fue como un cobarde.

—¿Acaso importa?

—¡A mí me importa! —suspiró agitada paseando por el salón—. Me gustaría verlo y enseñarle lo que se ha perdido, presentarle a su hijo una sola vez y que no pudiera verlo nunca más. ¡Tener la satisfacción de mandarlo al infierno! Yo sola lo he sacado adelante.

—Lo hemos sacado adelante.

Casandra se detuvo y la miró de frente. Sus lágrimas extendían, todavía más, el rímel del maquillaje.

—Nunca tuve tu apoyo, mamá.

—¿Ah, no?

—No un apoyo de verdad. Papá sí me quería... pero tú siempre das con condiciones, siempre tiene que haber algo a cambio.

—Las condiciones forman parte de la vida.

—Y el amor desinteresado por una hija, también. Así me quería papá... ¡Tú estás a años luz!

Victoria no dijo nada y Casandra se derrumbó y cayó de rodillas ante sus pies.

—Perdona, mamá, perdona. No quería decir...

—Levántate...

Casandra la miró, desesperada.

—No quiero que me hagan más daño, mamá. Estoy cansada de sonreír como si nada, de que no me correspondan, de ir detrás de quién no me aprecia, de pagar favores y de que me utilicen.

Victoria se inclinó hacia delante y acarició la cara de su hija, apartando el flequillo de sus ojos.

—Por eso dijiste lo del desenlace perfecto, ¿verdad, hija?

Casandra la miró perpleja, asombrada por su sangre fría. A su madre no le importaban los sentimientos de los demás, ni siquiera los de su familia. Era una calculadora de emociones capaz de revertir cualquier situación incómoda a su conveniencia.

—Hija, perdóname —dijo abrazándola.

Casandra no sabía si aquellas disculpas eran sinceras. Nunca se las había oído, pero le agradó escucharlas.

Tanto, que no le importó que fueran falsas. Lloró en sus brazos, entre suspiros que parecían ahogarla.

Victoria continuó, aprovechándose del momento.

—No llores hija, entiendo que quisieras irte de la empresa sin que nadie tuviera que echarte nada en cara, ¿verdad?

Casandra asintió entre sollozos.

Miró a su madre y detectó complicidad y amor en su leve sonrisa.

Se aferró a esa sensación para seguirle el juego, fingiendo más dolor. Sabiendo que podrían ser escuchadas.

—Estoy agotada, mamá. Toda mi vida es despreciable. Solo tengo algunos recuerdos felices con papá, de cuando era niña. Después llegaron los desprecios...

—No has tenido una vida fácil, Casandra. Haberte quedado embarazada de aquel sinvergüenza... tan joven... Puedo hacerme una idea... Cuánto lo siento.

—Yo misma me lo busqué, pude haberlo evitado, pero no os escuché...

Victoria acarició con firmeza las mejillas de su hija, esta vez con verdaderas intenciones.

—Se acabó. No volverás a someterte a nada, ni a nadie. Ni siquiera a mí.

Esas últimas palabras trajeron alivio a su mente.

—Has hecho lo que tenías que hacer y te apoyaré. Ya encontraremos una solución, otro medio de vida para ti. Estoy segura de que podrás conseguirlo.

Casandra no podía creer lo que estaba oyendo.

—Gracias, mamá... —dijo comenzando a llorar de nuevo.

—No llores más. Te ayudaré en todo lo que pueda y esta vez lo haré bien, hija. Si te parece, podemos pasar unos días todos juntos.

Victoria escribió en la libreta y Casandra leyó después de secarse las lágrimas.

Asintió, entendiendo las instrucciones.

—Recojamos a Ethan, ahora, y pasemos este mal trago juntos.

Casandra salió al jardín trasero y tecleó por GhostLine:

“En veinte minutos pasamos a recogerte. Te esperamos a la salida, delante de la cafetería de la esquina. Saca la tarjeta y la batería a tu móvil.”

Victoria arrancó el coche. Casandra se subió corriendo.

Salían hacia el instituto cuando llegó el mensaje de Ethan.

“Ok”

Durante el camino, Casandra siguió las indicaciones que había escrito su madre: Quitó las tarjetas de los teléfonos y los apagó. Después sacó las baterías.

En clase de Historia, Ethan sacó la batería de su móvil y escribió una nota a Silvia.

“Tengo que deshacerme del móvil. Me pondré en contacto contigo, confía en mí.”

Después guardó sus apuntes en la mochila y se fue en mitad de la clase.

El profesor se quedó en silencio, sin saber qué decir.

—No se encontraba bien. Tiene que salir... —lo defendió Silvia.

Mientras, Victoria conducía con destreza. La mano vendada sujetaba el volante con sus dos únicos dedos, pero con la fuerza de las pinzas de un crustáceo. Atravesaban las calles a toda velocidad, seguidas por un coche de alta gama con los cristales tintados que se desviaba por las perpendiculares para despistarlos, aunque siempre aparecían dos cruces más adelante. Sabían a donde se dirigían.

En el instituto, Ethan fue retenido por el jefe de estudios.

—¿A dónde vas?

—Mi madre viene a recogerme. Tengo que hacer unas pruebas en el hospital.

—Un momento, chaval. Tu madre tiene que firmar un papel para que salgas... Espera aquí.

—Quedé con ella afuera, vamos justos de tiempo.

El hombre lo miró desconfiado.

—¿Sabes que debes pedir el justificante médico y traerlo?

—Claro, así lo haré.

Ethan lo esquivó y apuró el paso para salir.

—¡Eh! ¡Dile a tu madre que pase otro día a hablar conmigo!

A pocos metros de allí, Victoria comprobaba los retrovisores. El coche que las seguía la presionaba, intentando el adelantamiento para bloquearla, pero ella se movía rápida pisando la línea central entre carriles para evitar el adelantamiento en el apretado tráfico.

—¡Nos van a dar! —gritaba Casandra.

En el último cruce que enfilaba la calle que llevaba al instituto, una fila de coches esperaba con el semáforo en rojo. Victoria frenó en seco, y vio por el retrovisor que su perseguidor aceleraba.

Intuyó el impacto y entonces... aceleró saliéndose de la fila.

—¡Mamá!

El semáforo se puso en verde y cogió el desvío a la izquierda mientras el otro coche frenaba, haciendo chirriar las ruedas en el asfalto para no golpear al de delante.

—Hemos ganado unos metros.

Ethan reconoció el coche de su abuela que venía acelerando calle abajo y echó a correr para llegar a tiempo.

—¡Allí viene! —gritó Casandra.

—Lo cogeremos de camino —dijo Victoria desbloqueando las puertas y bajando las ventanillas.

—¡Corre hijo, sube!

Antes de que se detuviera el coche del todo, Ethan descolgó la mochila de su hombro, abrió la puerta y se metió dentro.

Victoria aceleró y un furgón negro salió del arcén iniciando una nueva persecución.

Victoria ahora conducía despacio, vigilando los retrovisores, a través de las calles que llevaban hacia su urbanización.

—Esto es lo que haremos. Volvemos a casa. Al ver que no huimos se calmarán. Y allí los recibiremos.

Casandra la miraba de hito en hito.

—Cuando lleguen, yo me encargaré de hablar y actuar.

—¿Qué... va a pasar, abuela?

—No pasará nada. Esto sólo es un acto de rebeldía por nuestra parte, estamos hartos. Al ver que nos enfrentamos a ellos, entenderán que somos inocentes.

Ambas sabían que esa hipótesis estaba lejos de la realidad.

Casandra tenía la esperanza de que Xavier le tuviera cierto aprecio por los momentos íntimos vividos con ella. Él se había encargado de realizar unos supuestos favores para que le debieran sumisión, pero también era cierto que ella no recordaba apenas nada de la noche anterior, y eso merecía una explicación.

Ethan confiaba en ellas. Eran sus únicas guías en la vida. No conocía ningún argumento que pudiera rebatir su apoyo incondicional. Las quería con todas las consecuencias, a pesar de sus disputas y sus defectos.

—Preparaos para mantener la calma. Puede que vivamos situaciones poco previsibles... incluso duras. Debéis manteneros firmes y confiar en mí. ¿Lo haréis?

—¡Claro!

Victoria temía por el estado sensible de su hija y que lo echara otra vez todo a perder. Sin embargo, tenía esperanza en Ethan. Él sería capaz de mantenerse impassible, sin hacer nada. Era su especialidad. Y para mantener la calma de ambos, decidió no decirles que había micrófonos en la casa.

—Ahora, montar y encender los móviles, al fin y al cabo nos están siguiendo.

El furgón los perseguía pero la conducción ya no era agresiva. Dos calles más adelante, se incorporó el primer vehículo que había iniciado la persecución.

En cada semáforo, guardaban la distancia prudencial para que otro coche se pusiera entre ellos. Al ver que tomaban la dirección que les llevaría a su casa, solo quedó uno siguiéndolos.

Victoria suspiró. Ella los quería a todos.

A todos en su casa.

Siguieron en silencio hasta que llegaron al garaje.

—¡Entrad! —ordenó Victoria accionando el cierre y viendo como se acercaba el vehículo que los seguía.

Una vez los tres dentro, Victoria los situó en el salón, consciente de que Xavier los estaría viendo desde el otro lado.

Entonces sonó el timbre.

Casandra, cerca de la puerta, hizo un gesto para abrirla y su madre lo aprobó.

Sabía muy bien quien llamaba. El guardaespaldas de la perilla que siempre acompañaba a Xavier a la oficina. La miró como siempre, con ojos lujuriosos. Después entró, apartándola a un lado.

—¡Eh! ¿Quién te crees que eres para empujarme así?

—Cállate, perra.

—¡Ya está bien! ¡No voy a someterme más! ¡No os tengo miedo!

—Cállate. Harás lo que se te diga.

—¡Eso se acabó! No hemos hecho nada malo, ya se lo puedes decir a Xavier. Estoy harta de todo esto...

El perillas la agarró por los brazos acercando su cara sonriente a la de ella.

Ethan corrió hacia él.

—¡Deja a mi madre, baboso!

El guardaespaldas lo apartó de un manotazo.

—¡Separaos! —gritó Victoria—. ¡Dejad a este hombre! Está sometido a su jefe, hace lo que le mandan y lo necesito.

Victoria lo miró a los ojos, con cara de pena.

—Joven, necesito que traigas al doctor. Creo que esto está empezando a infectarse, tengo unas punzadas muy fuertes desde hace horas.

El sicario no perdió la sonrisa, echándole un nuevo vistazo a Casandra. Se acercó a la puerta de salida e hizo un gesto hacia el coche. El joven doctor entró con el maletín.

—¡Estupendo! —dijo Victoria—. Tomaremos un café.

Capítulo 34

1

Victoria colocó las tacillas sobre la mesa y agarró la cafetera que desprendía un pequeño hilo de vapor.

—Sentaos, por favor.

—Señora, veamos esa mano de una vez.

—Necesito un café antes de enfrentar la herida. Y es mi manera de disculparme por el recibimiento.

Victoria levantó la cafetera, muy seria. Casandra conocía ese gesto. Era imposible negarse a un argumento insignificante al que su madre le daba tanta importancia.

Tomaron asiento y les sirvió el líquido humeante.

—Ethan, siéntate o incomodarás a estos señores, ¿quieres un zumo?

—No, abuela.

—Este niño debería estar en el instituto —protestó el guardaespaldas.

La abuela cogió el azucarero.

—Es verdad, pero es que hemos decidido hacer una cosa —dijo vertiéndole dos cucharadas colmadas al de la perilla.

—¿Qué cosa?

—Verás. El sinvergüenza de tu jefe... —dijo dirigiéndose ahora al doctor, que la miró extrañado — no solo os utiliza a su conveniencia, sino que... —otras dos cucharaditas en la tacita del joven— os hace creer que le debéis muchos favores.

A Casandra no le gustaba el azúcar y Victoria dejó el recipiente encima del fregadero.

—Con nosotros quiere hacer lo mismo, y nos hemos hartado porque no tenemos la culpa de sus problemas. Mi hija solo tuvo la mala suerte de estar en un sitio a una hora equivocada. Y se acabó... queremos hablar con él —dijo dando un sorbo a su café.

—Señora, usted no lo conoce. Xavier es la persona más generosa que he conocido.

La abuela pasó por detrás de su hija que sorbía de su taza, acarició su hombro, le dio tres golpecitos suaves y se sentó a su lado. Después hizo un gesto a todos para que bebieran.

—Contarme cosas de Xavier. Quiero conocerlo más antes de discutir con él...

—No tengo nada qué decirle, hemos venido a ver que todo está en orden... Le echaremos un vistazo a esa mano y nos iremos.

Y bebieron sus cafés.

—No puede extorsionar más a mi familia. ¿Le parece poco las consecuencias que tengo que sufrir siendo totalmente inocentes? —dijo levantando la mano herida—. Se acabó, espero que entienda que de nosotros no hay nada más que sacar, no somos culpables de nada. Me gustaría que lo llamara ahora.

Dieron otro sorbo.

—Señora, no voy a llamar a nadie.

—Hijo, a mi edad quedan pocas cosas que hacer en la vida, pero esto me daría mucha paz. Necesito que Xavier venga para rogarle, con mi familia delante, estoy segura que entrará en razón, si es tan generoso como dices.

—Lo es...

—Pues entonces no tendrás inconveniente en que hable con él.

El guardaespaldas dudaba.

Después abrió su cazadora y dejó a la vista la culata de un revólver. Agarró la taza y terminó el café de un trago, golpeándolo contra la mesa. El doctor entendió que tenía que apresurarse y acabó el suyo.

—Está bien, está bien... no quiero incomodarlos. Aquí tienes mi mano.

El joven puso el maletín encima de la mesa, pero no atinaba a desarmar el anclaje. El de la perilla los miraba absorto, pestañeando lentamente.

En menos de un minuto los movimientos de los dos hombres se habían ralentizado tanto que uno de ellos perdió el equilibrio en la silla, escurriéndose hacia el suelo sin conocimiento. El otro dejó caer su cabeza hacia atrás. Parecían dormidos.

Cassandra y Ethan estaban paralizados.

Victoria les quitó los teléfonos de los bolsillos y gesticuló para que su hija la ayudara a arrastrarlos hacia la biblioteca.

2

Victoria sospechaba que los micrófonos, o cámaras, podían estar en cualquier sitio. Por eso guardaban silencio. Ethan respondía como un autómata a sus indicaciones y Cassandra, con los ojos llorosos, dudaba si los hombres estaban muertos o inconscientes.

La abuela desenganchó el anclaje y deslizó la estantería.

—¡Anda! —gritó Ethan.

Cassandra estaba tan sorprendida como su hijo por el movimiento del mueble. Conocía bien aquella estancia, donde su padre leía el periódico los domingos, sentado en su butaca favorita. Nunca había sospechado de aquel pasadizo y, al parecer, llevaba construido muchos años antes de que naciera.

Victoria accionó un interruptor y las bombillas de bajo voltaje se encendieron alumbrando el tenebroso túnel que transcurría hasta la entrada del búnker.

Les hizo un gesto para que la siguieran, arrastrando los cuerpos hasta la puerta metálica que abrió introduciendo un código.

Los anclajes se abrieron y unas luces led iluminaron las escaleras que llevaban a una estancia pulcra y futurista.

—¡Empujadlos abajo! —dijo después de recolocar el mueble en su sitio, desde dentro, ocultando el acceso del túnel.

—¿Qué es esto, mamá?

—El bunker militar de tu padre. ¡Venga!

Deslizaron los cuerpos hasta que cayeron escaleras abajo.

—No os preocupéis, ya están muertos.

—¿Muertos? —exclamó Cassandra.

—El código de la puerta son cuatro dígitos, hija. Ochenta y cinco cero uno.

Ethan observaba toda la estancia maravillado.

—Os diré lo que haremos —siguió la abuela—. Pondremos cada cuerpo encima de esas compuertas del suelo. Después os enseñaré los códigos que las activan... Todo irá bien.

Victoria lideraba, no había nada que discutir, solo obedecer.

Aquello los marcaría para siempre.

Les enseñó el funcionamiento, los códigos, vieron la apertura de las compuertas, el ruido ensordecedor de la trituradora que se mezclaba con el crujir de los huesos... Por último, el autolavado.

Victoria había hecho suyo el dinero de las criptomonedas. Había defendido con su vida la inocencia de su nieto, había expuesto a su hija para salvarlos a todos. Ya no había vuelta atrás. Jamás devolvería ese dinero.

—Una cosa más —dijo señalando unas ranuras en la pared metálica—. Hay un código que abre estas puertas. No sé qué hay tras ellas, tu padre nunca quiso decírmelo.

—¿Qué código?

—Lo desconozco. Me dijo que solo tú lo sabías, el mes y el día en el que besaste por primera vez al padre de Ethan.

—Cristian... —dijo acariciando la puerta como si estuviera a punto de hablarle.

—Tu padre y tú, siempre con vuestros secretitos...

—¿Te dijo cuándo tenías que enseñármelo?

—Cuando yo estuviera en las últimas... pero dadas las circunstancias...

Se miraron durante unos segundos en silencio.

Después, se abrazaron los tres y Victoria los preparó.

—Daría mi vida por vosotros si eso asegurara vuestro futuro, no os quepa duda.

—No tendrás que dar nada, mamá...

—¿Crees que puedes teclear la contraseña de tu padre?

Capítulo 35

1

Casandra recordaba muy bien el día en el que besó por primera vez a Cristian. El alcohol y una canción de Britney Spears hicieron que se abalanzara sobre él en la pista de baile de aquel antro. Después se acordó de la conversación sincera con su padre, días después de la desaparición del chico, donde le contó algunas intimidades que jamás se atrevió a decir a su madre.

Tecleó cuatro números y la puerta emitió un chasquido, quedando entreabierta. Casandra se emocionó. Fue como si su padre pudiera estar al otro lado, esperándola para abrazarla.

Era una cámara de reducido espacio con baldas metálicas que brillaban por la luz indirecta y un cofre de madera sobre uno de ellos.

—No sé lo que habrá dentro. Espero que tu padre guardara algo bueno para ti.

Victoria abrazó a Ethan, sujetándolo para que su hija pudiera tener intimidad.

Casandra acarició la caja. Casi podía respirar el aroma del after shave de su padre, esperaba encontrar algo muy especial.

La abrió y encontró una nota doblada.

Debajo, una pulsera esclava.

Era la pulsera que había regalado a Cristian, el padre de Ethan.

¿Qué estaba pasando? El universo se redujo a aquella cámara, como si no existiera nada más.

El corazón le latía con fuerza. Todavía sentía algo por aquel cabrón.

Tal vez en la nota encontrara la verdad. El secreto por el que aquel tipo se había mantenido alejada de ella.

Algo que su padre sabía y que no le había dicho para no hacerle más daño.

Tal vez, la nota fuera de él.

La abrió.

La letra era de su padre.

Querida Casandra:

Mi querida hija, lo más importante que ha sucedido en mi vida. Te amo con todas mis fuerzas desde el primer segundo que te tuve en mis brazos, creo que sabes de lo que te hablo y espero que sepas entender lo que un padre es capaz de hacer por su hija.

Ese chico, Cristian, no era bueno para nuestra familia. Lo comprobé de primera mano, no lo habría hecho si no hubiese estado seguro. Te conozco, habrías acabado con tu vida, después con la nuestra y seguro que con la de Ethan.

No me arrepiento.

Lo volvería a hacer por ti. Una y otra vez.

Sé que siempre albergas la esperanza de que algún día ese chico volverá. Siento abrirte los

*ojos de manera tan violenta, tal vez debí de hacerlo en vida, pero no me atreví.
Eres mi debilidad, no hubiera soportado tu decepción. Espero que me perdones.
Te amaré siempre.
Tu padre, Raimond.*

Casandra golpeó el estante.

—¿Hija?

Victoria se adentró en la cámara y la sujetó cuando su hija se dejaba caer.

—No estoy bien... —dijo.

Leyeron la carta juntas, dándole la espalda a Ethan. En silencio, una y otra vez.

Después, lloraron y Victoria prometió a su hija que no había tenido nada que ver.

Ethan, aturdido, se unió a un abrazo conjunto.

Mientras lloraban, Victoria estudió todas las posibilidades:

—Es posible que acabemos aquí todos. No tengáis miedo si eso ocurre. Yo sabré lo que hay que hacer —dijo, dando tres toques cariñosos a su hija, en el hombro.

Los llenó de besos, después de mucho tiempo que no lo hacía.

Arriba en la casa, lejos, sonó un teléfono.

2

El teléfono de Casandra sonaba mientras ella lo miraba. Dejó pasar varios tonos hasta que su madre dio su aprobación.

—¿Sí?

—¿Qué está pasando, Casandra? —La voz de Xavier tenía un tono más autoritario de lo normal.

Ethan se acercó a Victoria y esta lo abrazó.

—Tus secuaces están retenidos, por eso no pueden coger el teléfono.

—¿Por vosotras? Pero... ¿Tú sabes con quién estás hablando?

—Se acabó, Xavier. Estoy cansada de que sometáis a mi familia. No hicimos nada. Bastante daño has hecho a mi madre. No te debo ningún favor.

—Me trae de un huevo, ¿creías que iba a ser el padrastro proveedor de tu hijo? ¿Dónde están mis hombres?

Una grieta con la profundidad de un abismo se abrió en el interior de Casandra.

—Estoy harta. Estoy cansada de que me vigiles, de que escuches mis conversaciones, de tus manipulaciones y de que me trates como a tu fulana.

Al otro lado, silencio.

—Si quieres a tus hombres, ven a buscarlos.

Xavier colgó.

Capítulo 36

1

Xavier salió del furgón antes de que se detuviera por completo y sacó, agarrándolo de un brazo, a Kevin. Un sicario se adelantó para aporrear la puerta y Victoria se apresuró a abrirles, como estaba planeado.

—Buenos días, familia —sonrió Xavier, con un portátil bajo el brazo.

—Adelante, podéis pasar —dijo Casandra con ironía.

Xavier pasó por su lado, como si no estuviera.

—¿Qué tal se encuentra, Victoria? ¿Alguna molestia con esa mano?

Kevin se situó a su lado, demacrado por el paso de los días, pero sonriendo de una forma sardónica y extraña.

—Pues todo bien, y deseando ponerme en manos de médicos de verdad.

—Claro, claro... Creo que esta misma mañana podrá ir a uno de esos profesionales chingones para que la miren bien.

Xavier puso el portátil sobre la mesilla del salón. Lo abrió, se incorporó y les sonrió.

—Ejecuten la transferencia por el resto de las criptomonedas y podrá irse a que le vean la herida.

Casandra dio un paso adelante.

—Ya te dije que nosotros no tenemos de eso. No tenemos idea de cómo funciona una criptomoneda y estamos hartos de que nos avasalles.

El inversor la miró con desprecio y lentamente sacó un revólver del interior de la chaqueta.

—Tengo la dirección de nuestra wallet. Que el chico haga la transferencia, o ateneos a las consecuencias.

El guardaespaldas sacó su arma y Victoria intentó tranquilizarlos.

—Un momento, señores...

Xavier la miró con dulzura.

—Hijo, ¿no ves que los culpables que buscas no están aquí? Nos estás haciendo sufrir muchísimo, entiendo que pudieras sospechar de nosotros, pero a estas alturas si el dinero no ha aparecido, tal vez deberías buscar en otros lugares, en otras personas...

—Cómo me gusta su sentido común, Victoria... Es justo lo que hicimos.

—Me alegra —dijo simulando con un gesto un dolor fuerte en su cadera y caminando hacia él—. Nos habéis vigilado, no sabemos nada de ese mundo oscuro...

El mexicano, con la misma expresión afable, levantó el arma y apuntó a su cabeza.

Afuera, un coche con cristales tintados acababa de estacionar al lado del furgón.

Kevin sonreía orgulloso, regocijándose con la sorpresa de la familia. Sin embargo, su aspecto era deplorable. Su pelo despeinado tenía restos de gomina seca de hacía unos días. Las ojeras, muy oscuras, le daban el aspecto de un desquiciado. Su camisa apestaba y el traje, arrugado, ya no conservaba ninguna elegancia. Pero estaba feliz porque su suplicio estaba a punto de terminar.

El conductor salió y sacó por la fuerza a otra persona.

—Silvia... —musitó Ethan.

La empujó y la chica trastabilló, a punto de caerse.

Una venda cubría su mano. Estaba manchada de sangre. Le faltaba un dedo.

Xavier aún sonreía, con el cañón a pocos centímetros de Victoria.

2

Xavier paseaba por el salón con una mano en el bolsillo y la otra sujetando el arma.

—Esta niña nos lo ha contado todo. Al principio se resistió, pero es muy buena chica y tendrá su recompensa. No tiene culpa al fin y al cabo. Tenía los conocimientos pero no fue ella quien ejecutó la transferencia... y tampoco tiene las claves.

Silvia miraba su mano herida, incapaz de dirigir la mirada a otro lado.

El inversor apuntó ahora a Ethan.

—Es hora de que ejecutes la operación.

El chico conocía las necesidades de la familia de Silvia y tenía la esperanza de que la lealtad hacia sus padres, aún en una situación límite, fuera lo suficientemente fuerte como para guardar una parte del secreto. La conocía y en su rostro no había restos de llanto, ni de súplica, ni siquiera arrepentimiento, tampoco el miedo asomaba a sus ojos a pesar de la amputación. Intuía que había hecho todo lo posible por mantener el dinero a salvo, y aunque le hubiera costado el anular de la mano derecha, mantenía la esperanza de seguir adelante con el robo.

—Me he cansado de rebanar miembros. O haces la transferencia o empiezo a disparar, pinche cabrón —dijo, levantando el arma hacia la cabeza de su abuela.

—Xavier... —suplicó Casandra.

—¡Cállate! Te dije que habría consecuencias para el autor del robo... y aún estáis a tiempo de remediarlo.

Ethan miró a su madre. No quedaban más opciones. En su abuela vio la fortaleza de mantenerse con la cabeza bien erguida a pesar de la derrota.

Después, miró por última vez a su amiga. Esta levantó el rostro y vio en su mirada la ilusión de la chica. Había mantenido su fidelidad al plan y, por tanto, su amistad hasta el límite de que le amputaran el dedo. La rendición estaba a un paso, a una transferencia, pero aquella mirada sostenía, aunque no dependiera de ella, la esperanza hasta el final.

Y entre los dos, la esperanza se cruzó en forma de un pensamiento fugaz.

Capítulo 37

1

Arrodillado en la alfombra y delante del portátil, Ethan ocultaba el teclado para introducir la contraseña de acceso a la plataforma de criptos.

—Me da igual que lo escondas, pinche renacuajo. No nos iremos de aquí hasta que todo el dinero esté en mi wallet.

—Necesito la dirección...

Mientras Xavier abría la solapa de la chaqueta, sacaba la cartera y buscaba el papel donde se la habían anotado, Ethan abrió una sesión demostración en la plataforma.

“¿Desea crear una sesión nueva o continuar con la anterior?”

Nueva.

“¿Desea replicar la sesión real en la demo o introducir un importe manualmente?”

Replicar.

En la web, se abrió el exchange de apariencia idéntica a la de una sesión real.

—Aquí tienes... ¿Te llevará mucho tiempo?

Ethan lo miró, cogió el papel y se puso a teclear.

—¡He dicho que si te llevará mucho tiempo!

—¡Ethan! —gritó su madre.

El chico levantó la mirada. El cañón del revólver estaba a pocos centímetros de sus ojos.

—¡No!... Serán un par de minutos.

—No hace falta que te pongas así, hijo... —dijo Victoria dirigiéndose al inversor.

—¡No soy su hijo, pinche vieja! ¡Me tiene hartos! —gritó, apuntándola.

Victoria retrocedió hasta que Casandra la sujetó.

—¡Usted va a ser la primera en morir si no se hace esa transacción! ¿Me oyen? —y se dirigió a Ethan de nuevo—. Después iré pegando tiros en las piernas y brazos de tu madre, ¿te enteras, sabandija?

Ethan asentía una y otra vez.

Cruzó la mirada con Silvia que observaba la pantalla. Sabía que estaba en modo demo, y eso la asustó. Comenzó a chasquear nerviosa.

—¡Introduce la dirección! —puso el cañón pegado a la cabeza de Victoria— ¡Ahora!

No había vuelta atrás. Nervioso y asustado siguió con el plan, ahora sin sentido, de ganar tiempo a costa de un trágico final.

Ante el impaciente inversor que no quitaba ojo de la pantalla, Ethan introdujo la dirección de la billetera de destino con cuidado de no equivocarse y ejecutó la operación como si fuera real, en modo demostración.

—Ya está...

Xavier hizo un gesto a sus secuaces. Uno de ellos sacó un portátil y lo puso encima de su mesilla, al otro extremo.

—Kevin, compruébalo.

El presidente se agachó, con un gesto de dolor, y tecleó.

—De momento... nada.

Xavier levantó el revólver y apuntó hacia Victoria.

—¡No! —chillaron.

—¡Espera, Xavier! —gritó Kevin—. Las transferencias de bitcoin no son inmediatas. Depende del funcionamiento de la blockchain.

El inversor enarcó las cejas, pidiendo explicación.

—Es la tecnología que realiza las operaciones y podría tardar hasta un par de horas.

Xavier bajó la pistola y cambió su actitud a la del hombre apacible y agradable.

—Dígame, Victoria. Ya que tenemos tiempo... ¿qué tiene para mí?

—Puedo ofreceros café...

Xavier miró a su alrededor, a sus hombres no les molestaba la idea. Sacudió la cabeza. No tenían remedio.

—No me refería a eso, Victoria. Quiero que nos lleve hasta donde tiene retenidos a mis hombres. Quiero ver la cara de humillación de esos dos imbéciles derrotados por dos mujercitas y un adolescente.

Victoria miró de soslayo a su hija.

—Está bien, vayamos al sótano.

—¿Estas casas tienen sótano?

—Mi marido fabricó un pequeño bunker. Cosas de los militares, ya sabe...

—Muy bien, estoy deseando verlo.

Victoria extendió su brazo hacia Silvia, invitándola a seguirla.

Xavier sujetó el revólver con las dos manos.

—Ella se queda aquí...

—No me importa que venga, no hay nada que esconder ahí abajo. Solo dos hombres retenidos.

—¡Atad a la niña al coche!

Dos de ellos la empujaron con violencia.

—¡Eh! —protestó.

La arrastraron de un brazo, le taparon la boca con cinta americana y la esposaron con candados y una cadena al gancho de arrastre de la defensa del furgón, dejándola tendida en el suelo.

Kevin hizo una nueva comprobación.

—Nada, de momento es normal.

Los hombres sujetaban atentos sus pistolas, preparados para seguir a la señora.

—Muy bien, Victoria. Indíquenos el camino.

La abuela indicó a Casandra y Ethan que la acompañaran. Les acarició la espalda y les dio tres toques suaves.

Y entendieron que Victoria ya tenía un plan.

3

Desancló el mueble y Xavier y sus secuaces, al ver la pobre iluminación del túnel, reaccionaron apuntándola con sus pistolas.

—Ya te dije que eran cosas de mi marido...

—El militar...

—Y un obseso del secretismo —mintió.

—Ustedes delante...

Victoria introdujo el código de acceso y la compuerta metálica se abrió con un fuerte crujido.

—Adelante...

El inversor la miró desafiante. La familia descendió primero, seguidos por Xavier y los otros que apuntaban hacia todas partes, sorprendidos por las luces led que brillaban y se reflejaban en las paredes metálicas.

—¿Dónde están?

—Tras esa compuerta —dijo señalando hacia el compartimento donde Casandra había encontrado la nota de su padre.

Xavier avanzó hacia ellas, mirándolas con cautela de arriba a abajo.

—¡Eh! —gritó.

—Es una cámara insonorizada, no te oyen.

El inversor se dio la vuelta. Después miró a Casandra.

—¿Sabes que si me engañáis en cualquier cosa, os mataré aquí mismo, verdad?

Casandra asintió nerviosa.

—Y aunque mate a tu madre, y a ti, tu hijo tampoco se salvará... lo sabes, ¿verdad?

Casandra lo miraba recordando los momentos que habían estado juntos, suplicando clemencia, a punto de llorar.

—Abriré la compuerta —intervino Victoria—. ¿Por quién nos has tomado? No somos asesinas...

La abuela tecleó un código, pero la compuerta no se abrió.

Volvió a teclearlo.

—¿Qué pasa? —dijo Xavier.

Victoria se dio la vuelta.

—¡Cerrad la compuerta por la que entramos, si no no funciona! —gritó haciendo aspavientos.

Xavier disparó al aire cuando la vio dirigirse hacia la puerta de salida. El ruido del estruendo resonó en las paredes metálicas amplificando todavía más el ruido. Victoria cayó al suelo.

Casandra y Ethan corrieron hacia ella.

—¡Mamá!

—¡Menos teatro! ¡Levantadla culeros! —ordenó Xavier.

Victoria fingía estar al borde del infarto. Y una vez recuperado el aliento, se dirigió al inversor.

—Para abrir esa compuerta, la otra debe estar cerrada, es un mecanismo de seguridad...

Xavier dio la orden para que lo hicieran.

—¡No! —gritó Kevin.

Demasiado tarde, la puerta se cerró y ahogó sus exclamaciones.

—Sé el código, lo memoricé cuando lo tecleó al entrar, imbécil —anunció el inversor.

Xavier se dirigió al teclado.

Ochenta y cinco, cero, uno...

Error.

Ochenta y cinco, cero, uno...

Error.

Victoria sonreía.

Xavier cogió su móvil y comprobó que no había cobertura en el bunker.

—Vaya, resulta que el presidente no es tan idiota como pensabas —dijo ella—. Hay un código para entrar y otro para salir, y la puerta está blindada a prueba de balas.

Xavier atravesó la estancia y puso la boca del revólver en la frente de Ethan.

—Dime el código o lo mato ahora mismo...

—No lo harás...

—¡Lo mato, ahora!

—¡No lo harás, todavía lo necesitas!

—¡Mamá!

—¡No necesito a nadie!

Ethan era incapaz de hablar. Estaba paralizado.

Xavier dio un paso atrás.

Y disparó.

Capítulo 38

1

El estruendo los dejó sordos unos instantes.

—¡Ethan!

Kevin cayó, sus sesos habían quedado esparcidos por la brillante pared metálica.

El resto de los hombres, retrocedieron.

—¿Ves como no necesito a nadie, maldita vieja?

Victoria, abrazada por su familia se soltó dando un paso hacia el inversor.

—Dígame el código, vieja...

Ella dio un paso más, sujeta por su hija.

—Si matas a alguien de mi familia, de aquí no sale nadie vivo.

—¿Ah, no? Puedo matar a tu nieto, cabrona... y todavía te quedaría tu hija. ¿No te atrae la idea de salir ilesa junto a ella? Solo contarías con una baja en los tuyos... Ninguna, si me dices el código ahora.

Ethan dio un paso al frente.

—¿No oyes a mi abuela? No matarás a nadie... Hice la transferencia en modo demo...

Xavier lo apuntó unos instantes.

Después, a su abuela.

Después, a Casandra.

—¿Modo demo?

—Abrí una sesión de demostración que replica la cuenta real. Esa transferencia no se ha realizado. Así que... si matas a alguien de los nuestros, ni código de apertura, ni dinero...

Los hombres se miraron unos a otros, atentos a las instrucciones que podría darles su jefe mientras la sangre del cadáver de Kevin se extendía por el suelo.

—¡Entregadme las armas! —ordenó el inversor a sus matones.

Uno a uno, le dieron sus pistolas y Xavier se encargó de esconderlas en sus bolsillos.

—No tengo prisa, huevones. Si vamos a morir todos, yo seré el último, porque os iré matando uno a uno, y mientras alguien no acuda a abrir aquí, me los comeré si es necesario.

—Si alguien viniera, que vendrán... —dijo Victoria—. Recuerda que antes encontrarán a la chica, atada a tu coche. Irás a la cárcel de cabeza.

Xavier paseó de un extremo a otro y se detuvo delante de las puertas que daban al otro compartimento.

—¿Y los demás?

—Muertos...

—¿Dónde?

Victoria señaló las compuertas del suelo.

Xavier analizaba las posibilidades. Era un hombre perverso, pero acostumbrado a jugar con ventaja. Victoria, sin embargo, conservaba la misma rapidez mental en cualquier situación y no

quería darle ninguna alternativa.

—Te conviene arreglar las cosas, hijo...

—¡Explíquese pendeja!

—Morir aquí, si no te damos las contraseñas, no es una buena opción para nadie. Sin embargo, si te las damos, nos matarás de todas formas, y eso no es un buen negocio...

—No mames... ¡Qué sabrá usted de negocios!

—Que todos debemos ganar, Xavier. Ya no estás en disposición de llevártelo todo, piénsalo... al fin y al cabo, puedes recuperar todo tu dinero y nosotros llevarnos un buen pellizco... Es lo que todos queremos desde que murió Jason.

Xavier sopesaba las ventajas que había tras aquella propuesta.

—¿Cómo está la cotización ahora mismo, chaval?

—Positiva...

—Déjate de mamadas... ¿Vamos ganando?

Ethan asintió.

—¿Has sido tú el que envió aquel mail de apalancamiento en la inversión?

Ethan asintió de nuevo y su madre lo abrazó.

—Casandra, ¿estás orgullosa de tu hijo?

—Mucho.

—Pendeja...

Xavier miró a sus hombres. No para una aprobación, no esperaba nada de ellos, solo quería ganar tiempo, buscar un argumento para ir en contra de la propuesta que le acababan de hacer. Nadie hizo un mínimo gesto, ni él encontró mejor razonamiento.

—Está bien. Es justo que ganen su parte. Han jugado bien hasta el final.

Casandra notó el alivio en sus músculos.

—Ustedes harán la transferencia en bitcoin de manera que yo pueda recuperar toda la inversión en dólares —y sonrió—. Quédense con los restantes y hagan lo que quieran.

Victoria supo que esa sonrisa era la misma que cuando le hacían las curas, y Casandra la reconoció de cuando compartió su cama. Las dos sabían que detrás de la entrañable apariencia, se escondía una personalidad infame.

2

Victoria y Xavier se miraban desconfiados.

—Tus intenciones son buenas, pero en este punto no es suficiente, Xavier.

—¿Qué quiere, pendeja?

—Que entregues las armas.

—Eso no arreglaría su desconfianza, podríamos estrangularnos con nuestras propias manos.

—Tendríamos alguna posibilidad...

—Ninguna.

Xavier jugaba con su revólver dándole vueltas como si fuera un pistolero del viejo oeste. Sonreía viendo el cadáver del presidente.

—Mi nieto saldrá del bunker y ejecutará la operación.

—No, tu nieto saldrá y se traerá el portátil aquí antes de dos minutos, o de lo contrario os mataré a las dos. Y no creo que ese sea un buen plan de futuro para él...

—Aquí no hay cobertura. Sin internet no creo que pueda hacer la transacción, ¿verdad, hijo? Ethan asintió.

—Uno de mis hombres irá con él.

—Ni en sueños, os quiero a todos aquí dentro.

—Tu nieto podría llamar a la policía...

—¿Crees que nos interesa meter a la policía con el botín que nos vamos a repartir?

Xavier detuvo su jugueteo.

—¿Cinco minutos es suficiente, chaval?

—Dame quince, tengo que hacer los cálculos sobre la cotización para devolver la cantidad suficiente en dólares.

—Quince minutos, es lo que tienes para volver, de lo contrario, moriremos todos aquí dentro...

—De acuerdo.

—Un momento —dijo Victoria—. ¿Cómo sabemos que no nos matarás después?

—¿Para qué si recuperaré mi dinero?

Aquella negociación no tenía sentido, y eso parecía divertirle al inversor, que volvía a girar el revólver una y otra vez.

Ethan tomó la palabra.

—Haré la transferencia por un setenta por ciento de tu parte.

—¿Y el treinta restante?

—En cuanto vuelva, tiraréis las armas y los móviles bajo estas compuertas —dijo señalando al suelo—. Después nos marcharemos en vuestros coches y nos dejaréis dos horas para organizarnos. En ese tiempo os haremos la otra parte de la transferencia. Para entonces, estaremos lejos de aquí.

—¿Cómo sabemos que la harás?

—Tendréis el setenta, solo arriesgáis una parte. O ni eso, si siguen subiendo, espera al mercado para recuperar la inversión completa en dólares.

Xavier se reía a carcajadas.

—¡Me gusta este chico! ¡Qué chingón! Ese sí es un buen plan, pendeja —gritó mirando a Victoria—. Al chico le gusta jugar arriesgando. ¡Así lo haremos!

Cassandra, abrumada por la dimensión que estaba adquiriendo aquella partida, miraba a su madre. Victoria entrecerraba los ojos, como si algo no fuera bien del todo. El inversor mostraba su mejor sonrisa.

—Está bien —dijo la abuela.

—¡Me gusta esta familia! —grito Xavier.

—Hija, introduce la contraseña para coger el papel con la clave de exchange —dijo señalando hacia las puertas de la pared.

Cassandra no entendía nada, pero su madre la empujó por la espalda y golpeó sutilmente su hombro tres veces.

—Un momento, ¿de qué clave habla? —dijo Xavier.

—La clave de acceso a la exchange. Obligué a mi nieto a generar una imposible de recordar y la anotó en un papel para guardarla por seguridad. Sin ese papel, no hay transacción.

—Pero... ¿el modo demostración?

—El modo demo tiene otras contraseñas —se apresuró a mentir Ethan.

Xavier se dio la vuelta instintivamente, pero Kevin yacía muerto desde hacía unos minutos. Se puso en guardia y los apuntó cogiendo el arma con las dos manos.

—Relájate, Xavier... No hay nada ahí detrás.

Cassandra miró de nuevo a su madre, atenta a cualquier señal. Victoria asintió para que ejecutara el código. Lo hizo, y la puerta se abrió.

—¿Lo ves? No es más que un habitáculo pequeño —dijo Victoria entreabriendo la puerta.

—¡Aléjese de ella! —gritó Xavier—. ¡Venga aquí!

Victoria levantó los brazos en señal de rendición, para tranquilizar al inversor.

—Tranquilo, hijo...

—¡No soy su hijo!

Cassandra vio en su madre un ligero gesto de aprobación.

—Ethan, ayuda a tu madre... Creo que puse la nota en la balda de arriba... —dijo alejándose de la puerta manteniendo los brazos en alto.

El chico se asomó al interior.

—¿Dónde, abuela?

Victoria se abalanzó sobre la puerta:

—¡No salgáis hasta que os lo diga!

Con el golpe del impulso la puerta se cerró herméticamente, con Cassandra y Ethan dentro.

Después, sonó un disparo.

Capítulo 39

1

La bala había golpeado la puerta blindada, dejando una muesca en el metal brillante. Xavier apretó el gatillo una vez más, con idéntico resultado. Dentro, Ethan y su madre se abrazaban aterrados.

—¡Mamá! —gritó Casandra.

—¡No salgáis!

Xavier apuntaba a la cabeza de Victoria.

—Dícales que abran la puerta. ¡Ahora!

Desde el interior, los gritos sonaban lejos.

—¡Mamá!

—¡No abráis hasta que yo lo diga!

Xavier se llevó las manos a las sienes y pareció que se arrancaba el cabello. Disparó.

Uno de sus hombres cayó con una bala en el corazón.

El otro huyó hacia el rincón más alejado.

—¡Estoy bien, hija! ¡Esperar a la policía!

Otro disparo.

El último guardaespaldas cayó fulminado.

—¡Mamá!

—¡Estoy bien!

Xavier levantó el arma y apuntó de nuevo a la cabeza de Victoria.

—¡Abre la puerta o mato a tu madre!

Casandra y Ethan estaban horrorizados.

—¡Estoy bien, hija!

—¡Ejecutemos el plan que hablamos, o la mato!

Dentro, madre e hijo se abrazaron.

—¡No hay plan, Casandra! ¡Cuando recupere el setenta por ciento, será suficiente para él!
¡No nos dejará con vida!

—¡Que abra o te mato!

—¡No lo harás! Solo yo sé el código para salir de aquí.

—¡No te creo, pendeja!

Y disparó.

Victoria cayó herida junto al charco de sangre que había dejado Kevin. Su pierna sangraba y se esforzaba por no gritar.

En el interior del habitáculo, Casandra besaba la frente de su hijo, una y otra vez.

Quería abrir la puerta y rendirse. Entregar su vida y la de todos a la ambición implacable del inversor. Tal vez, hubiera una esperanza, una manera de convencerlo.

—¡Abre ahora, Casandra! —gritó Xavier.

—¡Estaré bien, hija!

Xavier introdujo la pistola en su pantalón y se acercó a la puerta blindada. La golpeó con sus puños una y otra vez.

—¡Abre, culera!

Era el momento que esperaba Victoria. Tenía unos pocos segundos para sorprenderlo, antes de que se rearmara.

Sacó de entre su vestido el revólver que guardaba en el compartimento de la cocina. Estaba débil y, cuando le apuntó, sus manos temblaron.

Xavier la miró y enarcó las cejas inclinando la cabeza de modo desalentador, como un niño decepcionado.

Las punzadas de dolor en su pierna hicieron que su visión se oscureciese.

Puso su mano herida sobre la otra para sujetar con más firmeza el revólver y apuntó hacia el inversor.

Apretó el gatillo.

La bala atravesó el abdomen de Xavier pero su expresión resistía.

Victoria disparó una y otra vez, acribillando al mexicano hasta que no hubo más balas en el tambor.

Ethan abrazó con más fuerza a su madre.

Y después, el silencio.

Cassandra salió del cuartucho abrazada a Ethan en cuanto su madre la llamó.

Victoria estaba tendida en el suelo y con la cabeza erguida. Su pierna había dejado de sangrar.

—¡Venga! ¡Poner los cuerpos sobre la trituradora! Tenemos que sacar esta bala y hacer desaparecer los coches.

Capítulo 40

Cuatro meses después.

Victoria, Casandra y Ethan salían cabizbajos de la comisaría acompañados por el inspector jefe que los había puesto al día de los últimos avances en la investigación.

—Entiendo que estén decepcionadas.

—Resignadas, más que nada —dijo Victoria poniéndose las gafas de sol.

—Siento que se esté acabando el verano y no tengamos noticias sobre el paradero de Kevin Foster. Lo cierto es que, después de tantas semanas es posible que la investigación pase a segundo plano en los próximos días. Tenemos más asuntos de los que ocuparnos.

—Pero... No hay derecho —dijo Casandra.

El inspector transigió con el comentario y continuó.

—La desaparición de ese malnacido con todo el dinero seguirá siendo una incógnita. Lo tenía bien planificado, desde las pastillas letales que provocaron la muerte de Jason, haciéndole creer a la policía que nunca tuvo nada que ver, hasta su huida final.

—Que se pudra en el infierno —dijo Victoria, apoyándose en su nieto.

—Siento que se hayan visto en medio de esta mafia del blanqueo de dinero.

—Ya... Eso no es cosa nuestra. Lo indignante es que a mi hija se la investigara como sospechosa.

El inspector acarició su mentón.

—Mamá... Ya pasó.

El inspector se despidió con un leve gesto de fastidio.

La familia caminó hacia el parque en silencio. Victoria arrastraba una leve cojera y se sentaron en la tranquilidad de un banco, bajo un nogal, delante del estanque.

—Si algún día descubrieran el mecanismo del sótano... —dijo Ethan.

—No sé de ningún sótano, ¿y tú? —respondió Victoria.

—Y los cadáveres...

—Diluidos y desaparecidos en las cloacas.

Continuaron en silencio, con la mirada perdida en los patos que chapoteaban en la pequeña alberca.

Casandra recordó a Cristian y a su padre. Después abrazó a Ethan y le besó el cabello. Se miraron y sonrieron.

—Ahora que se acaba el verano, podríamos irnos a otra parte del mundo a disfrutar del calor...

—De eso nada, jovenzuelo. No voy a dejar que echés a perder tu vida y te conviertas en un vago.

—Aprende de Silvia —dijo Victoria—. Con su parte ya tiene planeada la carrera que va a estudiar para ser alguien en la vida.

Él las miró divertido.

—Pues aplicaros el cuento...

—¿Nosotras?

—Si tengo que seguir estudiando, tendréis que ponerlos a trabajar.

A sus espaldas, una hoja de nogal cayó como anticipo del cercano otoño. Agotados por todo lo que habían pasado, miraban el futuro con prudencia y optimismo.

Entonces, sonó un teléfono en el bolso de Victoria.

—Diga...

—¿Señora Hudson?

—Sí... ¿Quién es?

—Soy el Mayor Gabriel Johnson, de la Agencia de Seguridad Nacional.

—¿Qué desea?

—Verá... La llamo porque nos vemos en la triste necesidad de que desaloje su vivienda en un plazo no concretado todavía. El departamento va a asignar ese domicilio a otro agente de campo.

—¿Cómo?... Creía que podía quedarme para siempre, mi marido...

—Siempre agradeceremos la labor de su marido con el país, señora Hudson, pero esa casa debe ser ocupada por la familia de otro militar. Espero su colaboración con este hecho.

Victoria miró a su hija y a su nieto.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—El que necesite para buscar un lugar y realizar la mudanza. ¿Le parece suficiente dos meses?

—Me parece bien.

—Estupendo. Se lo agradecemos y entendemos que con la pensión de su marido usted podrá salir adelante sin...

—Así es, no habrá problema con eso.

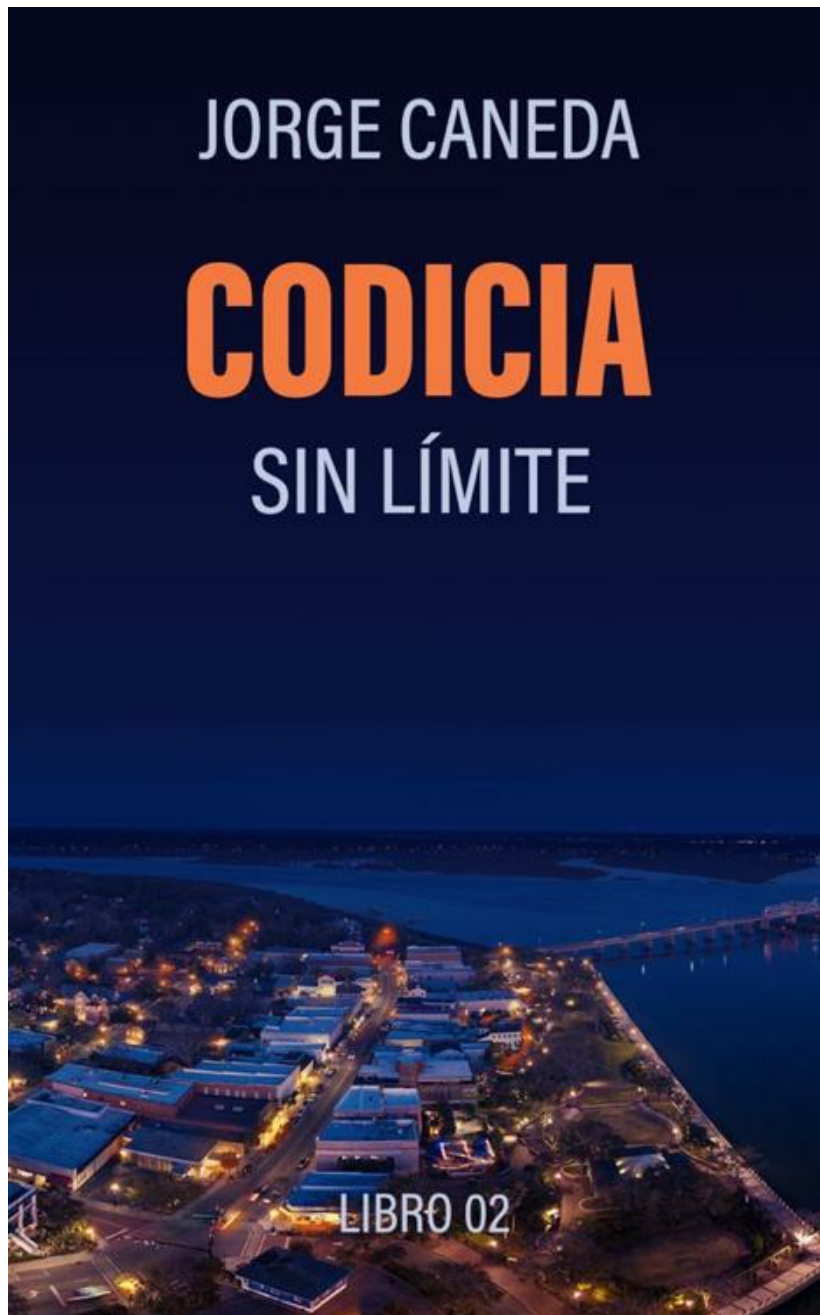
—La llamaré...

—Gracias Mayor...

Victoria guardó el teléfono en el bolso, miró a su nieto y sonrió.

—Pues al final, sí que nos iremos a otro sitio.

No te pierdas



El libro 2 de la Saga
[Resérvalo ahora](#)

Nota del Autor

Cuando planifiqué esta novela desarrollé unas fichas muy extensas para unos personajes y más discretas para otros. La que más, la de Casandra. Llegué a conocerla muy bien. La que menos, Victoria, que solo iba a ser un bastón de apoyo.

Hoy las releo y sonrío. Esa señora se ha convertido en mi amiga a pesar de su carácter y le he tomado cariño. Creo que también se reiría de la ficha que creé para ella.

Si a ti también te ha gustado, habrá más. Y es que, hay mucho aprendizaje en las personas que han recorrido más trecho en la vida. Podemos tomar nota de ellas, copiar lo bueno y mejorarlas. Es una buena responsabilidad de la que no deberíamos huir.

Quiero dar las gracias a [Jean Larser](#), mi sensei, asesor, consejero y maestro literario con el que trabajé en esta novela. En pocos meses aprendí con él lo que me hubiera llevado muchos años por mi cuenta.

Gracias a mi hermano Javier, cuya lectura antes de su publicación siempre aporta algún matiz que incorporo para mejorar mis novelas

Gracias a A. Victoria Vázquez por las portadas que ha diseñado y por su esfuerzo en encontrar la mejor combinación para el estilo que buscaba.

Y gracias a ti, lector, por invertir en esta lectura. Puedes contactarme a través de la suscripción gratuita en mi web para decirme qué te ha parecido. No olvides dejar una valoración en la página donde lo has comprado o en otros portales de literatura.

Jorge Caneda
www.jorgecaneda.com
Junio de 2024



Entra en mi web y descarga gratis la PRECUELA de esta historia

www.jorgecaneda.com



TODO EL CATÁLOGO EN:

www.jorgecaneda.com/libros

